This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

~~BSG 4512 A.9~~
REP. J. 1654

ALBUM

POÉTICO ESPAÑOL.

58

ALBUM
POÉTICO ESPAÑOL

CON COMPOSICIONES INÉDITAS

DE LOS SEÑORES MARQUÉS DE MOLINS, HARTZENBUSCH, CAMPOAMOR,
PALACIO, CALCAÑO, ARNAO,
GRILO, AGUILERA, NUÑEZ DE ARCE, ECHEVARRÍA, LARMIG, ALARCON,
TRUEBA, HURTADO Y DUQUE DE RIVAS.

PUBLÍCALO LA EMPRESA
DE
LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA Y DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA
PARA OBSEQUIAR A SUS SUSCRITORES EN EL PRESENTE AÑO.

MADRID,
A. DE CÁRLOS É HIJO, EDITORES,
Carretas, 12, principal.

1874.

ES PROPIEDAD DE LOS EDITORES.

MADRID, 1873.— IMPRENTA, ESTEREOTIPIA Y GALVANOPLASTIA DE ARIBAU Y C.ª,
(SUCESORES DE RIVADENEYRA),
calle del Duque de Osuna, número 3.

ISABEL LA CATÓLICA

EN ORIHUELA,

LEYENDA SACADA DE UN CÓDICE DE FAMILIA,

DEDICADA

Á LA CONDESA DE***

POR EL MARQUÉS DE MOLINS.

ROMANCE PRIMERO.

LAS CÓRTES DE 1488.

Ya es tiempo que un solo yugo
Abarqué en robustos lazos
Desde el frígido Sobrarbe
Hasta el aurífero Darro:
Y la cruz, que en Covadonga
Alzó el infante Pelayo,
Fulgure enhiesta en la Alhambra,
Por Isabel y Fernando.
Y es divina Providencia,
Que los muros que miraron
Del artero Teodomiro
El irrisorio reinado,
Resto efímero y caduco
Del godo poder y el fasto,
Que en el fatal Guadalete
Con Rodrigo naufragaron,
Miren tambien la saeta
Postrera, que bella mano
Contra el poder agareno
Tiende certera en el arco.
Dios la aguzó. ¿Quién resiste?

¡Ay del infiel! Tú, mi patrio
Solar, alégrate y presta
Acento digno á mi labio;
Que nunca más bellos dias
Lucieron para los campos
Que fecunda entre azahares
El Segura orcelitano.
Ni ¿quién reseñar pudiera
Los próceres esforzados
Que tus arábigos techos,
Noble Orihuela, hospedaron?
Allí está el Marqués de Cádiz,
El conquistador preclaro
De Málaga, el de Ledesma,
Y don Pedro de Velasco;
Allí brilla por sus galas
El Duque del Infantado,
Y el de Alburquerque, y los Condes
De Monteagudo y de Castro,
Y Pedro Lopez Padilla,
De Castilla adelantado,
Y Chacon, que lo es de Murcia,
Yerno de Alonso Fajardo;
Allí Gutierre de Cárdenas
El Comendador, criado
De la Reina, y señor de Elche
De su dulce oficio en pago;
Y el gran Cardenal de España,
Y el Cura de los Palacios,
Cronista, y el padre Deza,
Del príncipe don Juan ayo.

Y allí las Córtes del Reino,
En sus tres potentes brazos,
Procuradores de villas,
Ricos-hombres y prelados.
Vinieron desde Valencia;
Fueros y leyes juraron
En el templo venerable
Del Santo Apóstol Santiago;
Y en premio á la paz que obtienen
Por sus reyes, les dan cautos
Fuerza ó plata (*tanto monta*),
Y hombres, y armas, y caballos,
Con que terminen la guerra,
Y lancen al africano
Allende el mar, y rematen
La promesa de Pelayo,
Y venguen á Teodomiro
Con el valor de Fernando,
Ó con la virtud sublime
De Isabel, que (*monta tanto*).

ROMANCE II.

EL CONCEJO.

Resueltas están las Córtes,
Soberanos son sus votos:
Así reune Orihuela
Un popular consistorio
Para aprestar los servicios
Y acudir con el socorro
Que los Católicos Reyes
Han de lanzar contra el moro.
Mover guerra al agareno
Lo quieren, lo aplauden todos,
Y dar, por tanto, el tributo
Bien cumplido y pronto, pronto.
Cada cual al noble peso
Intenta poner el hombro;
Pero al computar el tanto
Son los denuestos y ahogos.
Guardamar pretende alivio,
Porque dice que es notorio
Que tiene, por las crecidas,
Azarbes y puentes rotos.
—Tanto mejor; á más riego
Más cosecha, dicen otros.
—Alíviese á Cox, que tiene
Sin simientes los rastrojos.

—Rojales y Benejúzar
Pagan mucho, grita ronco
Su síndico, y le responden:
—Callosa y Catral no poco.—
—Todo eso ménos valiera,
Dijo el viejo Gil de Sotos,
Si por cada heredamiento
Se partiera igual el cobro;
Que en impuestos y en arados,
Por experiencia conozco,
Cargar el yugo es muy fácil,
Saberlo igualar es todo.
Ya veréis en éste cuántos
Se escapan, zagueros y horros.
—Por lo ménos, los Soleres
No pagarán, dicen otros.
—Y es razon, dice un tercero;
Váyase por cuando solos
Pagaron, miéntras mandaban
Los de don Juan y de Osorio.
—Los de don Juan no se niegan
Nunca á los lances honrosos,
Dice aquél. Y éste responde:
—Cierto, á los lances devotos.
—Haya paz, dijo el ladino
Gil Sotos. ¿No veis, cachorros,
Que siendo de una camada
No se han de morder los lobos?
Los de don Juan y Soler
Son unos, como yo y Sotos,
Desque don Jaime y Leonor

Se unieron en matrimonio.
—¿Quién nombra al *Sol de Orihuela?*,
Dijo entrándose en el corro
Un labrador de la Daya,
Terciada la manta al hombro.
—Nadie que no la respete,
Contestó el viejo.—Seo zorro,
No cace palomas, dijo
El dayés con aire torvo.
—No cazo, repuso Gil,
Que me faltan piernas y ojos,
Y áun por eso no columbro
Aquí á los pájaros gordos.
—Es verdad, no está don Jaime,
No ha venido, observa un mozo,
Y eso que paga tributos,
Que pasó el año de novio.
—Es cierto, ni el señor tio,
Don Juan, el que anda tan fosco
Desque perdió la bailía
Y la mujer este Agosto.
—¿Por qué no viene al Concejo?
¿No quiere pagar tampoco?
—Harto, dijo el de la Daya,
Paga don Juan, yo le abono;
Que para hospedar al Rey
Y á la Reina es un asombro
Lo que ha gastado en su casa
Y en muebles y en seda y oro.
—Ese fuera, dicen muchos,
Juez partidor recto y probo,

Que es imparcial, pues ya paga.
—Nombrémosle, dicen otros.
—No está aquí, replica el viejo,
Encubriendo mal su enojo,
—Vaya con Dios : partidores
No faltan entre nosotros.
— A votar, llama entre tanto
El Gobernador, y entorno
Agita la muchedumbre
Pechos, brazos, mantas, gorros.—
Así las hojosas vides
En las tormentas de otoño
Se arremolinan y enzarzan
Al ágrio silbar del Noto.—
Y en esto, cual combustible
Se amontonan nombres propios,
La discordia acerca el fuego
Y la envidia arrecia el soplo.—
Y á poco si de los bandos
De Roca y Soler al ódio
Vuelve á levantarse llama
Del no apagado rescoldo.—
Que de Ponces y Guzmanes
El ciego feudal encono
Encontraba imitadores
Hasta en humildes villorros.—
El Gobernador suspende
La eleccion, cauto y celoso;
Y el pueblo sale á la plaza
Casi alzado en alboroto.
Allí pasaba don Juan,

No ya macilento y solo,
Mas con Leonor su sobrina,
Lucero de estos contornos;
  Con Leonor, Sol de Orihuela,
La de los cabellos blondos,
La que hace brotar virtudes
En donde pone los ojos.
  El pueblo les dejó calle,
Abriéndose á un lado y otro,
Y camino de Palacio
Siguió sus pasos absorto.

ROMANCE III.

EL HOSPEDAJE REAL.

En un alcázar que estriba
Sobre el puente de Bigastro,
Á quien da el Táder fecundo
Espejo, defensa y baño;
Donde Berenguer el noble
Hospedó en tiempos pasados
Contra dos Pedros crueles
Al Infante D. Fernando;
En donde al presente lucen
Aspe su purpúreo mármol,
Callosa su negro jaspe,
Benejúzar su alabastro;
Cuya trepada azotea,
Con lises interpolados,
Roques de ajedrez coronan
Por divisa y por ornato;
Cuyo escudo gentilicio
Y cuyo viejo retablo
Publican, como la alcurnia,
La devocion de sus amos;
Y en estancias que embellecen
Guirnaldas de rosa y lauro,
Paños de Flándes y alfombras,
Terciopelos y damascos,

Brilla como en su apogeo
El más pasmoso milagro
Que diera asunto á la historia
Y pábulo al entusiasmo.
Guerras trata, y es piadosa
Más que los Dezas y Hernandos;
Es mujer, y más bizarra
Que los Ponces y Gonzalos.
Arrostra cualquier peligro,
La vence cualquiera llanto,
Ningun Rey es su maestro,
Cualquier infeliz su hermano.
Sus hijos son los de España;
Porque en su amor ha juntado
Los que en el Ebro nacieron
Con los que beben del Tajo.
No en riquezas con el rico,
No en poder con el tirano
Compite, ni mueve guerras
Por agrandar sus Estados.
Crucificada en su trono,
Vuelta la vista al Calvario,
Recibe del Rey de reyes
Fuerza, corona y dechado.
¿Su nombre? ¿Quién no lo aclama
Desde el Oriente al Ocaso?
No tú, mi linda señora,
Ignoras ya de quién hablo.
Tú, que crecida en los valles
Del imperio mejicano,
Tierna flor, te abriste al cielo

Al influjo de aquel astro.
  Tú, que *Isabel* balbucías
Con puro inocente labio,
Como símbolo de gloria,
Emblema sublime y santo;
  Coyunda de amor tendida
Desde Calpe al Chimborazo,
Que bajo la cruz del Gólgota
Hace á dos mundos hermanos.
  ¡Isabel! Por tí, Occidente
Conoce ya el increado
Sol, y no mancha sus aras
Con sacrificios humanos.
  Y si hoy parricidas tornan
Á más fieros holocaustos,
Isabel, desde los cielos,
Hará que se den las manos.
  Madre fué suya; sus joyas
Del error los rescataron;
Náufragos de la barbarie,
Los arrancó al Océano.
  Así el suelo que algun dia
Colon, Cortés y Pizarro
Fecundáran, no se torne
De los logreros mercado.
  Y la que en lecho de muerte
Hizo á *sus indios* legados,
Tambien mandará del cielo
Para *sus indios* amparo.

ROMANCE IV.

LA OFRENDA.

En un estrado que forma
Doble elevada tarima,
Bajo un dosel recamado
Con lazos, yugos y cifras,
Sentados están los Reyes
En sendas talladas sillas,
Merced otorgando á muchos,
Haciendo á todos justicia.
Sirve detras de la Reina,
Doña Beatriz Bobadilla,
Y al Rey, Jorge de Alarcon,
El señor de Fuentecillas.
Ya de delante los pajes
El luengo escaño retiran,
En que las Córtes han dado
Su postrera despedida.
Y por la anchurosa escala
Baja ya la clerecía,
Muy ufana con su arenga
En buen latin de Lebrija.
Hay, con todo, quien recele
De una apacible sonrisa,
Que ha sorprendido en la Reina;
Que es la Reina gran latina.

Empero escena más grata
A otra parte la convida,
Que va en la cámara entrando
Turba de zagalas lindas.
Las flores que todas llevan
Deslucen con sus mejillas;
Otras de sus negros ojos
Lanzan fulgurantes chispas.
De brocatel y cetí
Ostentan la falda rica,
De fino cendal las tocas,
Las negras trenzas por cima.
Negras sí, que por respeto
Y urbana contesanía,
No hay una con áureos rizos
Que con Isabel compita.
Y á la Reina, en homenaje
De amor y agüero de dicha,
Nativos frutos presentan
En labradas canastillas.
Orihuela dá en presente,
Con rubio trigo en gran copia,
Las hebras que diligente
Labra en su morada propia
La crisálida de Oriente.
Trajo escritos y de aroma
Sus melones Guardamar;
Y con el propio azahar
Molins la dorada poma,
Que el Asia puede envidiar.
Humildes frutos dá Urchillo

De picante carmesí;
Y destilando rubí,
En bien curtido odrecillo,
Trajo vino Almoradí;
  Cox le presenta nopal,
Y áloes de tierra esquiva;
El áureo jugo Rafal
De la lucífera oliva;
Y sus cáñamos Catral;
  Y otros esquilmos habia,
Y ramos de nardo y rosa,
Y por más galantería,
Por donde quiera lucía
La granada misteriosa.
  Callosa, en fin, con membrillo
En pasta copió la almena
De su moruno castillo,
Y con dátil amarillo
Labró la roca y la arena.
  Y en una palma curada
En los pensiles del moro,
Puso una letra labrada,
Que dice «Mayor tesoro,
Reina, te espera en Granada.»

ROMANCE V

DON JUAN.

Cuán afable el rey Fernando,
La Reina cuán expresiva
Avaloran los quilates
De aquella ofrenda sencilla.
Ora llegan á los labios
Las frutas, ora examinan
Las agrícolas labores,
Que su rendir multiplican.
Ni de Isabel para en esto
El afan: luégo festiva
Al trigo llama *su aljófar*
Y á la granada *su envidia.*
Y solícita se informa
De los pueblos y familias;
Su jardin, llama á la huerta,
Y á las zagalas *sus hijas.*
Por eso las que á la entrada
Iban trémulas y tibias,
Arden de puro entusiasmo
Y de amor á la salida.
Y luégo hablando á los nobles,
Que en la cámara se apiñan,
Tiene Isabel para todos
Dulces palabras y dignas.

A Rocafull de Albatera,
Y al señor de Jacarilla
Distingue, y al de Rafal,
Y al de Arneva y al de Alquibla.
Y como en una ventana
Tras las agolpadas filas
Viese al anciano don Juan
Casi oculto en la cortina;
—¿Cómo así el amo de casa?
Dijo Isabel. Y él replica:
—Porque yo soy el criado
Do quiera que el Rey habita.
—Siempre tuvo, dijo el Rey,
Don Juan las respuestas vivas:
Así le dejára agora
Su añeja melancolía.
—Me duele ver, dijo el noble,
Pasada mi edad florida
En inútiles querellas
Y en sangrientas banderías.
Cual los Ponces y Guzmanes
Afligieron á Sevilla,
Carvajal y Benavídes
Las extremeñas campiñas,
Los de Manuel y Fajardo
La noble ciudad vecina,
Otros bandos parecidos
Ensangrentaron la mia.
Lucha que postró mi casa
Como Aragon y Castilla,
Y nada que dar me deja

Para la santa conquista.
—Sí tal, repuso la Reina,
Con voz casi compasiva,
Dios, que los dones bendice,
Da qué dar como le pidan.
Tambien de viejos agravios
La tenaz memoria antigua
Es á Dios y es á los Reyes
Noble dádiva y opima.
—¿Y qué sirve á Vuestra Alteza,
Permitidme que lo diga,
Que perdone ó que se vengue
Un pobre hidalgo en su villa?—
El Rey, no bien conociendo
Al viejo Baile, imagina
Que áun resentido recuerda
Que él le quitó la bailía,
Y dice:—Don Juan, los Reyes
Á Dios mismo simbolizan:
Por él rugen los leones,
Por él las aves anidan.
Los nobles son en la hueste
Los ministros de sus iras,
Y han de ser en sus estados
Reflejo de su justicia.
El Rey es todo de todos,
Y así no es mucho que exija
Gratitud si recompensa,
Y humildad cuando castiga.
—Yo que don Juan, mi Fernando,
Humilde respondería:

(Dijo Isabel, que miraba
De entrambos arder la vista.)
Yo dijera que es más bien
Como el agua la hidalguía,
Que á la majestad del sol
Dócil se presta y benigna:
Su claridad y hermosura
Retrata, si es pura y limpia,
Y mortífera la tornan
Sus rayos, si es corrompida.
Á veces en vanas nieblas
Se levanta y se disipa,
Á veces en gratas nubes
Los sembrados fertiliza.
Su luz en lagos refleja,
Su ardor en fuentes mitiga,
Y sol y agua son del pobre
La Providencia divina.
—¡Ah! Señora, sea en vos
Reverenciada y bendita,
Dijo don Juan, y una lágrima
Humedeció sus mejillas.
—¿Qué os daré yo como prenda
Del amor que ya me anima,
Y hace hervir mi helada sangre
Como en juveniles dias?
¡Ay! Ya mis hombros se niegan
Á la militar loriga;
Y no me quedan caudales
Con que pagar quién os sirva.
—Dadme el amor de estos pueblos;

Que á vuestro ejemplo revivan
La fraternidad, la fuerza,
La fe, la constancia antigua.
Viéndoos perdonar agravios,
¿Quién hay tan vil que no os siga?
Que no es grande el que más tiene,
Sino el que más edifica.
—Será así, dijo don Juan:
Desde hoy mi lealtad os brindo,
Si no el hierro de mi espada,
Los yerros ¡ay! de mi vida;
Y mi fe al Rey y á la patria
Vincularé en mi familia.
Dijo, y besando la mano
Calló y dobló la rodilla.

ROMANCE VI.

DOÑA LEONOR SOLER.

Entre todas las bellezas
Que en las plazas y paseos
Tributan á sus monarcas
Curiosidad ó respeto ;
Y entre las damas ilustres
Que en los regios aposentos
De visitar á los Reyes
Gozaron el privilegio;
Una las eclipsa á todas
Por la gracia y el talento,
Que cual en pomo dorado
Encierra en su débil cuerpo.
Ancha su frente, da plaza
Á elevados pensamientos,
Mesurado el continente,
Noble ademan y resuelto.
Perlas da el mar á su boca,
Si el coral las guarda dentro;
Son de rosa sus mejillas
Y áun á menudo de fuego ;
De alabastro su garganta,
De oro agramado el cabello,
Garzos los ojos y puros
Semejan al mar y al cielo.

Pero lo que más sorprende,
Lo que en el estrado regio
Le merece los encomios
De aquel tropel palaciego,
Es la viva semejanza
Que tiene en su porte y gesto
Con la Reina, que al notarlo
Nubló el semblante risueño.
No es envidia, no, que nunca
La conoció, y un secreto
Gozo femenil le dice
Que es de tal copia modelo.—
Goza en ella viendo al vivo
Su retrato sin el sello
Que ya en su frente sagrada
Imprime profano el tiempo.
Y al mirar tanto donaire,
Tan juvenil embeleso,
Recuerda triste los años
De Madrigal y de Arévalo.—
Y áun por eso no curiosa,
Mas solícita en extremo,
Se informa de sus costumbres,
De su estado y de sus deudos.
No pregunta su linaje,
Sabe que es noble, y á un necio,
Que prolijo se lo cuenta,
Dice: — Basta de abolengo.
Aquel juzgo por más noble
Que ménos presume serlo,
Y que imita y no relata

La virtud de sus abuelos.—
Leonor Soler es el nombre
De la dama; bien que el pueblo
La llama el *Sol de Orihuela*
Y de su *Huerta lucero.*
Ha tiempo fué pretendida
De un jóven hidalgo y bueno,
Don Jaime, el que ya dijimos
Que es al presente su dueño.
Don Juan, que era á la sazon
Baile general y deudo
Del amante, hombre iracundo,
Bien que probo y justiciero,
Por no sé cuáles demandas
Que los Soleres pusieron
Al patrimonio del Rey,
Que él guarda, parte derecho,
Y viene á los cintarazos,
Dejados atras los pleitos.
Turbáronse los amantes,
Las familias y los pueblos,
Y alzáronse banderías,
Y hubo carteles y duelos,
Refriegas y escaramuzas
Y rebatos y saqueos,
Y áun durára tal desórden
Si por auto de Toledo
El propio Rey don Fernando
No le pusiera remedio.—
El irascible don Juan
Fué por su Alteza depuesto,

Don Jaime partió á Sicilia,
Doña Leonor á un convento.
  Hasta que dadas las treguas
Por soberano precepto,
Se realizó el matrimonio
Há tres años, poco ménos.
  Es doña Leonor de entónces
Sol de amor para su dueño,
Íris de paz en su casa,
Ángel de Dios en el pueblo.
  De las solteras dechado,
De las casadas espejo,
Ornato de los ilustres,
Tesoro de los pecheros;
  Acoge á los desvalidos
Y conforta á los enfermos,
Y da más brillo á las fiestas
Y mayor culto á los templos.
  Es, en fin, porque se diga
De una vez tanto portento,
En todas estas riberas
Lo que Isabel en sus reinos.

ROMANCE VII.

UNA CARTA.

A vos, la noble Señora
De Cornera y de Ceutí,
Doña Leonor de Soler,
Mi prima por lo Belvis;
La que, segun dicen todos,
Es reina y señora aquí,
Ya que no por su realeza,
Por sus virtudes sin fin;
Sabed que la de Castilla,
Que es mi señora otrosí,
Os manda sus encomiendas
Y ésta me ordena escribir.
Trabajo os da la de Moya
Con esta su letra ruin:
Si os da gozo, es de la Reina;
Si os da molestia, es de mí.
Su Alteza diz que prendada
De vuestro aire señoril,
Y sabiendo las virtudes
Que en vos adora el país,
Y admirada de la gracia
Con que, humano querubin,
Disteis paz al iracundo
Y consuelo al infeliz,

Quiere con vos de estas cosas
Y otras muchas departir,
Y una merced otorgaros,
Bien que vos no la pedis.
Por esta breve noticia
Y su mandato, venid
Mañana en siendo las doce
A su regio camarin.
Bien lo conoceis, señora,
El de raso queremí,
Donde bálsamos labrabais
Con las flores del jardin.
Si en esto rompo un secreto,
Perdonadme tal desliz,
Que vos no perdeis en nada,
Y Dios gana. Con que así,
Él en su gracia mil años
Os guarde buena y feliz.....
Y á..... la Marquesa de Moya.
Firmado, treinta de Abril.
Y luégo añade en postdata,
En letra áun más baladí:
Así firmo miéntras firma
Su compañera, Beatriz.

ROMANCE VIII.

EL TOCADOR Y EL REGALO.

Junto á una mesa de jaspe,
Sentada en mullido escaño,
Entre pebetes y flores,
Ante un cristal veneciano;
Leonor, el Sol de Orihuela,
Está esparciendo sus rayos,
Y, aunque es bella y es bizarra,
Está confusa y temblando.
Un fino lienzo la cubre
Las espaldas de alabastro,
Y sobre él hasta la alfombra
Pende el cabello sin lazo.
Entorno de ella acontece
El más peregrino paso
Que viera Juan de la Encina
En su naciente teatro.
Su cabello mansamente
La de Moya está peinando,
Y la Reina le derrama
Perfume de fresco nardo.
Discreta así lo ha dispuesto,
Ó por pasatiempo grato,
Ó por útil enseñanza
A aquellos fieros hidalgos,

Ó por cimentar las paces
De los contrapuestos bandos
Con tal favor, ó por befa
De los linajudos vanos.
Y con sus dedos, que á torno
El marfil deslucen blanco,
Las rubias sedosas crenchas
Divide por ambos lados.
Y á doña Leonor pregunta:
—¿Tengo pesada la mano?
—No tal, aunque lleva el cetro—,
Dijo Leonor de contado.
—Beatriz, añadió la Reina,
¿No vendrian de milagro
Unas perlas de marquesa
Y sendas hojas de acanto
Sobre este oro?—Y Leonor dijo:
—Por mí prefiero los ramos
Que me regala mi Jaime
De la Alquibla y el Barranco.—
Y la de Moya:—Este pueblo
Para vuestro sol no es campo.
—Dios me da tanta cosecha,
Marquesa, que apénas basto.
—Discreta sois como hermosa,
Dijo la Reina.—El tocado.—
Y Beatriz de Bobadilla
En un baulillo lo trajo.
Entónces la misma Reina
Le acomodó con sus manos
Un gracioso tocadillo

Bien compuesto de briscado,
  Que á manera de azahares
Lleva pinzantes colgando,
Y rosetas esmaltadas
De rosicler y de blanco.
  Y le muestra en azafates
De plata filigranados
Un brial de terciopelo
Azul y un rico tabardo.
  —Con él podrás, hija mia,
Acompañar el tocado,
Le dice, y agora escucha,
Que cual tu madre te hablo.—
  La jóven alzó la vista,
Se vió al espejo, y no osando
Verse á sí propia tan bella,
Oyó con los ojos bajos.

ROMANCE IX.

LAGUNA EN EL CÓDICE.

En este punto, señora,
Tiene el códice una cruz
De aquella forma que vido
Pelayo en el monte Astur.
Ya sabes que en otro tiempo
Era la usanza comun
Comenzar hechos y escritos
Con tal signo de salud.
Con él sucedió en Oriente
Roger de Flor á Raul,
Y dió á Berenguer de Entenza
Título de Magadux.
Y con él Roger de Lauria
Desde un velero laud
Órdenes dió, que cumplieron
El galo, el trace, el ligur.
¿Qué más? Librando á Sicilia
De los delfines de Anjú,
Aspiró á cruzar con barras
El libre argentado atun.
Con él entrambos Fernandos
Dieron al pueblo andaluz
Leyes que le libertáran
De Boabdil y de Aben-Hud.

Con aquel signo en Lepanto
Don Juan de Austria y Santa Cruz
Anunciaron la derrota
De Alí, Siroco y Uluch;
Y ya empezado el menguante
De la luna de Estambul,
Con sus triunfantes galeras
Viraron hácia Corfú.
Con cruz principian sus cartas,
De Canarias, Betancur,
Hernan Cortés, desde Otumba,
Pizarro, desde el Perú,
Pescara, desde Pavía,
Balboa, del mar del Sur,
Desde San Quintin, Felipe,
Magallánes, de Cebú,
Un Córdoba, en Garellano,
Otro Córdoba, en Flerus,
Colon, en el Nuevo Mundo,
San Javier, en Maliapur,
Y con él nos acataban
Clemente como Dragut,
Y llegaban provisiones
Desde los Andes á Ormuz.
No es mucho si un pendolista,
Conjurando á Belcebú,
Con cruz principió la copia
Que no ha terminado aún.
Él la exornó de arabescos
Y franjas de oro y azul,
Y puso á un lado columnas,

Borrado el *non*, claro el *plus*,
  Y al otro, bajo una palma
Sobre ajado almoraduj,
Triunfante el campeon de Cristo,
Exangüe el moro Gazul.
  Eso sí; mas del discurso
De la Reina, ni una Q:
Quedósele en el tintero,
Ménos la fecha y la cruz.
  Yo en su busca he consultado
Las obras de Bofarrull,
Los archivos de Simáncas,
Monzon y Calatayud.
  Todo en vano, mi señora,
Y ya presumo que algun
Robo erudito se esconde
Como el diablo tras la cruz.
  O más bien que compendiaron
En este signo comun
La autoridad y el cariño
Y la ciencia y la virtud
  Del discurso de la Reina,
Que fué elocuente, segun
Corre en la familia y marca
Aquel signo de Jesus.
  Así tal vez quien dibuja
Un sobrehumano querub
Sus inefables facciones
Vela con rayos de luz:
  Y la actriz que representa
Ante el reciente ataud

Del hijo el dolor materno
Cubre su rostro con tul.
  Ello es que de tal escrito
No queda rastro ningun:
Acaso por la respuesta
Puedas inferirlo tú.

ROMANCE X.

EL BESO.

.....Dijo Leonor:—Vuestra Alteza
No me hable de marquesados;
Que yo no he de hacer por ellos
Lo que niego á su mandato.
Demás que allá en la clausura,
Desde mis primeros años
Aprendí á odiar el bullicio
Y á no codiciar el fasto.
—Yo tambien, dijo la Reina,
Juntando más los escaños,
Eso mismo he deprendido
En la soledad del claustro.
—Fundado por un su deudo,
Siguió Leonor, el Santuario
Donde me crié, ofrecia
Los blasones de mi amado
Por donde quiera; en el coro,
En la tumba, en el retablo:
Como si allí se educase
Mi amor con fines más altos.
Salí; di paz á dos casas,
Dando á mi Jaime la mano.
—Con Aragon y Castilla
Yo tambien hice otro tanto.—

—Así gota de rocío
Refleja del sol los rayos,
Y Dios da luz á la aurora
Y al mezquinillo gusano.
Dijo Leonor: —Él os unge
Con su fuerza, como al brazo
Dió el cetro de Recaredo
Y la espada de Pelayo.
Él dicta filial ternura
Al labriego, al artesano,
Y es España una familia,
Vos la madre, y Dios el amo.
Yo, señora, aunque criada
En más reducido estadio,
Tambien coloco mi trono
En el pecho de quien amo.
Tambien reino con mi Jaime,
Tengo deudos, y él criados,
Con mi ejemplo los gobierno,
Con mi cariño les pago.
Y aunque el asistir me honrára,
Como quereis, en el cuarto
De vuestros hijos, los mios
Me negáran sus halagos.
Y no que cuando los veo
Dormidos en mi regazo,
¡Hijos mios! que algun dia
Serán del vuestro soldados,
Me doy á soñar tesoros,
Y muy más ricos hallazgos
Que los que diz os promete

Ese genoves tan sabio.
  Y si ambicion, por ventura,
Mueve en mi pecho rebatos,
Y en sed de ganar conquistas,
Por reinos extensos ardo,
  En el corazon del pobre
Hago entradas, doy asaltos;
Asiento allí mis reales,
Donde él cuenta sus trabajos.
  Y Dios, que os concede triunfos
Y que fecunda estos campos,
Multiplica mis limosnas
Y hace invencible mi llanto;
  Su Madre viene conmigo,
Y, de su amor al amparo,
Le torno muchos rebeldes
Por gratitud tributarios;
  Y cuando vuelvo á mi casa,
El rico botin que traigo
De amor y de bendiciones
Entre mis hijos reparto.—
  ..... Iba á seguir, pero viendo
Segunda vez por acaso
En el cristal su semblante
Como la grana encarnado,
  La toalla por el suelo,
Desnudo el pecho de mármol,
La Reina y Beatriz absortas,
Y el sol hiriendo el tocado;
  Corrida consigo misma,
Paró..... balbució..... y temblando

Cayó de hinojos, y dijo:
—Perdonadme el desacato.
—¿Perdon? exclamó la Reina,
¿Lo has tú menester acaso?
La verdad es el tributo
Que da el noble al soberano.
Demás, que somos hermanas
En el reinar; aunque alcanzo
Que el reino en que tú gobiernas
Te causa ménos trabajos.
Es la virtud un imperio,
Y la belleza un reinazgo;
Quien es buena y es hermosa,
Do quiera encuentra vasallos.
Sí, del hogar, de los mares,
Desde el trono, desde el claustro
Arrancan ásperas sendas,
Que van á eternos palacios:
Allí nos guarda coronas
Quien reina sobre los astros,
Y eterno dura el imperio
Que con la virtud logramos.
Allí reinarémos juntas,
Mi Leonor, vén á mis brazos,
Dijo Isabel, y en su frente
Un beso estampó su labio.

ROMANCE XI.

PRÉSTAMO SOBRE FIANZA.

Las Córtes se han apartado,
Y aquel augusto lugar
Que dejan aparejado,
Doblemente consagrado
Al Apóstol tutelar,
Hoy á concurso mayor
Y más vário abre la puerta,
Y aunque con ménos primor,
De la ciudad y la huerta
Encierra la nata y flor.
Ello es que, el poder contrario
Vencido y rebelde afan
De Gil Sotos su adversario,
Fué proclamado don Juan
Partidor compromisario.
Y uno y otro heredamiento
De la feraz Orihuela
Vienen en aquel momento
Por ver cómo les revela
El arduo repartimiento.
Pueblan los verdes escaños
Síndicos y labradores,
Y con mantas de colores
Y tornasolados paños

Remedan verjel de flores.
  Llegó el último puntual
Don Juan con pajes de azul,
Trayendo un descomunal
Y muy ferrado baul,
Que dejó junto al umbral.
  Mucho dá que discurrir
El tal cofre á quien lo nota,
Y al fin se vino á inferir
Que nadie podrá salir
Sin dejar en él su cuota.
  Don Juan al sólio en prolijo
Afan y mucho saludo
Llegó, y al concurso fijo,
Ya en sus asientos y mudo,
Con voz imperiosa dijo:
  —Honrados vecinos de.....
Paró y dijo:—Mis hermanos,
Con voz más dulce, pesé
El tributo, chico á fe,
Que os piden los soberanos.—
  Mostróse en torno extrañeza,
Y él continuó:—A lo que veo,
Yo he medido su grandeza
Al compas de mi deseo,
Y no de nuestra pobreza.
  Mucho buscó mi razon
Cuál fuese reparticion
Justa para dar ofrenda
Que, sin dañar vuestra hacienda,
Se grabe en el corazon.

Y un arbitrio discurrí.....
Soy de Orihuela buen hijo.....
Pensad si os fiais de mí
Y si daréis lo que exijo;
Y todos dijeron: —Sí.
—Justo el cielo, y no clemente,
Continuó, plagas envia
Por manera diferente,
A muchos con la creciente,
A los más con la sequía.
Cada cual siente su daño,
Mas puesto que en varios modos
Todos padecen hogaño,
Fuera arbitrio bien extraño
El afligirlos á todos.
Búsquese quien su caudal
Por el de todos ofrezca,
Y así en lance sin igual
Más su virtud esclarezca,
Que es la nobleza rëal.—
Gil de Sotos, que esto oyó,
Luégo empezó á rebullir;
Alguno se le allegó:
—¡Bravo modo de partir!.....
Dicen, y don Juan siguió:
—Mas tal ventura conviene,
Aunque á muchos cause enojos,
A quien la suerte previene,
Y ni mujer ni hijos tiene
Que hayan de cerrar sus ojos.—
Los suyos luégo enjugó

El anciano, y prosiguió:
—Busquemos todos un hombre
Que pueda agrandar su nombre,
Ya que su familia no.
Y porque al cabo se entienda
Por todos la razon mia,
Fallo que pague la ofrenda
Aquel que adquirió una prenda
De más precio esotro dia.
—¡Qué bizarro desatino!
Murmuró Sotos artero.
—¿Qué va que este caballero
Alude en esto al molino
Que compré con mi dinero?—
Larga pausa. En ella habló
Con sus parciales el viejo,
Y hecha la intriga, exclamó:
—¿Quién libra, en fin, al concejo?—
Y don Juan repuso:—Yo.
Con esto, de envidia ó pasmo,
Calló Sotos, y al momento
Diéronse vivas al viento,
Y rebosaba entusiasmo
La sala de Ayuntamiento;
Porque, valga la verdad,
Aunque agente de alborotos,
Y logrero en la ciudad,
No gozaba Gil de Sotos
Mucha popularidad.
Y por eso extremos hizo
La turba por causa doble,

Que, por ódio á lo postizo,
Aunque estime poco al noble,
Desprecia al advenedizo.
  En tanto la multitud
Se apiña entorno á la mesa,
Por dar á don Juan salud;
Y él con bizarra actitud
Por sus filas atraviesa.
  Ya por la puerta salia,
Cuando con voz importuna
Gil Sotos, que le seguia,
Preguntó:—¿Y cuál garantía?....
Y don Juan gritó:—Ninguna.
  Pajes, dad el cofre de oro;
Que en hipoteca mejor
Puso la Reina que adoro,
Con sus labios un tesoro
En la frente de Leonor.
  Leonor, hermana y trasunto
De la esposa que adoré,
Angel de paz y de fe,
De gloria y de amor conjunto,
La que por hija adopté;
  Leonor me guarda el recibo
Regio, y á todos se alcanza
Que no es mi dón excesivo,
Y es más bien que donativo,
Préstamo sobre fianza.

XII.

CONCLUSION.

Basta; que al recordar tiempos mejores,
Casi brota en mis párpados el lloro.
¡Oh tú, cuyos purísimos favores
Alzaron una hueste y un tesoro,
Y acallaron envidias y rencores,
Y echaron de Granada al torpe moro!
Dime, reina Isabel, ¿con cuál hazaña
Una patria formaste y una España?
España, donde luchan con demencia
Raza con raza, hermano contra hermano;
Y en feroz, bien que pobre, independencia
Aspira cada pueblo á soberano;
cada cual apela sin conciencia
Ántes que á su vecino al africano.....
Fué preciso, á calmar tamaño encono,
Subir la fuerza y la virtud al trono.
Y más aún; de su divina alteza
Fué menester que á tu dosel bajára
La santa religion, cuya pureza
El imperio español purificára
De envidia vil y sórdida pereza,
Y una familia con la fe creára
De Calpe altivo hasta el confin navarro,
Y del frio Nervion al áureo Darro.

Y Dios, al delegar en tu persona
El poder de su brazo omnipotente,
Á tu pueblo bendijo, á tu corona
Dió los remotos climas de Occidente;
Para extender su fe de zona á zona,
Valor, ingenio prodigó á tu gente;
Y la extendió, miéntras armarse pudo
Con la ley del Señor, que era su escudo.

DEL EXCMO. SEÑOR

D. JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH.

AL RIO PIEDRA EN EL EX-MONASTERIO DE ESTE NOMBRE.
EL PLACER EN LA VIRTUD.
PARENTESCO DE LAS VIRTUDES. — EL ÁGUILA Y LA LECHUZA.
LA HISTORIA DEL LOBO VIEJO.
EPIGRAMA.

AL RIO PIEDRA

EN EL EX-MONASTERIO DE ESTE NOMBRE.

Á CÁRMEN.

A tu plácida corriente,
Rio, de tu tierra honor,
Obstáculo aterrador
Opónese de repente.
Hondo precipicio es
De rocas cercado y breñas;
Tú, raudo en él te despeñas
Con arrojo aragones.
Al fin se ven arrolladas,
Tras rudo combate, allí,
Rebramando contra tí,
Las honduras anegadas.
Las registra el peregrino
Luégo con vista perpleja:
Son monumentos que deja
Tu victoria en el camino.
Grito de asombro se escucha
De quien lo ve y se entusiasma:
Tremenda la lucha, pasma
Cada estacion de la lucha.

Tu agua, rio, el aire puebla
De visos, cuando cayendo
De la cumbre con estruendo,
Salta convertida en niebla,
Cuyos átomos volantes,
Que el sol obsequioso adorna,
Gala del triunfo, los torna
Diamantes desmenuzados.
Pero, aunque al sol claro y puro
Tu insigne victoria luce,
Lo mejor que ella produce
Tú lo guardas en oscuro,
Donde ancha peña escarpada
Cubre con bóveda eterna
La prodigiosa caverna,
De los encantos morada,
Donde agotado el saber,
La voluntad confundida,
Rompió la mágica Armida
La vara de su poder;
Y tasando en su valor
Del recinto los primores,
A bellezas exteriores
Antepuso la interior.
Lo mismo, Cármen, verás
En otra naturaleza:
No es en alguna belleza
El rostro el que vale más;
Que tal vez le une otro don
Sumo el Todopoderoso,
Dándole al semblante hermoso

Más hermoso el corazon.
  Convienes, Cármen, conmigo,
Noble añadiendo y leal
Que es *Fulanita de tal*
Ejemplo de lo que digo.
  Honro á esa señora mia;
Mas como contigo hablaba,
Mirando ejemplificaba,
Retraté lo que veia.
  Cité con exactitud
Cabal, que mayor no cabe:
Deja, pues, deja que alabe
La verdad á la virtud.

EL PLACER EN LA VIRTUD.

FÁBULA.

«Enrique, mortifica tu apetito»,
Dijo Fray Amador al señorito,
Cuyos pasos al bien encaminaba:
«Si el dulce de guayaba,
Si otro cualquier manjar, que ves delante
Cuando la mesa cubren, estimula
De tal modo tu gula,
Que devorarlo anhelas al instante;
Por el que fué clavado en un madero,
Cómelo con paciencia lo postrero.»
Esto al doncel aconsejaba el Ayo;
Y hallándose presente
Un bellacon Lacayo,
Goloso y hablador impertinente,
«Sí, señorito (replicó travieso),
Tengo experiencia en eso
Más que Fray Amador, aunque me alabe.
Reservando prudente
Para el fin lo mejor, más bien me sabe
Gastrónomo de gusto refinado,
Último ha de comer el gran bocado.»

Repuso el Preceptor: «Benigno y justo,
Merecimiento Dios hace del gusto.
Verás, Enrique amado,
Verás en la virtud, si la siguieres,
Que ella es el gran placer de los placeres.»

PARENTESCO DE LAS VIRTUDES.

FÁBULA.

Otra vez que delante
Nuestro Lacayo bachiller estaba,
Fray Amador á Enrique le encargaba,
Como aviso importante,
Que, en general, cuando limosna diese,
Cuidadoso evitara que se viese.
«La caridad, le dijo, meritoria
Debe llevar consigo la modestia,
Y huir toda ocasion de vanagloria.»
Y aquí añadió el Lacayo: «Si es un bestia
Quien deja ver que da; se le echa encima
Tal nube de mendigos al momento,
Que verlos pone grima,
Y del ochavo que se da nos pesa.
Socorre usted á uno; acuden ciento,
Que alrededor chillando,
Se comen vivo al que se muestra blando.»
El Padre contestó: «Réplica es esa
Del que, sobre no dar, quita las ganas.
Las virtudes, Enrique, son hermanas;
Y no es la caridad únicamente
Benéfica, es humilde y es prudente.»

EL ÁGUILA Y LA LECHUZA.

FÁBULA (1).

Las dos aves de Júpiter y Pálas,
El Águila real y la Lechuza,
De buen pico las dos y grandes alas,
Riñeron del Olimpo en las esferas;
Y aunque fué de palabra, fué de véras.
« Ruin chupona de líquido de alcuza (2),
Fantasma horrible de nublosa noche
(Gritó la favorita del Tonante),
Vete léjos de mí, no te desmoche.
—Parla tan arrogante
(Replicó la Lechuza) no hace mella
En quien ve que las dos aquí habitamos.
¿Por dónde más que yo quiere ser ella?
Venga el por qué; veamos.
—Razon es que sin duelo
(El Águila repuso) te conteste:
Bien distinto en las dos, el caso es éste.
Yo al Olimpo me vine por mi vuelo,
Y á tí te trajo á la mansion celeste

---

(1) Original de Lessing, en verso. Traduccion libre.
(2) Las lechuzas de fábula chupan aceite; las otras parece que no.

Favor, que rancio ya se te conserva.
Entre sus faldas te ocultó Minerva
Para encajarte aquí. ¡Leña en espaldas
A bicho que voló, cogido á faldas!»

LA HISTORIA DEL LOBO VIEJO,

EN SIETE FÁBULAS (1).

I.

Entrando con sus uñas en consejo
Cierto Lobo sagaz al verse viejo,
Treguas hacer con los Pastores quiso.
Discurso meditó cuerdo y conciso,
Y en busca fué del Mayoral del hato,
Que á la lobera vió más inmediato.
«Pastor, dijo el truhan con voz melosa,
Tú por ladron me tienes y asesino,
Y, amigo, no hay tal cosa;
Es que tal vez y tal hace hambre tanta,
Que uno sale de tino,
Y clava el diente á recental y oveja,
Porque es rabioso el mal de la carpanta.
Líbrame de ella tú, y á buen seguro
Que de mí formen queja
Nunca jamas zagal ni ganadero.
Dándome cada dia mi costumbre,
Teniéndome harto á mí de tierno ó duro,

---

(1) Originales de Lessing, en prosa. Traduccion libre.

Ni el más dócil y tímido cordero
Me aventaja en paciencia y mansedumbre.
—¡Tiene, dijo el Pastor, el dicho gracia!
«¡Hártame y no hurtaré!» Mas ¿quién te sacia?
Nos enseña un proverbio de pericia
Que nunca se hartan lobo ni codicia.
Prestarme á tu propuesta dificulto,
Respetando el refran. Escurre el bulto.»

II.

Despedido mi Lobo
Del vecino Pastor, número uno,
Al segundo acudió con esta arenga:
«Sabes, pues no eres bobo,
Que yendo dias y viniendo meses,
Y acechando ocasiones oportuno,
Te cazo algunas reses.
Creo que te convenga
Cederme seis al año,
Porque seguro tengas el rebaño.
Por media docenita,
Ni perros ni zagales necesita.
—¡Seis! gritó el Hombre. ¡Dieta moderada!
¡Seis! ¡Toda una manada!
— Rebajaré; que complacerte intento.
Con cinco me contento.
—¡Cinco! Ni por asomo.
Yo ni las cinco al año me las como.

—Vamos, á darme cuatro te dispones,
Replicó nuestro Lobo con presteza;
Y el Pastor, sacudiendo la cabeza,
Menudeaba la señal de *nones*.
—Tres. ¿No? Dos.—Ni una sola,
Ni un cuarto de cabrito ni su cola;
Completa negativa
Ten por contestacion definitiva.
¿Para qué reducirme á tributario
Yo de ningun contrario,
De quien seguro estoy de maleficio,
Buenamente cumpliendo con mi oficio!»

III.

«A las tres, la vencida»,
Para sí dijo el animal artero,
Y en busca fué del Rabadan tercero.
—Me tiene el alma herida
Ver, dijo, que la gente
Que por estos contornos pastorea
De mí difunda tan atroz idea.
Tú vas, Montano amigo,
A ser juez ó testigo
De que me han calumniado inícuamente.
Con una res que al año,
Cediéndomela tú, segura cuente,
Podrá tu grey, sin que recele daño,
Pastar en la espesura,

Donde yo solo inspírole pavura.
Una res, una inútil ovejilla.
Ya ves ¡qué pequeñez? ¿No es maravilla
Con Lobo tropezar tan desprendido,
Que no lo hubiera sido
Más un Emperador de marroquíes?—
Pero, Hombre, sé formal. ¿De qué te ries?
—Es que, al verte, de júbilo me arrobo.
¿Cuántos años tendrás, hermano lobo?
—¿Qué te importan mis años? Aunque viejo,
Áun á cualquier mastin cardo el pellejo.
—No te me piques, abuelete rucio;
Que no te dejas ver sobrado lucio
Para hacer de pujanza mucho alarde.
Mira, se me figura
Que tu proposicion viene algo tarde;
Y á mala coyuntura,
Portillos deja ver tu dentadura.
Es tu desinteres engaño y chanza;
Tu solo fin municionar la panza.»

IV.

Amostazóse el de las canas harto;
Mas luégo se contuvo,
Y del tercer Pastor corrióse al cuarto,
Que hallábase afligido,
Por habérsele muerto de repente
El mejor Perro que en ganados hubo,

Cuidadoso sin par, sin par valiente;
Y aprovechando el Lobo el incidente,
« Pastor, dijo, he reñido,
Y de manera tal, con mi familia,
Que ya nadie jamas nos reconcilia:
Causas lo impiden ¡oh! pero ¡qué graves!
A lo que estás expuesto, bien lo sabes;
Mas si ajustarme quieres á soldada
Para ocupar el puesto del difunto,
Res no habrá tuya que peligre un punto,
Ni áun quien torva le clave la mirada.
—¡Oiga! el Pastor le contestó: ¡me ofreces
De mi ganado ser ángel custodio
Contra tus deudos, que te inspiran odio,
Y que en el encinar, donde apaciento,
Puédenme perseguir cada momento!
—Pues sí, pues eso digo una y mil veces.
—¡Lance bueno estuviera!
Y di, si en la majada te aposento,
¿Me dejarás en ella oveja viva?
Pensar librarse del ladron de afuera,
Ladron igual introduciendo en casa,
Eso, Lobo, entre gente reflexiva,
¿Sabes por lo que pasa?
Por.....—Bastante me dices,
El Lobo interrumpió; no silogices,
No concluyas la frase.
Abur. Me voy.» Y vase.

V.

Rechinando de enojo,
Bramaba el perillan: «¡Ay! me hallo flojo;
Tiento es preciso que haya,
Siendo uno ya de lo que fué distinto.»
Fuése, pues, al Pastor, en órden, quinto;
Y á él poniéndose junto,
«Si me conoces, dijo, te pregunto.
—Algunos de tu laya,
El Hombre respondió, conozco al ménos.
—Pues, amigo, esos tales,
Áun siendo nata y flor entre los buenos,
A mí no son iguales:
El Señor de los Lobos ha querido
No le haya igual á mí ni parecido,
Para ser por mis títulos un dia
Númen de la ovejil ganadería.
—Y esa ponderacion decirme quiere.....
¿Qué?—Que no puedo atravesar tajada,
Sino de oveja que por sí se muere.
La de res en salud acogotada
Es para mí estrignina:
Yo he de vivir de carne mortecina.
Para nadie gravoso,
Mi inofensividad me hace glorioso.
Permite, pues, que siempre que barrunte
Macho, mansa ó primal intercadente,
Por los contornos éstos me presente,
Y por la baja próxima pregunte.

—Creo cuanto me dices,
Repuso el Pastor; pero
Verdades hay con pena de infelices.
¿Quién Lobo conoció mortecinero!
Res ademas á quien achaque apunta
Y en su rincon se mete,
Se te pudiera figurar difunta,
O por efecto de aprension liviana,
Maluchona tal vez la buena y sana.
Yo ante tus prendas quítome el bonete;—
Se me muere una res..... la quemo. Vete.»

VI.

«Ya no vale pretexto,
El Lobo discurrió, ni sirve arenga:
Empeñar necesito lo que tenga»;
Y fuése al Pastor sexto.
—«¿Te gusta mi pellica?»
El Lobo preguntóle.
—«¿Tu piel! Veamos. ¡Hole!
Sí, contestó el Pastor; ser buena indica
El no estar ni encentada
Siquiera de canina dentellada.
—Pues óyeme, Pastor; hablo sincero,
Y eso que lo que digo me lastima.
Teniéndome la edad atropellado,
Poco puedo llevar la piel encima:
Te constituyo en ella mi heredero,

Si me das por mis dias el bocado.
—¡Calle! exclamó el Pastor. No está pensado
Mal; pero es viejecilla la ocurrencia,
Y pudiérame bien costar la herencia
Más que vale mil veces:
Duran la eternidad ciertas vejeces.
Pero si te hallas malo,
Y hacerme quieres de tu piel regalo,
Venga el favor ahora,
Y gracias, y le admito sin demora.»
Echó mano el Pastor á su garrote,
Y se largó el tordillo más que á trote.

VII.

«¡Oh chusma sin entrañas!»
El fugitivo prorrumpió con esto,
Ya en frenesí rabioso echando el resto.
«Ejemplar de feroces alimañas
He de ser, en castigo
De que al viejo infeliz desatendisteis.
No de hambre moriré; como enemigo,
Matando, sí: vosotros lo quisisteis.»
Partió furioso y asaltó cabañas,
Sin detenerle resistencia alguna;
Niños de pecho destrozó en la cuna;
Y sólo á fuerza de juntarse al grito
De «¡muera el lobo!» número infinito
De brazos y de chuzos y rencores,

Le quitaron la vida los Pastores.
Y dijo á la sazon el más prudente :
« Obramos neciamente,
Llevando hasta el extremo peligroso
Al antiguo ladron; fuera cordura
Prestarse á compostura
Con quien, de fuerza bruta poderoso,
Pudo usar y abusar tan largamente.
Ya el tiempo sin violencia le traia
Pronto fin á la vieja tiranía. »

EPIGRAMA.

«Para dos perdices dos»,
Dijo allá el del Castañar;
Y así lo dejó pasar
Gente á la buena de Dios.
No lo escuchara ninguno
De estómago fuerte hoy dia,
Sin replicar: «No, García;
Para dos perdices..... uno.»

(Idea oida á D. Eugenio de Ochoa.)

PRIMERA PARTE

DE

LAS TRES ROSAS,

POEMA EN TRES JORNADAS

POR

D. RAMON DE CAMPOAMOR.

PERSONAJES.

ROSA, *madre de*
ROSAURA, *madre de*
ROSALÍA.
JULIO MONTERO.
BLAS, *marido de Rosaura.*
DANIEL, *novio de Rosalía.*
UN AMANTE OLVIDADO POR ROSA.
UN MÉDICO.
SOR LUZ.

ROSA.

JORNADA PRIMERA.

ESCENA PRIMERA.

Los dos miedos.

JULIO.—ROSA.

I.

Al comenzar la noche de aquel dia,
Ella, léjos de mí,
«¿Por qué te acercas tanto? me decia;
¡Tengo miedo de tí!»

II.

Y despues que la noche hubo pasado,
Dijo, cerca de mí:
«¿Por qué te alejas tanto de mi lado?
¡Tengo miedo sin tí!»

ESCENA II.

A rey muerto rey puesto.

JULIO.—ROSA.

Murió por tí; su entierro al otro dia
Pasar desde el balcon juntos miramos;
Y espantados tal vez de tu falsía,
En tu alcoba los dos nos refugiamos.
Cerrabas con terror los ojos bellos.
El *requiescat* se oia. Al verte triste,
Yo la trenza besé de tus cabellos,
Y «¡traicion! ¡sacrilegio!», me dijiste.
Seguia el *de profundis* y gemimos.....
El muerto y el terror fueron pasando.....
Y al ver luégo la luz, cuando salimos,
«¡Qué vergüenza!», exclamaste suspirando.
Decias la verdad. ¡Aquel entierro!.....
¡El beso aquel sobre la negra trenza!.....
Despues ¡la oscuridad de aquel encierro!.....
¡Sacrilegio! ¡Traicion! ¡Miedo! ¡Vergüenza!

ESCENA III.

La última palabra.

EL AMANTE OLVIDADO.—ROSA.

Cuando yo con el alma te queria,
¿Quién presumir pudiera
Que á despreciar ¡infame! llegaria
En tí y por tí la humanidad entera?.....

ESCENA IV.

Hastío.

JULIO.—ROSA.

Sin el amor que encanta,
La soledad de un ermitaño espanta.
Pero es más espantosa todavía
La soledad de dos en compañía.

ESCENA V.

Las dos copas.

UN MÉDICO.—ROSA.

I.

Le dijo á Rosa un doctor:
« Se curan de un modo igual
Las dolencias en amor,
En higiene y en moral.
» Yo, aunque el método condene,
Lo dulce en lo amargo escondo:
Esta copa es la que tiene
Dulce el borde, amargo el fondo.
» Y por si quiere esa boca
Cumplir una vez mi encargo,
Tiene esta segunda copa
Dulce el fondo, el borde amargo.
» Dios, sin duda, así lo quiso,
Y esto siempre ha sido y es:
Tomar lo amargo es preciso,
Bien ántes ó bien despues. »

II.

Rosa luégo, de ánsia llena,
Dice en su amoroso afan:

«Mezclados cual dicha y pena
Lo dulce y lo amargo van.
»Merced á doctor tan sabio,
Ve, aunque tarde, mi razon,
Que aquello que es dulce al labio
Es amargo al corazon.
»Yo que hasta el postrer retoño
Agosté en mi edad primera,
Brotar no veré en mi otoño
Flores de mi primavera.
»Fuí dejando, por mejor,
Lo amargo para el final,
Y esto, segun el doctor,
Sabe bien, mas sienta mal.
»Cumpliré una vez su encargo;
Tú, copa segunda, ven,
Pues tomar ántes lo amargo,
Si sabe mal, sienta bien.
»¡Oh, cuán sabio es el doctor
Que cura de un modo igual
Las dolencias en amor,
En higiene y en moral!»

ESCENA VI.

Un drama de familia.

JULIO.—ROSAURA.—ROSA (*oculta*).

I.

Siendo Rosa Valdés, segun mi cuenta
(Si bien por excepcion un poco rara),
Una mujer hermosa de cuarenta,
Que no tiene veinte años en la cara,
Casi es su otoño una estacion florida,
Lo mismo que lo fué su primavèra,
Que es más bella tal vez que la primera
La juventud segunda de la vida.
De Rosa la hermosura es tan cumplida,
Que cual si fuese un velo
Cuando lo suelta al viento, toda entera
La oculta la madeja de su pelo,
Pelo que todavía
Un torrente sería
Del ébano más puro, si no fuera
Porque á veces, si lo ata ó lo desata,
Tiene ¡oh dolor! que eliminar severa
Unos hilos de plata
Que matizan su negra cabellera.
Lozana como un fruto ya maduro,
De buena fe aseguro

Que si á los quince Abriles encantaba
Y á los veinte admiraba,
Seguia á los cuarenta mereciendo,
Pues toda la ciudad aseguraba
Que Rosa (y es verdad) más bien ganaba
Que solia perder, envejeciendo.

II.

Pero la pobre Rosa
Es más que desgraciada, está celosa;
Y ya á la languidez de sus miradas
Se une de dia en dia
En su rostro de madre una sombría
Palidez de facciones fatigadas;
Pues de cierta ilusion roto ya el prisma,
Su pena, más que pena, es un martirio,
Y vive en una especie de delirio
En que duda de todo y de sí misma.
La idea de su edad la atormentaba,
Pues aunque nunca se la oyó una queja,
Por momentos notaba
Que el amor de los otros la dejaba,
Aunque el que ella sintió jamas la deja.....
¡Nada á madama Sevigné curaba
Del inmenso dolor de hacerse vieja!

III.

Mas como ya sabemos
Que los años que cuenta,

Aunque parecen veinte, son cuarenta,
Haciendo Rosa de dolor extremos,
Asegura que Julio es un infame
Porque la va olvidando..... Mas ¡Dios mio!
Despues de mucho tiempo, áun cuando se ame,
En el fondo de todo ¿no hay hastío?
¡Sí! y por eso, á pesar de sus traiciones,
Es, ha sido y será Julio Montero
Un gentil y cumplido caballero,
Que vive segun Dios y sus pasiones.

IV.

Como es Julio una débil criatura
Que en sus varios amores,
Gustando del amor por sus favores
(Como hombre que cree sólo en la hermosura,
Como se cree en la esencia de las flores),
Olvida despues que ama,
Y ama despues que olvida.
Mudar, siempre mudar, ¡ley de los seres!
Dulce ley que fué el norte de su vida,
Pues poco escrupuloso en sus deberes,
Practicando esa máxima sabida
De que es fuerza adorar á las mujeres,
Despues que á Rosa amó con fanatismo
Adoró de Rosaura los encantos.
Mas ¿fué en Julio cinismo
Hacer lo que hacen tantos?
No lo creo, sabiendo por mí mismo
Que á quien más tienta el diablo es á los santos.

Por eso, aunque la madre es tan hermosa,
Ve Julio que es la hija hasta divina,
Y, en consecuencia, á Rosa
Con Rosaura reemplaza,
Pegándose aquel hombre á aquella raza,
Como se pega el muérdago á la encina.

V.

Rosaura, hija de Rosa,
Como niña nacida entre las flores,
Ademas de ser bella, era graciosa,
Pues no sé en qué botánico he leido
Que una hermosa mujer, cuando ha nacido
En medio de un jardin, es más hermosa.
Morena verdadera,
¡Cuán morena sería,
Que bien seguro estoy que pasaria
Por morena en Jerez de la Frontera!
Pecando en esta bella criatura
(Si se peca por eso)
Por demasiada gracia su hermosura,
Produce la dulzura
De su voz musical tanto embeleso,
Que el que la oye suspira,
Y, hermosa hasta el exceso,
En los labios de todo el que la mira
Casi se ve cómo palpita un beso.

VI.

Perdidas y enterradas
En Rosa sus primeras emociones,
En la jóven Rosaura recobradas
Volvió Julio á encontrar sus ilusiones.
Mas cuando Rosa vió que él tiernamente
A Rosaura miraba embelesado,
Casándola de pronto honradamente,
La eliminó con honra de su lado;
Y así fué la infeliz casada en frio
Con un jóven galan de mucho brío,
Que, como un Lord, de sus haciendas vive,
Que aunque se llama Blas es muy celoso,
Que toca, baila, canta y hasta escribe
Muy poco y mal como cualquier esposo;
Y con tal casamiento,
Rosa, aunque buena madre, amante artera,
Puso por el momento
Entre Julio y Rosaura una barrera.

VII.

De todos los encantos
Que Rosaura tenía
Era el mayor, aunque tenía tantos,
Que á traves de sus ojos todavía
Sólo cruzaban pensamientos santos;
Y por eso, entregada
A nobles espansiones,

Aunque mujer casada,
Es una niña grande tan honrada,
Que no piensa en las malas intenciones;
Y de Julio Montero, que la amaba,
Ella el amor oia
Con un cierto candor que enamoraba,
Pues, casada de prisa, se creia
Libre en su amor, si en su deber esclava.

VIII.

Estando Julio de Rosaura al lado
En una noche, al acabarse el dia,
Bajo el fresco rincon de un emparrado
Que entre la casa y en el jardin habia,
Rosa, aunque enferma, alzándose del lecho,
Poniendo en no ser vista un gran cuidado,
Se arrastró del jardin hasta la puerta,
Y dejándola á oscuras y entreabierta,
Se puso á oir en alevoso acecho.

IX.

Y miéntras Julio, que á Rosaura adora,
Con los ojos devora
Lo hermoso que nos causa calentura,
Muestra Rosaura, de abandono llena,
Aquel rostro en la flor de su hermosura,
Y ¡lo que es el amor! aunque es morena,
Salta de ella una especie de blancura.
¡Noche de amor en que el amor rebosa,

En la cual las ideas son pasiones,
En que ostentan las flores sus botones
Con toda su turgencia misteriosa!
¡Noche clara, lo mismo que la aurora,
En la que en sombras, en rumor y flores,
Y en cánticos de amor de ruiseñores,
Se agota todo un Mayo en una hora!
Y cuando así los dos gozan unidos
De una dicha sensual y candorosa,
Encienden el ardor de sus sentidos
Los magnéticos ruidos
Que, electrizando la campiña toda,
En blando movimiento,
Pasando por los nidos,
Los va arrastrando y dispersando el viento,
¡Cantor eterno de la eterna boda!

X.

Entre la sombra de la noche aquella
En que ambos frente á frente se miraron,
Y sus almas los dos se derramaron,
Ella en el pecho de él, y él en el de ella,
Se dijeron amores
Como se abren las flores,
Como un ave es cantora,
Como lo quiere, cuando se ama, el cielo,
Como en todo lugar y á cualquier hora
Alegre y bullidora
Coge el placer la juventud al vuelo;
Miéntras Rosa, escondida y desalada,

Oia cada frase
Cual si sintiese el frio de una espada
Que su pecho á traicion atravesase.

XI.

Como hace amar á prisa, muy á prisa,
El ardor que circula por las venas,
Cuando se aspira una templada brisa
Que es en lo dulce un céfiro de Aténas,
Julio ciego y Rosaura placentera,
Bajan enamorados
La pendiente hechicera,
Por la cual nos empuja arrebatados
La noche, nuestro amor, la primavera.....
¡Aquel dosel tan bello
Que forma lo gentil del emparrado!.....
¡La bruma de un lugar poco alumbrado!.....
¡Lo oscuro y lo nupcial de todo aquello!.....
¡Allá suspiros, ramas y dulzura,
Y acá fe y esperanza!.....
¡A una parte deseos y ternura,
Por otro lado el ódio y la venganza;
Y aquí y allí los débiles quejidos
Que murmuran los pájaros dormidos!.....
¡Oh, imágen de la vida,
La dicha siempre á la desdicha unida!.....
¡Vértigo que formaron combinados
La tierra, los abismos y los cielos,
Eternos remolinos encontrados,
Bien y mal, luz y sombra, amor y celos!.....

XII.

Viendo Rosa llegar el gran instante
En que á su fin camina
La audacia habitual de todo amante
Que conoce la ciencia femenina,
A un ruido de suspiros que hizo el viento,
Como el vago rumor de una arboleda,
Exhaló un rudo acento
Cual si en aquel momento
Se hallase en el suplicio de la rueda;
Y cuando Rosa con furor repara
Que ya llega el instante de la hora
En que se hunde aquel puente que separa
A Eva inocente de Eva pecadora,
Al pié de la vidriera
De la puerta que daba á la terraza
Mira más..... mira más..... se desespera,
Y cae desmayada, cual si fuera
Una estatua que el rayo despedaza.

XIII.

Cuando Rosa caia sin sentido,
Cual si hubiese sufrido
Un fuerte martillazo en la cabeza,
Rosaura ante la carne, con nobleza
Casta retrocedia,
Pues cuando ya perdia
Su corazon la calma

De un modo que no sé cómo aquel dia,
Sin saber lo que hacia, .
No añadió el dón del cuerpo al dón del alma,
Al corazon venció con su cabeza,
Pues, áun envuelta en fuego,
Sabía con certeza
Que el mismo Dios vuelve la vista á un ciego,
Pero no vuelve á un alma la pureza.
Y siempre decidida
A hacer guardar del deshonor su vida,
Y sabiendo ademas que es más seguro
Que arrostrar las pasiones
Poner en ocasiones
Entre el deber y el corazon un muro,
Se lanzó hácia la estancia,
Santuario de los juegos de su infancia.
Del jardin á la puerta se avecina,
Y, viendo que no cede, empuja airada,
Y encendida, jadeante, fatigada,
Pisa un bulto, se inclina,
Vuelve á erguirse, y camina
Como si el bulto aquel no fuese nada;
Y la enferma, que á su hija huyendo mira,
Siente, al verse pisada,
Unas ráfagas de ira
De toda madre al corazon extrañas;
Y, más rival que madre, entónces Rosa
Al tocarla aquel pié, sintió celosa
El demonio del ódio en sus entrañas.

XIV.

Cuando ve Julio que Rosaura, huyendo
Del fuego que la abrasa,
Corre ciega, y corriendo
Sobre su madre moribunda pasa,
Al umbral de la puerta,
De sorpresa y terror petrificado,
«¡Rosa!», exclama espantado.
Mas Rosa, medio muerta,
La cabeza, que á intérvalos levanta,
Como cortada con un hacha gira;
Va á contestar, pero su angustia es tanta,
Que entre sus labios la respuesta espira;
Vuelve á querer hablar y se atraganta;
Y al fin, más que decirlo, así suspira:
«Me asesinaste, adios; duerme si.....» Muere,
Y el «si puedes», que apénas lo profiere,
Se le heló con la vida en la garganta.

XV.

¡La luna indiferente entónces muestra
Su disco ensangrentado,
Y una espantosa lividez siniestra
Echó sobre aquel cuadro desolado!

ESCENA VII.

Mal de muchas.

EL MÉDICO.—ROSAURA.

«¿Qué mal, doctor, la arrebató á la vida?
Rosaura preguntó con desconsuelo.
—Murió, dijo el doctor, de una caida.
—Pues ¿de dónde cayó?—Cayó del cielo.»

DEL SEÑOR

D. JOSÉ ANTONIO CALCAÑO.

LA NAVE. — SOBRE UNA TUMBA.
AMOR É INOCENCIA. — LOS DOS ÁRBOLES. — AL CATUCHE.
LA LUNA Y LA TARDE. — Á LA MUERTE.

LA NAVE.

Á EMILIA, MI HERMANA.

¿Por qué lloras? Deja el llanto.
¿Qué es mi ausencia sino el vuelo
De un ave, al alba? Y en tanto,
¿No nos cubre con su manto
Por doquiera el mismo cielo?
No merece tu plegaria
¡Oh alma llena de piedad!
Mi nave, aunque solitaria:
Hay otra á quien más contraria
Amaga la tempestad.
Y, al mover tu ruego amigo,
¿Piensas que me alejo á solas,
Piensas que no vas conmigo,
Porque está en tierra tu abrigo
Y mi casa va en las olas?
Todos al par tripulantes
Somos de un mismo bajel;
Todos somos navegantes:
Los guerreros, los farsantes,
Arador y timonel.
Tanto dice, tanto encierra
Contemplar en desvarío

Las estrellas del vacío,
Desde un puente de la tierra
O en el puente de un navío.
  Engaña el tiempo en el mar
La ociosa tripulación
Con la danza y el cantar;
Quién tira el oro al azar,
Quién juega su corazón.
  Ve la gran nave que nada
En el éter cristalino:
Ciencia, gloria, cetro, espada
¿Qué son en nuestra jornada? —
Pasatiempos del camino.
  Pena ó placer, dan lo mismo;
Al que muere y al que vive
Quebranta igual paroxismo;
Todos van sobre un abismo,
Hasta que el bajel arribe.
  A todos nos lleva á un puerto:
Todos tributo pagamos
Al gran mareo, ello es cierto;
Pero juntos todos vamos,
Quién dormido y quién despierto.
  Sí, no habrá al fin del viaje
A la voz de «¡tierra!» sordo.
¡Ay! ¿qué ha de ser, al enclaje,
Cuando suelte su ropaje
La mascarada de á bordo?
  ¿Qué del traidor, del falsario?
¿Qué del que sangre vertiera?
¿Qué de tanto victimario,

Cuando, en la mano el sumario,
Halle al juez en la ribera?
¿Qué del mundo, si provoca
Las justas iras del cielo
Con saña blasfema y loca,
Y, cual disparada roca,
Al cáos arrebata el vuelo?
Di si áun temor por mí cabe
¡Oh alma llena de piedad!.....
Esa jornada es la grave:
Ruega más bien por la nave
Que lleva la humanidad.

(A bordo del *Rhone*, viniendo de América.)

SOBRE UNA TUMBA.

¡Qué cerca y al par qué lejos
Están la muerte y la vida!
El espesor de esa piedra
¡Cuán hondo misterio implica!
De ella abajo todo es noche,
De ella arriba todo es dia;
De ella abajo está la muerte,
De ella arriba está la vida.
Dia y noche, vida y muerte
Separa sólo una línea;
Y esa es la sola distancia
Para la cual no hay medida.

AMOR É INOCENCIA.

The night-dew that falls, though in silence it weeps,
Shall brighten with verdure the grave where he sleeps.

Dos tesoros no más preció en la vida:
Su perdida inocencia, su amor muerto.
Así, pulsando el arpa, en voz sentida
Esto cantó á las brisas del desierto:
«Cuando la noche que anubló tu frente,
Con su denso crespón cubra la mia,
Y el mundo á que voló tu alma inocente
Abra ante mí su misteriosa via;
¿No hallaré, como el nauta en el ocaso
Del héspero, ya oculto el sulco leve,
Una fúlgida huella de tu paso,
Que, guiando mi alma, á tí me lleve?
De esos ojos tan puros, cuya lumbre
Me hablaba de los ángeles y el cielo,
¿No veré yo la dulce mansedumbre
En las santas regiones del consuelo?
¡Oh bienandanza, oh dicha verdadera,
Si allá, anudando la infantil historia,
Revolar otra vez en mi sintiera
Los sueños del amor que fué mi gloria!

Y no ofende á los cielos mi delirio:
Mi amor, al sol del trópico emulaba;
Mas su llama era pura como el cirio
Que brilla ante el altar y en él se acaba.
Dilo, o santa inocencia, que cubrias
Con tus alas de ángel nuestra frente,
Y las puertas del cielo nos abrias,
De amor y beatitud la faz riente.
Casta inocencia, fuente bendecida,
¿Quién me enturbió tu linfa sosegada?
¿Y á tí ¡oh dolor! quién te marcó la vida
De la frágil violeta, en flor tronchada?
¡Oh Eden perdido! ¡Oh escurecida llama!
Hoy vierto desolado el llanto mio,
Como ciprés que en soledad derrama
Sobre ignorada tumba su rocío.
Mas el rocío del ciprés, clemente,
Vida infunde en redor con su frescura;
Y musgo y flores en festón luciente
Visten la abandonada sepultura.
Al riego de las lágrimas que vierto
Fenece todo en torno; y su inclemencia
Dice á mi corazón que todo ha muerto,
Muertas ya para mí tú y mi inocencia.»

LOS DOS ÁRBOLES.

Fábula vana,
Farsa ilusoria
Creeréis la historia
Que rimo aquí;
Mas cual la cuento,
Llana y sencilla,
Pasó en la orilla
Del Choroní.
No es á ficciones
Mi lira afecta;
Yo de otra secta
La ley juré:
A mi alma extraños
Mentira y dolo,
La verdad sólo
Mi numen fué.
Yo, mientras otros
Huestes y villas,
Mil maravillas,
Pueden fingir,
Tengo á la madre
Naturaleza,
Que mi pobreza
Sabe suplir.

Y ¿á quién, tampoco,
Le fuera en zaga
Con esa maga
De inmortal sér?
Cuanto hizo el hombre
De uno á otro polo,
Remedo es sólo
De su poder.
Válvulas, fuelles
Pidió á su ciencia,
De ella potencia
Tomó mayor;
Y aventó el aire,
Y encendió fraguas,
Lanzó las aguas
A su sabor.
Cruzando un dia
Bosque y raudales,
En los cañales
Música oyó:
Era del viento
La dulce flauta,
Y en ella pauta
La suya halló.
Cuando al nautillo,
Bajel viviente,
Vió diligente
La onda surcar,
Dél imitando
Remos y velas,
Sus carabelas

Votó á la mar.
  Al rayo, luego,
Con arrogancia
Tiempo y distancia
Salvar miró;
Y tornó en rayo
Su pensamiento
Con el aliento
Que á él le quitó.
  Y no está lejos
Tal vez el dia
Que su osadía
Corone al fin,
Cuando en el éter
Tendiendo el vuelo,
De nuestro cielo
Toque al confin.
  Serán condores
De enormes alas
Los que las salas
Visitarán
De esas regiones
Do hoy sólo impera
La voz severa
Del huracán.
  Pero, del hombre
La altiva gloria,
¿Qué hace á la historia
Que cuento aquí?
Curso le cumple
Llano, inocente,

Cual la corriente
Del Choroní.

—

Choroní es una
Modesta aldea
Do se recrea
Y ufana el sol,
Al par dorando
Palmas frondosas,
Purpúreas rosas,
Verde serpol.
Desde la playa
Del mar bravío,
Do se echa el río
Claro y gentil,
Hasta las sierras
Que al Sur se empinan
Y el mar dominan
Y valles mil,
En dos poblados
Está partido
Todo el lucido
Valle feraz;
El río, en tanto,
Baja intermedio,
De predio en predio
Limpio y fugaz.
Allá, al interno
Poblado, honores

Sus moradores
Dan de ciudad;
A éste, de puerto
Le da talante
Del mar bramante
La vecindad.
  Allá el santuario
De la patrona,
Santa madona,
Del pueblo fe,
Allá la gente
Más cortesana,
Más ciudadana
Gala se ve;
  Y aunque doquiera
Se escucha el río,
Y el murmurío
Del cocotal,
Y los susurros
De los bucares,
Y los cantares
Del turupial;
  Únense á veces
A estos ruïdos
Cultos sonidos,
Culto clamor;
Los que el piano
Sonoro lanza,
De canto y danza
Grato rumor.
  Acá se mira,

De trecho en trecho,
Ya un rancho estrecho,
Ya un blanco hogar;
Acá demoran
Conjuntamente
Marina gente
Y aves del mar.
  La playa toda,
Todas las aguas,
Blancas piraguas
Y lanchas son:
Una á la vela
Se ve expelida,
Y otra mecida
De su rezón.
  Ésta en el río
Do se arreguera,
La tarde espera
Para levar;
Mientra á la sombra
De los uveros
Sus marineros
Van á sestear.
  Aquí no estilan
Cultos cantares,
Mas populares
Tonadas, mil;
Y es para verlos
Con cuánto ahinco
Baten el cinco
Y el tamboril.

Mas lujo es vano
Tanta memoria
Para la historia
Que cuento aquí;
Vestirla debo
Llana y sencilla
Como la orilla
Del Choroní.

—

En una vega
Que el río halaga
Y el mar amaga
Con su furor,
Que al par es muelle
Del marinero
Y amarradero
Del pescador,
Donde el buey tardo,
Si el sol le enerva,
Sobre la yerba
Gusta solaz,
Y el pangil une
Su alto graznido
Con el gemido
De la torcaz;
Alto y pujante
Como un castillo,

Verde *jabillo* (1)
Se alzaba ayer;
Dosel al río
Sus ramas dando,
Largo brindando
Sombra y placer.
  Pero las gentes
De aquel contorno,
Nunca, al bochorno
De la estación,
Su placentera
Sombra buscaban:
A otro le daban
Predilección.
  Sólo á algun ave
De la montaña
Cántiga extraña
Rendirle oi,
Dando matices
A su ramaje
Con su plumaje
Gualdo y turquí.
  Todo en la vega
Desden, olvido
Para el erguido
Jabillo fué;
Los mimos todos

(1) Arbol de Venezuela, corpulento, robusto, y erizado, desde su tronco, de pequeñas y gruesas espinas. De él se labran las canoas y embarcaciones de una pieza, que sirven de transporte en las costas.

Eran á un *lano* (1);
Y árbol más vano
No hay otro á fe.
  Yo que la suerte
De ambos veía,
Yo que sabía
De éste y aquél
Vicios, virtudes,
A lo profundo,
Pensé en el mundo
Ciego y cruel.
  En éste (dije
Con un suspiro)
La estrella miro
Del necio audaz:
Él sólo priva,
Sólo campea,
Por más que sea
Su aura falaz.
  En todas partes,
Con ciega venda,
Por torpe senda
Fortuna va:
Al bueno, al noble,
Planta, hombre ó bruto,
Desden por fruto
Sólo les da.
  Mas una tarde

(1) Árbol muy vistoso, de hoja ancha, y la corteza de un lindo color de rosa. Es fofa su madera, y sólo se usa para boyas.

(Reinaba Octubre)
Todo lo cubre
Denso crespón:
Zumban los vientos,
Tiemblan los montes,
Los horizontes
Fantasmas son.
Pronto las ígneas
Flechas del rayo
De cayo en cayo
Se ven saltar;
Cada descarga
Del ronco trueno
De seno en seno
Barre la mar.
Las cataratas
Del cielo abiertas,
Rotas las puertas
Del huracán,
Aguas y vientos
En cruda guerra
Mar, cielo y tierra
Batiendo están.
La playa toda
Llenan en tanto
Voces de espanto,
Clamores mil;
A varar corren
Los marineros,
Y los vaqueros
A su redil:

Los caracoles
De los de á bordo
Con eco sordo
Se oyen clamar;
Mas vano atruenan
La costa oscura;
¡Quién se aventura
Con esa mar!
Súbito un tumbo
Siéntese enorme,
Como el de informe
Grave peñón;
Y á poco el río
Baja espumando,
Ronco bramando
Como un león.
La horrenda noche
Todo fué estrago;
Y en ancho lago
Trocada vi
La antes galana
Pero sencilla
Plácida orilla
Del Choroní.

—

Concha de nácar
Que fresca arroja
La mar, y áun moja
Con su zafir,
Y que en sus visos

De oro y de plata
Viva escarlata
Deja lucir;
  Eso es el cielo
Cuando la aurora
Lo baña y dora
De su arrebol;
Así encorvado
Sobre el oriente
Hoy ve esplendente
Surgir el sol.
  Con la alborada,
Gozoso el pecho,
Dejan el lecho
Nauta y pastor;
Mas hoy, doquiera
Vuelven los ojos,
Ruina y despojos
Ven en redor.
  Calmóse el cielo
Y el mar bravío;
Ya apena el río
Se oye sonar:
De su soberbia
Corrido acaso,
Muy quedo el paso
Mueve á la mar.
  Postrados fueron
Leños robustos,
Tiernos arbustos
En fin precoz:

A hombres ó plantas,
Al flaco, al fuerte
Hiere la muerte
Con una hoz.
  El que se alzaba
Como un castillo,
Fuerte jabillo,
Por tierra está.
¿Y el otro? Dilo,
Mar insondable.....
Ni quien dél hable
Siquiera hay ya.
  Del viento mofa,
Del mar desprecio,
Como el del necio
Fué su esplendor;
Gracias si, en brutos
Fragmentos romos,
Lo ata á sus plomos
Un pescador.
  Mas aquel árbol,
De quien huyeron
Los que temieron
Sus dardos mil,
Cual huye el vicio
De la severa
Virtud austera,
Y áun la aja vil,—
  Del justo encomio
Llegar vió el dia;
Su apología

Doquier sonó;
Y á poco, orgullo
De la comarca,
Pomposa barca
La mar hendió.

—

Nave el ingenio
Que el mundo olvida,
La vela henchida,
Raudo el volar,
Al fin, domando
Las tempestades,
De las edades
Divide el mar.
Divino ingenio,
Claro ó inculto,
Mi pecho culto
Siempre te dió;
Yo soy al modo
Del pajarillo
Que á aquel jabillo
Párias rindió.
Aliento á darte
Y albor de gloria,
Mi humilde historia
Conté por tí;
Y á tí la envio
Llana y sencilla,
Desde la orilla
Del Choroní.

AL CATUCHE [1].

ELEGÍA.

Pues si no yo, ¿quién á tu márgen muda
Vendrá, donde se asienta,
La faz grave y ceñuda,
La veste polvorienta,
El estrago, y apenas tu auge cuenta?

Llama al mortal la soledad en vano;
Tras el placer sin freno
Otra voz no oye insano,
Aunque más de ella el seno
Del acento de Dios palpita lleno.

Ya de verdor y pompa te cubrias;
Hoy el dolor te viste:
Ya alegre discurrias;
Ni muestras lo que fuiste,
De quebrantado y silencioso y triste.

Apenas tus ruinosas hondonadas

---

(1) Rio, hoy casi exhausto, que corre al norte de Caracas, extremo en donde sembró más ruina el terremoto de 1812.

Vense allá en el altura
De verde coronadas;
Que escasa tu onda pura,
Ni áun te basta á llorar tu desventura.

Ni una voz, ni un rumor presta ya al eco
Tu cauce silencioso:
En el recinto hueco
De tu álveo peñascoso,
Sólo al viento vagar se oye silboso;

Y sin un ave alegre, al tedio ayuda
De tu hado sombrío
La tórtola viuda,
Que en doloroso pío
El seno atrista del breñal bravío.

Mas ¿quién te emulará, ni así cuitado?
No Anauco el de las flores,
Ni Guaire el celebrado:
¡Qué pompa y qué loores!
¡Qué cantares tuviste, y qué pastores!

Corpulento samán, ya en gloria eterno,
Dame nuevas, si tienes,
De aquel pastor tan tierno
Por quien tan alto vienes,
De flores y verdor cintas las sienes (1).

---

(1) El presbítero D. José Cecilio Ávila, que rescató del hacha de un leñador el famoso samán del Catuche.

Dime si, quebrantando el largo exilio
Por venturoso caso,
Al buen pastor Cecilio
Viste una noche acaso
A tu sombra mover augusto el paso.

Y, pues amor y vida le mereces,
¿Cómo, por más estrecho,
Ni un renglon en tí ofreces
Que pague tu provecho
Y diga la nobleza de aquel pecho?

Ni menos plauso y eternal memoria
Debes, por sus canciones,
Al que narró tu historia
En tan acordes sones,
Que á oirle se tuvieron las naciones (1);

Aquel Dámis, amante de la Emira,
Simplecilla pastora,
Que una vez con su lira
Tornó blanda y sonora
La voz de la tormenta bramadora.

¡Ay! tu dulce cantor cayó sin vida:
Cayó la noble frente
De lauros mil ceñida;
Mas del hogar ausente.....

---

(1) Alúdese á Rafael María Baralt, y á sus deliciosos idilios *El árbol del buen pastor* y *La tempestad.*

Cuanto glorioso fin, tanto doliente.

¿*Turbio Catuche, tu camino usado,*
Ya entre zarzas perdido,
Ni una huella ha guardado
De tu pastor Bellido,
Tan docto en el cantar como sentido? (1)

¡Oh amor, oh gloria, oh timbre americano!
Rompiendo su barrera,
Borrará el Oceano
Cuanto América fuera,
Antes que en ella tu memoria muera.

¿Pero será, Catuche solitario,
Que tu recinto agreste
Asilo y santuario
A tanta virtud preste,
Y que tan pocos al ejemplo apreste?

¡Ay, cómo extiende la pasion su fuego!
¡Cuánto furente amago!
Al amor ¡qué despego!
Al odio ¡cuánto halago!
¡Cuánto de sangre y lágrimas y estrago! (2)

¡Oh río, oh río! el duelo me quebranta;

---

(1) El inmortal Andres Bello tenía predileccion por este rio, muy cerca del cual nació.

(2) Venezuela ¡á Dios gracias! es hoy muy otra de cuando se escribieron estos versos.

Y á tan honda amargura
Se anuda en la garganta
La voz, si humilde, pura,
Que intentó querellar tu desventura.

Manes de los repúblicos preclaros,
Mañana, al sol naciente,
Yo volveré á invocaros
Con alma reverente,
Fortaleza á buscar en vuestra fuente.

Vuestra noble virtud, sagrada tea,
Alumbrará mi via;
Y así mi nombre sea,
Pues que no gloria, un dia
Honra modesta de la patria mia.

LA LUNA Y LA TARDE.

Abandonando celosa
Las regiones orientales,
En busca del Sol querido,
La Luna al Ocaso parte.
Allá encendieron sus celos
Los obsequios, los afanes
Que á una vírgen ¡y cuán bella!
Prodigó el pérfido amante.
Ella misma de la Aurora
Sorprendió las tiernas frases;
Ella misma vió en su frente
Las perlas y los diamantes;
Áun encontró en torno suyo
Las rosas sin marchitarse,
Y rosas más encendidas
Animando su semblante.
Hora acá, porque no quede
Traicion que no lo delate,
Perfidia que no la humille,
Ni esperanza que la engañe,
La triste á llegar acierta
Cuando otra vírgen, la Tarde,
Del amador licencioso
Lamenta las veleidades.

Los blondos rizos tendidos,
Melancólico el semblante,
Sueltos de su veste al viento
Los pajizos tafetanes,
Sobre la cumbre de un monte
La halló extasiada en mirarle,
Cuando él triunfante volaba,
De su dolor sin cuidarse.
Las quejas que ésta le envia
Un punto aduermen sus males,
Que suple al bien la venganza
En despechados amantes.
Mas pronto advierte esparcidos
A las plantas de la Tarde,
Del reciente galanteo
Los despojos criminales:
Aquí relumbra un topacio,
Allí un zafiro, acá yace
Olvidado un cerco de oro,
Joyas de las sienes reales;
Y los tapetes de grana
Salpicados de diamantes,
Que en su desorden le dicen
Lo que soportar no sabe.
Pálida como la muerte,
Mirando vestigios tales,
Faltarle siente las fuerzas,
Ansias de morir sobrarle.
Una á otra, frente á frente,
Contempláronse un instante,
Cuanto en belleza distintas

En desventuras iguales;
  Y á lamentar su abandono
Entrambas fueron, la Tarde
En el seno de la noche,
La Luna en el de los mares.

A LA MUERTE.

Dulce consoladora, hija del cielo,
¡Con cuánto amor el pensamiento mio
A tí dirige el fatigoso vuelo,
Del mundo y de la vida ya en hastío!
¡Cuál me halaga pensar en cuando vengas,
De tus galas angélicas vestida,
Y en tus brazos recibas y sostengas
Esta frente llorosa y abatida!
Tú me debes piedad y amor prolijo:
Si eres madre del huérfano errabundo,
Madre del infeliz, yo soy tu hijo;
Más triste corazon no lo vió el mundo.
Yo no temo de tí, o ángel clemente!
¿Tú hacer mal al anciano, al justo, al bueno,
A la vírgen, al párvulo inocente
A quien arrancas del materno seno?
Ciego pavor, terrena resistencia
De la tenaz raíz, que asida al suelo
No quiere fenecer; pero la esencia
De la trémula flor aspira al cielo.
Vén, abrígame ya bajo tu manto:
El mundano temor á mí no alcanza;

En tí acaba el dolor, se extingue el llanto:
Tu verdadero nombre es La Esperanza.
  Y en tí sólo esperar mi ánima sabe:
Porque en tu mano, arcángel favorito,
Puso Jehová la misteriosa llave
Del alcázar azul de lo infinito.
  Tú me libertarás de tantos males
Como me asedian en funesta copia,
Del vicio y la maldad de los mortales,
De su insana miseria, y de la propia.
  De este rebelde polvo impenitente
Quebrantarás las ansias y pasiones;
Y á su instinto mi espíritu obediente,
Ya no hallará ni acechos ni prisiones.
  ¿Qué me importa su fin? ¿Ni hay fin, acaso,
A las obras de Dios? Ese tembloso
Desteñido celaje del ocaso,
Es en otro hemisferio oriente hermoso.
  Yo seré la verdura de las heras,
Yo el nido abrigaré del pajarillo,
Viviré con el lirio en las praderas,
Daré sombra y sustento al cervatillo;
  Y, flor del valle ó junco de los lagos,
Prestarán regocijo al polvo mio
De las aguas y brisas los halagos,
Y servir á la tierra de atavío.
  Eso darás á mi mortal despojo,
O regeneradora de la vida!
Y fin á mis tristezas y mi enojo,
Y á mi alma la patria apetecida.
  Y me darás tambien, en tí confio,

Del tan llorado padre, estrechamente,
El amoroso pecho unir al mio,
Y darle paz en la serena frente.
¡Ay! ¿qué será cuando á mis brazos vueles,
Muerta luz de mi hogar, muerta alegría,
Lirio arrancado en flor de mis verjeles,
Sér de mi sér, amor del alma mia?
¡Ay, cómo están desiertos mis balcones!
¿A qué se abre la flor y exhala aromas,
Si el organillo errante alza sus sones,
Y tú ni te sonríes ni te asomas?
Hijo, tus manecillas como armiño
Ya no buscan mi rostro, ni me inunda
De celeste delicia tu cariño.....
¿Qué soledad es ésta tan profunda?
¡Oh Muerte! por piedad, pues ya no hay llanto
En este corazon, y no me mata
Esta intensa agonía, abre tu manto
Y á los cielos mi espíritu arrebata.

BIBLIOTECA NACIONAL

DEL SEÑOR

D. ANTONIO ARNAO.

VISION. — LOTARIO.
EPITALAMIO. — CANTO DE LOS ZAGALES. — EL REGALO EN SUS DIAS.
LA MUERTE DEL PAJARILLO. — AL CAER LA TARDE.
MELODÍAS.

VISION.

—

Mis párpados dolientes se cerraron
El hálito al sentir del blando sueño:
Las horas de la noche al fin tocaron
Mi sien con su beleño.

Vago reposo de sin par dulzura
Bienhechor mis sentidos dejó en calma:
Sólo en el seno de la niebla oscura
Velaba triste el alma.

Y oyó una voz, cual vaga melodía,
Dulcísima, pausada, lastimera,
Que por los mudos aires descendia
De la azulada esfera.

Leve rumor, compas imperceptible,
Luégo á su lado resonó un momento,
Como de un ala grácil, invisible,
Que latir hace al viento.

Y entre una luz que al íris semejaba
Vió un ángel bello de argentada veste,

Que en silencio de amor la contemplaba
Con expresion celeste.

Lo que el alma feliz sintió primero
No lo puede narrar humana boca,
Mas á la ley cedió del puro acero
Cuando el iman le toca.

Y al ver que el ángel desplegaba ante ella
Con majestad el vuelo sosegado,
Lanzóse en pos de su esplendente huella
Con afan no pensado.

Y salvaron la mar, y enhiestos montes
Que alzaban rudos la atrevida cumbre,
Hasta que al fin llegaron á horizontes
Tintos en roja lumbre.

Melancólica, estéril y callada,
Debajo de aquel cielo se veia
Vasta extension, llanura calcinada,
Donde vida no habia.

Herida estaba por el rayo ardiente,
Sin árboles, ni brisas deleitosas;
Sólo yacian junto á seca fuente
Ruïnas pavorosas.

«Dime (el alma exclamó con honda pena,
Mirando el llanto aquel, árido y muerto),
¿Qué mar es ese de abrasada arena?»
Y él replicó: «¡El desierto!

» Esos restos que ve tu horror profundo,
Sobre los que no llora el caminante,
Son los de una ciudad, reina del mundo,
Ciudad sin semejante.

» Vió su poder en el cenit glorioso
Y la envolvió la muerte en sombra densa:
¿Sabes quién fué ese pueblo portentoso?
¡Babilonia la inmensa!

» Su soberbia la hundió. Proterva y loca
Mofarse quiso de la ley divina;
Y al murmurar sacrílega su boca
Tornóse en vil ruïna.

» ¿En dónde está la prístina grandeza
De la que en Ásia fué gentil señora,
De la que alzaba el hierro y la cabeza
Potente y triunfadora?

» Rotas columnas en la tierra hundidas
Quedan de aquellos nítidos palacios
Que en un tiempo pudieron atrevidas
Alzar á los espacios.

» Y polvo inerte, cuya vista aterra,
Sus sabios son, sus reyes y guerreros;
Todos cuantos ayer sobre la tierra
Se erguian altaneros.

» No más á darle su esplendor augusto

Sobre ella tornará la vida grata,
Pues cuando Dios fulmina rayo justo
Eternamente mata.

» Vengan los pueblos, do impiedades brotan,
Que sólo del deleite ávidos cuidan;
Los que niegan á Dios, los que le azotan,
Los que necios le olvidan;

» Vengan los reyes cuyo torpe labio
Vela hipócrita infames ambiciones,
Y haciendo á la justicia eterno agravio
Desgarran las naciones;

» Vengan los sabios cuya ciencia artera
Quiere arrancar el mundo de su centro;
Sepulcros blanqueados por defuera,
Podredumbre por dentro;

» Y aprendan todos en la vil escoria
Que resta de ese pueblo, ayer tan fuerte,
Que está la muerte tras su infanda gloria,
Y el juicio tras la muerte. »

Dijo así el ángel, y en su fácil vuelo
Despareció con giro vaporoso,
Y empezó á reflejar el alto cielo,
Volcan esplendoroso.

Y vió el alma en el colmo de su espanto
La tierra en vasta hoguera convertida,

Y á los pueblos vertiendo sangre y llanto
En lucha fratricida.

Y entre el humo de tronos y de altares
Su faz los astros con horror velaban,
Y un trono y un altar, entre millares,
Solos en pié quedaban.

Y vió tambien surgir de los escombros
De aquel horror inmenso, nunca visto,
La Fe que alzaba en sus robustos hombros
La intacta cruz de Cristo.

Torné á la vida al fragoroso estruendo;
Y al cielo alzando los nublados ojos,
La realidad de mi vision temiendo,
«¡Perdon!» clamé de hinojos.

LOTARIO.

ELEGÍA.

Triste Lotario, que en amores arde,
Canta así con mortal melancolía
Cuando en sombras de horror muere la tarde:

«¡Todo pasó! Tras de la estrella mia,
Que por mi mal despareció del cielo,
Rápida huyó cual humo mi alegría.
»Perdí la luz que consoló mi duelo,
Y desde entónces en mi torno crece
Noche fatal de luto y desconsuelo.
»Doliente gime el alma que fallece,
Mas no halla un eco que su voz repita,
Pues el eco tambien mudo parece.
»¿Quién á la queja de mi amarga cuita
Responderá con voz consoladora?
¿Quién calmará la angustia que me agita?
»¡Tierra de transicion! ¡Oh engañadora
Tierra, que ofreces á los verdes años
Felicidad lejana y seductora!
»Tú que brindas falaz goces extraños
Que tan sólo prometen alegría
Para trocarse en negros desengaños;

»¿Qué hiciste, di, de la esperanza mia?
¿Qué de mi corazon? ¿Adónde huyeron
Las dichas que tu halago me fingia?
»Bien de valle de lágrimas te dieron
El nombre de dolor los que, avisados,
En tí mansion de pena ver supieron.
»En mis sueños felices y dorados
No creí la verdad de tal sentencia,
Que estaban mis sentidos fascinados.
»Abrióse dulce á plácida creencia
Mi pecho incauto, mas dejóle herido
Con golpe aterrador cruda experiencia.
»Y miéntras, viendo mi vigor perdido,
Doblaba al peso del dolor la frente,
De todo encanto me privó el olvido.
»Y aquellos sueños de la edad rïente
Volaron, y hoy en mí tan sólo existe
Mudo vacío, soledad creciente.»

Calla Lotario, y tras de pausa triste
Prosigue así con habla lastimera,
Pues á la infiel en recordar persiste:

«Ledia hermosa, te ví (¡nunca te viera
Y no así me matara este tormento!),
Te oí (¡jamás para mi bien te oyera!).
»Sentí la voz y el perfumado aliento
De los primeros, cándidos amores,
Y tu esclavo quedó mi pensamiento.
»Reflejo de celestes resplandores,
Brilló en ardor sublime tu mirada

Cuando decirte pude mis dolores.
»Y acogiste mi súplica, y colmada
Ví en tu ternura la esperanza mia,
Ví mi pena á su término llegada.
»¡Cuánto fué pura y casta la alegría
Que aquella union de espíritus amantes
En mi pecho feliz brotar hacia!
»¡Y cuántas, cuántas que me fueron ántes
Memorias de placer, contemplo ahora
Como recuerdos de dolor punzantes!
»Quiero en el hondo afan que me devora
Repasar una página, al acaso,
De aquella vida que acabó en mal hora.
»¡Bien la recuerdo, Ledia! Paso á paso
Tras el rojo crepúsculo bajaba
La estrella vespertina al triste ocaso.
»Ante el vivo esplendor que derramaba
Como fanal sobre remota cumbre,
Mi mente por doquier fantaseaba.
»Presa de indefinible dulcedumbre,
Viendo el bello espectáculo del cielo
Que un mar bañaba de purpúrea lumbre,
»Sintió el pecho crecer su ardiente anhelo,
Y abrasado en el brillo de tus ojos
Te demandé la vida y el consuelo.
»Tú, del pudor con los matices rojos,
Y en lánguido mirar, así elocuente
Me hablaste sin desden y sin enojos:
»*Por tí mi corazon arcana siente*
La pura llama del amor primero:
Tuyo será miéntras latiendo aliente.

»¿Y esto dijiste tú? Pues qué, ¿severo
No ha matado tan plácida memoria
Con negro olvido desengaño fiero?
»¿Qué fué de tu promesa y de mi gloria?
¿Por qué mi corazon despedazaste
Poniendo fin á mi amorosa historia?
»¿Por qué en la soledad me abandonaste?
Gózate, infiel, en mi mortal tristeza,
Gózate en la amargura que causaste;
»Pues tú no comprendiste la pureza
Del culto aquel, de aquellas ilusiones
Que me inspiró tu angélica belleza.»

¡Oh Lotario infeliz! Sus aflicciones
Arráncanle una lágrima que brilla
Cual chispa del volcan de sus pasiones;
Pero al sentir que escalda su mejilla
Comprende que á su pecho generoso
Deshonra el llanto y la flaqueza humilla.

«¿Y así me quejo? exclama. Valeroso
Morir sabrá mi corazon callando,
Si no queda en la lucha victorioso.
»Ya con solemne voz en él gritando
Denuedo varonil, noble le alienta,
Su antigua fortaleza recordando.
»Que cuanto más al ánimo atormenta
El agudo aguijon de los dolores,
Tanto más grande el ánimo se ostenta.
»Cesen ya, pues, las lágrimas de amores
Que con flaqueza derramar solia.

Cesen ya para siempre. Los fulgores
» De la llama que siente el alma mia
Pueden mostrar á la razon la senda
Que á dicha más veraz segura guía.
» Y sólo habrá un amor que al pecho encienda,
No terrenal, mezquino y pasajero,
No amor que pide deleznable ofrenda;
» Sino aquel que, infinito y verdadero,
Fuente inexhausta de inefables bienes,
Es de dicha sin par ancho venero. »

Dice, y mostrando espléndidas sus sienes
La aureola inmortal de la esperanza,
El arpa en que cantó fieros desdenes
Rota, léjos de sí, férvido lanza.

EPITALAMIO.

Guárdete el cielo cándida y pura;
Guárdete, y vierta próvido en tí
Dichas sin cuento, tierna ventura,
La paz que el mundo no tiene en sí.

Plácido valle, pensil de flores,
Sobre la tierra huelles de hoy más:
Astros y cielo con sus fulgores
La senda alumbren por donde vas.

Hoy ante el ara, cual sueño hermoso,
Miras cumplirse bella ilusion;
Y con su mano tu amante esposo
Te entrega noble su corazon.

Él, que es tu egida, dulce te espera
Bajo del techo de nuevo hogar,
Donde te llama cual compañera,
Donde señora vas á reinar.

Rica en virtudes y en altos dones,
Oye su acento, ve de él en pos:
Te dan tus padres sus bendiciones,
Vívida gracia te manda Dios.

Tu amor sagrado, como rocío
Caiga en su pecho para su bien;
Y en los embates del mundo impío
Casto en tus brazos halle un Eden.

Nunca entibiada su fe vehemente
Turbe el hechizo de tu bondad:
Nunca esas rosas que ornan tu frente
Pierdan el brillo de su beldad.

Y cuando el tiempo gozoso gire,
Cuando le sientas pasar veloz,
En otras almas tu alma se mire,
Que «¡Madre!» digan con santa voz.

CANTO DE LOS ZAGALES.

Á la pradera hermosa
Tornad ¡oh ninfas! á olvidar la pena;
Aquí donde olorosa,
Junto á purpúrea rosa,
Cándido cáliz irgue la azucena.

Venid á la enramada
Que del sol amortigua los ardores
Y es de quietud morada;
Aquí donde hechizada
La mente forja ensueños seductores.

¿No mirais anhelantes
Cómo la primavera ufana envia
Sus luces fulgurantes?
Pues de ella sois amantes,
Venid para gozar de su alegría.

Las que al gárrulo estruendo
De claras fuentes, aves que gorjean,
Y céfiros bullendo,
Sentís que, libres siendo,
Por doquier vuestras almas fantasean;

Llegad. Aquí se agitan
Otras, henchidas siempre de ilusiones
Que nunca se marchitan:
Aquí nobles palpitan
Por vuestro amor ardientes corazones.

Ver podréis, de la aurora
Flotando entre la luz, que estos pensiles
Vivifica y colora,
La imágen fiel que adora
La humana mente en años juveniles.

Traed en la dulzura
De vuestros ojos lánguidos y bellos
Miradas de ternura;
Y así delicia pura
Desparcirán con fúlgidos destellos.

¿No oís cuán dulcemente
Suena campestre música, perdida
Por el sereno ambiente?
Ella en voz elocuente
Con inefables goces os convida.

Venid, pues, sin tardanza
Adonde el mal no mueve cruda guerra;
Y hallaréis bienandanza,
Fino amor sin mudanza,
Sol en el cielo, flores en la tierra.

EL REGALO EN SUS DIAS.

Hermosura peregrina,
Hija de Albion la nublada,
Y al Manzanáres llegada
Que un ángel ver se imagina;

Hoy que el cielo amor te ofrece
Porque tu santa patrona
Bella ostenta la corona
Que su virtud ennoblece;

En este risueño dia,
Cuando á tu delicia atento
Dulce te regala el viento
Con aromas y armonía;

Permite que sin aliño
Mi cariño, que es muy grande,
Una sola flor te mande,
Símbolo fiel del cariño.

No es la fresca, altiva rosa,
Que luce del sol al rayo,
Ni el rojo clavel de Mayo
Ni la camelia pomposa;

Pues tan arrogantes flores
Que almas sin pasion prefieren,
Aunque brillan mucho, mueren
De su vida en los albores.

Yo te mando una flor triste,
Modesta como ninguna,
Que resiste á la fortuna
Y al crudo tiempo resiste:

La que despues de la muerte,
Cual memoria duradera,
Cubre la mansion postrera
Que nos depara la suerte.

Tu mano, pues, la reciba;
Riégala con tierno llanto,
Porque flor que vale tanto
Se llama, y es, siempreviva.

LA MUERTE DEL PAJARILLO.

«Calló su trino dulce y sonoro;
Su vista inmóvil sin luz está;
Ya no aletea con plumas de oro,
Y á mi reclamo no acude ya.

»Al que en alegre, fácil gorjeo,
Tras mí venía siempre veloz,
Hoy en su jaula rígido veo
Sin que me llame su amiga voz.

»Lacias, del hierro penden colgadas
Con muda pena, su muerte al ver,
Las verdes hojas, al valle hurtadas,
Que le brindaron sustento ayer.

»En vaso limpio vertió mi mano
Agua de un fresco, claro raudal;
Y el agua espera, y espera en vano,
Bañar sus alas con su cristal.

»Aunque en oriente raye la aurora
Y el sol derrame vivo fulgor,
No les saluda su voz canora
Con melodiosos pios de amor.

»Aunque mi diestra su cárcel abra,
Y aunque le excite libre á volar,
Ni ya se cuida de mi palabra,
Ni ya en mis hombros viene á posar.

»¡Oh pajarillo! ¡Cuán honda pena
Me oprime al verte yaciendo así!
¡Qué desconsuelo mi vida llena
Desde el instante que te perdí!

»Crudos dolores sufrió mi pecho;
La muerte he visto sin afliccion;
Mas con angustia y á mi despecho
Hoy débil llora mi corazon.

»Y es que en tí, acaso, yo no veia
Sólo de un ave la realidad,
Sino el amigo, la compañía
Que consolaba mi soledad.»

Dijo así un rudo, viejo soldado,
Que en cien batallas sangre vertió;
Y por su rostro, ya demacrado,
Lágrima acerba lenta rodó.

AL CAER LA TARDE.

Mirad á lo léjos el vasto occidente
Poblado de nubes de vario color;
Brillante cortejo del sol esplendente
Que apaga en los mares su vivo fulgor.

Miradlo teñido de verde esmeralda
Con ráfagas sueltas de rojo carmin,
Y á trechos manchado de azul y de gualda,
Y á trechos con cintas de rosa y jazmin.

¡Cuán rico está el cielo con esa belleza,
Memoria del dia que acaba de arder,
En tales momentos de dulce tristeza
Que inundan el alma de etéreo placer!

¡Cuán lleno de encanto se ostenta el paisaje
Que el último rayo refleja del sol,
Del sol que las copas del fresco boscaje
Con orlas circunda de claro arrebol!

¡Qué hermoso está el valle que oculto florece
Guardado por montes de enhiesta cerviz,
Y al fin de la tarde dormirse parece
Con ledo abandono y en sueño feliz!

¿No veis cómo al nido los pájaros vuelan?
¿No oís el murmullo del claro raudal?
¿No hallais que apacibles el alma consuelan
Los vagos rumores del aura estival?

¡Oh sol de poniente! Mi pecho te adora
Mirándote en solio de grana y tisú:
Cual dulce esperanza, muy bella es la aurora;
Cual triste recuerdo, más bello eres tú.

MELODÍAS.

I.

INVOCACION NOCTURNA.

Cierra mis ojos, benigno sueño:
Tus leves alas toquen mi sien;
Y al blando influjo de tu beleño
Mi mente goce de nuevo Eden.

Bajo tu imperio mi afan acabe;
Y cuando el alma quiera sentir,
Alce mi dueño su voz süave
Y al escucharla torne á vivir.

Deten ¡oh noche! tu raudo vuelo:
La azul esfera ven á velar;
Y ampara al triste que en este suelo
Dicha en tu sombra puede gozar.

II.

RISA Y LLANTO.

Cuando al anunciar mi muerte
Vibre la fatal campana,
Podrás ver en mi semblante
Leda risa, ó tristes lágrimas.

Si ántes me has dado al olvido,
Mi partida será amarga,
Porque á despecho de todo
Dejará de verte el alma;

Pero vagará en mis labios
Muda risa involuntaria,
Viendo que, al fin, de la vida
Sacudo la odiosa carga.

Si fiel siempre me has querido,
Mi partida será grata,
Porque iré á pedir al cielo
Que su recinto nos abra;

Pero verás cuál mis ojos
Llanto silencioso baña,
Porque tendré que dejarte
Para emprender mi jornada.

III.

LA GOTA DE ROCÍO.

Como en el cáliz de la fresca rosa
La perla del rocío,
Así en tu puro corazon ¡oh hermosa!
Descansa el amor mio.

¡Nunca al rayo del sol para su daño
La gota se evapore!
¡Nunca mi fe, por fiero desengaño,
Desvanecida llore!

IV.

ELLA.

(Imitacion.)

Cuando miro aquellos ojos,
Gloria, templo del amor,
Y en sus puros labios rojos
Casta risa de candor;

Por su seno el pecho mio
Fuego siente discurrir,
Y en sublime desvarío
Me parece ya morir.

Nunca temas que vencida
Mude fácil mi pasion:
Miéntras guarde aliento y vida
Fiel será mi corazon.

Al rigor de adversa suerte
Nunca el alma rendiré;
Que no espanta, ni la muerte,
Al que es mártir de su fe.

V.

GRATA ILUSION.

¿Oís? ¿Oís? Por la region del viento
Canto de amor á resonar comienza:
Brilla ante el alma rutilante aurora
Y en mundo ignoto de placer despierta.
Ledo perfume por doquier respira,
Fuego divino su esperanza alienta,
Y alado coro en invisible vuelo
Por la azulada inmensidad la eleva.

¡Grata ilusion! Tus delicadas manos
Roban al arpa, que celeste suena,
Blanda modulacion que al mundo trae
La remembranza del Eden risueña.
¿Eres ángel? Tu frente me lo dice:
¿Eres mujer? Tu acento lo revela.

Mujer, ó ángel, canta, y vuele el alma
Léjos, léjos, muy léjos de la tierra.

VI.

EL MENSAJE.

(Imitacion.)

Quise mandar un mensaje
A la que mi pecho amó,
Sintiendo por cruda pena
Transido mi corazon;
Mas ella partió tan léjos,
Tan léjos de aquí partió,
Que llamarla fuera en vano,
Con doliente, humana voz.
Mandarle un mensaje quise,
Prenda fiel de casto amor,
Y ansiando estaba que un genio
Se lo llevara veloz.
En una cándida nube
Lo envié con ciego ardor,
Mas pronto la ví deshecha
Por la roja luz del sol.
Despues lo tomó la alondra
Que subir, subir logró,
Mas faltándole las alas
Dióle muerte el mar feroz.
Al verla clamé llorando:

«¿No hay un ángel volador
»Que dar mi mensaje quiera
»Con celeste compasion?»
¡Ay! entónces vago el viento
Ledamente palpitó
Con tan dulces, blandas notas,
Que calmaron mi dolor.
En grato acorde tañian
Cien arpas de aéreo son,
Y en las alas de aquel canto
Mi mensaje reposó.
Y sentí que por los aires
Resonaba su clamor,
Léjos, muy léjos, más léjos
Que cuanto el alma soñó.
Ví que al fin llegó el mensaje
A la angélica mansion,
Y en mi pecho desde entónces
Conversamos ella y yo.

VII.

SU IMÁGEN.

Doliente, bella imágen,
Que vienes del Eden,
Los ojos no te miran
Y el alma en sí te ve.

La sombra débil eres
De aquella prenda fiel
Que muerte despiadada
Robó á mi tierna fe.
Si tornas para alivio
De amor en su viudez,
Los cielos te bendigan,
Memoria de mi bien.
Si tornas porque piensas
Que acaso te olvidé,
En este pecho herido
Tu nombre puedes ver.
Doquiera que me encuentre,
Doquiera te hallaré;
Cual norte que me guia
Con pura nitidez.
No sepa ya mi labio
Más nombre de mujer:
Lo mismo que hoy te adoro
Mañana te amaré.

VIII.

AMOR INMORTAL.

Tú de mi vida
Casta ilusion
Que en grato sueño
La mente vió,

Mira mis penas,
Oye mi voz,
Pues vengo á darte
Postrer adios.

El mar me llama
Con ronco hervor:
Hoy por sus ondas
Huiré veloz.
Mas nunca olvide
Tu corazon
Que en tí se cifra
Mi eterno amor.

Con hondo duelo
Veré otro sol;
Verás con pena
La fresca flor.
Doquier sabrémos
Sufrir los dos,
Si tú pesares,
Tormentos yo.

Triste la muerte
De mí va en pos,
Mas nunca al alma
Dará pavor.
Tendré tan sólo
Cruda afliccion
Al ver que pierdo
Tu puro amor.

IX.

MUERTE DEL POETA.

Ya velado en densa nube
Triste el sol muriendo está...
Ya de Oriente al cielo sube
Negro horror que espanto da.
Tal su ocaso halló mi vida...
Tal su noche vi venir...
Hoy mi voz, de llanto henchida,
Quiere al mundo adios decir.

¡Poco vives, gloria humana!
¡Dicha infiel, la muerte das!
¡Sois tan sólo sombra vana!
¡Viento y humo sois no más!
Fe en vosotras tuve un dia,
Viva luz de fiel pasion:
Hoy en pago al alma mia
Luto queda, no ilusion.

Es querer el propio daño
Siempre ansiar mentido bien:
Vense aquí dolor y engaño;
Dicha y gloria no se ven.
¡Oh vosotras, tiernas almas!
No soñeis en triunfos, no:

Yendo en pos de lauro y palmas
Crudo afan tendréis cual yo.

Mas... ¿por qué tan hondo duelo?
Harto aquí sin paz lloré:
Ya la mente, ansiando el cielo,
Vuela en alas de otra fe.
Sacudiendo su desmayo,
Rauda siéntese subir
Más que el ave, más que el rayo
De una nube en otra al ir.

Cubra el éter velo umbrío...
Ronco el trueno brame ya...
Nada teme el pecho mio:
Libre al fin del mundo está.
Voz que gozo blanda inspira
De otra patria viene á mí:
Nace un sol que nunca espira...
¡Dulce muerte, vivo en tí!

DEL SEÑOR

D. MANUEL DEL PALACIO.

EL SUEÑO.—EN LA TORRE DE PISA.
OLAS AMARGAS.— EN EL ÁLBUM DE LAURA SICKLES.—TROVA.
PREFACIO DE UN LIBRO.—Á MADAME.....
POLOS OPUESTOS.—UNA CARTA.—Á LA LIBERTAD.
DEL ÁLBUM DE MI HIJA.—Á UN AMIGO RESIDENTE EN ROMA.—LAS ONDINAS.
LA MUERTE DE UN ÁNGEL.—CANTARES.

EL SUEÑO.

—

Rumor de voces lejano
Parece suena en mi oido,
Quiero recordar en vano,
Y el libro, que no he leido,
Se desliza de mi mano.

—

Ante mi incierta pupila
Miro en silenciosa fila
Seres y objetos pasar;
Cuanto me cerca vacila,
Mi aliento se va á apagar.

—

Veo risueñas llanuras
Y montañas escarpadas,
Selvas frondosas y oscuras,
Y entre arroyos y cascadas,
De un antro las angosturas.

—

Del antro sobre la puerta
Arrojo yelmo y escudo,
Y por la escala desierta,
Ciego, irritado, desnudo,
Me lanzo á carrera abierta.

Rápido cruzo y sereno
Calles de lava y basalto,
Nada á mi ardor pone freno,
Si hallo un torrente, lo salto,
Si hallo un abismo, lo lleno.

—

A un mundo desconocido
Llego al despuntar la aurora,
Mundo de paz y de olvido,
Donde se ensalza al caido
Y se consuela al que llora.

—

No existe allí el ódio fiero,
Ni la envidia, ni el agravio,
Y unidos van de bracero
El mendigo con el sabio,
Torquemada con Lutero.

—

Rosada luz ilumina
De aquel mundo el horizonte,
Y á traves de la neblina
Palmas se ven en el monte,
Laureles en la colina.

En la más cercana cumbre
Alza un templo sus arcadas
Que dora del sol la lumbre,
Y en cuyas gigantes gradas
Se postra la muchedumbre.

Y cien voces á la par,
Y cien mil de ellas en pos,
Van con el mismo cantar
Repitiendo : «¡Gloria á Dios!
Su reinado va á empezar!»

—

Al eco de esta armonía
Mi imaginacion turbada
Recobra su lozanía,
Y en mi pupila inflamada
Refleja la luz del dia.

—

De todo cuanto soñamos
Nada en derredor hallamos,
Las ilusiones dejemos,
Y puesto que despertamos
A la batalla tornemos.

—

Otro viaje nos espera
Por más árido camino,
Donde en vez de la palmera
Halla cipreses doquiera
El cansado peregrino.

—

Y de ese viaje al final,
En cuyo largo arenal
La materia se evapora,
Se ve de una dulce aurora
El crepúsculo inmortal.

Madrid, 1873.

EN LA TORRE DE PISA.

¡Cómo desde esa cúspide gigante,
Mísera y ruin la humanidad parece,
Y cómo el corazon se empequeñece
De esta soberbia fábrica delante!
Miéntras ella inclinada y vacilante
Miedo y admiracion al mundo ofrece,
Un siglo tras el otro desparece
Y una edad á otra edad vence arrogante.
Enigma de la humana inteligencia,
Siempre que absorto te contempla el juicio
Aprende una verdad en tu existencia:
Todo se inclina aquí; sér y edificio,
Mas ¡ay! la inclinacion que da la ciencia
Subsiste, y se desploma la del vicio.

Italia, 1869.

OLAS AMARGAS.

Á UN AMIGO DE LA NIÑEZ.

Vén; la playa está desierta,
El sol á ocaso camina,
Y efluvios primaverales
Lleva en sus alas la brisa.
Vén; el crepúsculo avanza,
Cubre el cielo roja tinta,
Vuelan su nido buscando
Las pintadas avecillas,
Y el rumor del oleaje
Parece canto que espira.
Mar, playa, sol, horizonte,
Todo á meditar convida,
Hora es ésta de tristeza,
En que el alma se extasía,
Viendo en la nube que pasa,
En el astro que declina,
En el inmóvil escollo
Y en la arena movediza,
La copia de ese otro abismo
Sin fondo y sin luz; la vida.
Aquí fué; bajo este cielo,

De estas olas á la orilla
Donde la hallé en mi camino
La mañana de aquel dia.
Como Vénus de la espuma
Ella brotó ante mi vista;
Pero más frágil que Vénus,
Y más que la espuma misma,
Aquí fué, sobre esta arena
Donde ella escribió una cifra
Que no era la de mi nombre,
Que en otro tiempo escribia.
Y ella vive, y estas olas,
Sus rivales en perfidia,
La reciben en su seno
Cual náyade peregrina,
Y yo, con turbada planta
Vengo á contar mi desdicha
A las aguas que murmuran
Y á los luceros que brillan.
Vén pues, generoso amigo,
Vén, la noche está tranquila,
Y efluvios primaverales
Lleva en sus alas la brisa.
Vén, que si es grande tu pena,
Mucho mayor es la mia:
Tú llevas luto en el cuerpo
Por un sér que no respira;
Yo llevo luto en el alma
Por una persona viva.

Italia, 1869.

EN EL ÁLBUM DE LAURA SICKLES.

En tierra extraña nacida,
Bajo otro cielo criada,
Nuevo aroma y nueva vida
Cobra la flor trasplantada
Si es el amor quien la cuida.

—

No temas, pues, bella flor,
Que de este sol el calor
Pueda amenguar tus primores:
En la tierra del amor
Nunca se agostan las flores.

Madrid, 1873.

TROVA.

—Di por piedad, hermosa castellana,
Que bajen el rastrillo;
Herido vengo, y moriré mañana
Al pié de tu castillo.

—

—No entran en él los viles que pelean
En lucha fratricida;
Huye donde mis gentes no te vean,
Y cure Dios tu herida.

—

—Jamas en lides tales, mi señora,
Manché mi limpio acero;
Lidio por la beldad que el alma adora,
Sólo por ella muero.

—

Decir oí que de su honor en mengua
Murmuraba un villano,
Y en el vecino rollo está su lengua
Clavada por mi mano.

—

Herido estoy; tras mí con furia insana
Llegarán al castillo;
Di por piedad, hermosa castellana,
Que bajen el rastrillo.—

—

Oyóse el rechinar de las cadenas,
Sonaron campanadas,
Y viéronse de pronto las almenas
De arqueros coronadas.

—

Miéntras á una mujer con dulce acento
Un trovador decia:
Puedo mirarte, y moriré contento;
¡Gracias, amada mia!

Madrid, 1873.

PREFACIO DE UN LIBRO

DEDICADO Á MI HIJA.

—

Al pronunciar tu nombre, hija querida,
Puros están mis labios y mi alma;
Pasadas las tormentas de la vida,
Miro ya al cielo con serena calma.

—

De cuanto amé y creí con fe y empeño,
Sólo dos cosas en mi pecho abrigo:
Mi amor al bien, que fué mi primer sueño;
Mi amor á tí, que morirá conmigo.

—

Rendido alguna vez, jamas postrado,
Crucé del mundo la escabrosa senda,
Alta la sien, el pensamiento honrado,
No dócil al error, y sí á la enmienda.

—

Nunca esperé ni aplauso ni memoria
Ni demandé favor á la fortuna;
Los pobres lauros que debí á la gloria
Todos los arrojé sobre tu cuna.

Si de la edad venciendo los agravios
Eres, como ángel hoy, mujer un dia,
Oirás contada por ajenos labios
Una historia infeliz; ésa es la mia.

—

Aspirar á lo grande y ser pequeño,
Amar la libertad y no gozarla,
Tener tan sólo la razon por dueño,
Y al capricho del mundo encadenarla:

—

Vivir sujeto al afrentoso lazo
Que teje á veces la maldad triunfante,
Y ver unidos en estrecho abrazo
El ódio ruin y la ambicion gigante:

—

Tal fué mi vida, tal será la tuya,
Y ¡ay de tí si tu aliento desfallece!
Cuando mi noche terrenal concluya,
Cuando tu aurora celestial empiece.

—

Verás con miedo, como yo con ira,
Tomar el vicio de virtud el nombre,
Aplaudir la verdad á la mentira,
Hacer el hombre su escabel del hombre.

—

Verás de amor cubierta con el velo
La torpe liviandad ó el vil amaño;
Herencia del sufrir, el desconsuelo;
Herencia del gozar, el desengaño.

Si esto sucede, y si la duda impía
Osa empañar tu corazon siquiera,
Abre este libro entónces, hija mia,
Donde cayó mi lágrima postrera.

—

Ábrelo, sí, y al recorrer sus hojas,
En que copiarte quiso mi deseo
Del ruiseñor amante las congojas
Ó de la alondra tímida el gorjeo;

—

Piensa no existe entre sus hojas una
Que un consejo no guarde provechoso,
Y que es un buen consejo una fortuna
Que no suele tener el poderoso.

—

Piensa que con la fe todo se allana,
Que con la caridad todo se puede,
Que hay flor que al huracan resiste ufana
Y al blando impulso de la brisa cede.

—

¡Sentir, amar, creer! Aquí se encierra
Todo el secreto de la humana vida;
Quien cumple esta mision sobre la tierra
Puede esperar en calma su partida.

—

Por eso yo con efusion te estrecho,
Hija del alma; te coloco al lado,
Y me duermo tranquilo y satisfecho,
Como el atleta de luchar cansado.

Madrid, 1873.

Á MADAME.....

En el mar nos encontramos
Y en el mar nos comprendimos,
Recia borrasca corrimos,
Y uno por otro temblamos.

—

«Nunca te podré olvidar»
Me gritaban tus acentos
Entre el rumor de los vientos
Y las olas al chocar.

—

Y al ver la tierra cercana
Que anhelábamos los dos,
En vez de decirme: ¡Adios!
Me dijiste: ¡Hasta mañana!

—

Hoy, mujer, te vuelvo á hallar;
Tus hijas ya son amables:
Cuando de abismos las hables
No las hables de la mar!

POLOS OPUESTOS.

Por más que mires, por más que rias,
Por más que juegues, por más que corras,
Yo te aseguro que tus encantos,
Aunque me encantan, no me enamoran.
Sé que eres linda, sé que tus ojos
Dan, como el rayo, la muerte sorda,
Sé que á jazmines tu aliento huele,
Sé que de perlas nido es tu boca.
Mas sé que fuiste siempre coqueta,
Mudable siempre, siempre traidora,
Como la nube,
Como la sombra,
Como los vientos,
Como las olas.

Tú sueñas mucho, yo espero poco,
Yo soy esquivo, tú eres celosa,
Tú, como el ave, buscas espacio,
Yo, cual molusco, vivo en mi concha.
Tú, embelesada con el rüido,
Sientes del mundo la fiebre loca,

Yo en la tristeza y en el silencio
Mis ilusiones evoco á solas;
Tú eres flexible como la idea,
Yo rudo y grave como la historia,
Como el destino,
Como la roca,
Como la vida,
Como la fosa.

Puerto-Rico, 1868.

UNA CARTA.

Á DON ANTONIO FERRER DEL RIO, ENVIÁNDOLE LA CREDENCIAL DE UNA GRAN CRUZ PARA EL SEÑOR VARONA, SU AMIGO.

Mi buen amigo Ferrer,
De su romance al favor
Va esta carta á responder;
Verla le dará placer,
Y á mí escribirla, mayor.

—

Dentro de ella encontrará
La gran cruz con que el Gobierno
Premio á los servicios da
Del que es liberal eterno
Do tantos no lo son ya.

—

De aquel en cuya persona
Sólo hallo una incorreccion,
Pues quien tan alto blasona,
Más que llamarse Varona
Debe llamarse Varon.

Del buen rey Cárlos tercero
Honrará tal caballero
Insignia, diploma y banda,
Más que tanto majadero
Que se la echó por bufanda.

—

Lo quiso la suerte así;
Y aunque no me toca á mí
De esta jornada la gloria,
Pues de tan cerca la vi,
Bueno es que cuente su historia.

—

Usté la accion presentó,
Merelo la comenzó,
Yo á retaguardia luché,
Mártos con nosotros fué
Y el triunfo la coronó.

—

Mande usté, pues, á su amigo
La credencial que ambiciona,
Y de su hogar al abrigo
Viva con su cruz Varona
Lo que mis cruces conmigo.

—

Que son tantas y son tales
Las que el destino me ha dado
Con propios y ajenos males,
Que áun espero en los anales
Pasar por crucificado.

En tanto sucede así
Y vienen Dios ó el demonio
Á desterrarme de aquí,
No me olvide, don Antonio,
Y disponga usted de mí.

Madrid, 1871.

Á LA LIBERTAD.

¡Celeste libertad! ¡Astro fecundo
Que triste á veces su fulgor derrama,
Cuando al mirar su luz trocada en llama
Mejor destruye que ilumina el mundo!
Ya hundida del abismo en lo profundo;
Ya rica de poder, de gloria y fama,
Como la madre por sus hijos clama,
Aclamo yo tu imperio sin segundo.
Dentro del corazon tu nombre leo:
Antes que ausente de mi hogar te llore,
Ántes que el hierro del esclavo muerda,
De mi existencia el fin hallar deseo:
¡Maldito aquel que hipócrita te adore!
¡Maldito aquel que estúpido te pierda!

Madrid, 1873.

DEL ÁLBUM DE MI HIJA.

Cuentan que al sentirse herido
Y ya próximo á su fin,
Con un amargo gemido
Llora el ciervo perseguido
La maldad del hombre ruin.

Lo mismo en toda ocasion
Debe hacer el corazon
Al ver perdido su encanto,
Que muchas veces el llanto
Castiga una mala accion.

Á UN AMIGO RESIDENTE EN ROMA.

Si alguna vez de Trevi en la fontana,
Ó del risueño Pincio en la colina,
Ó en la desnuda cárcel Mamertina,
Ó en la soberbia iglesia Vaticana,
La patria de Quevedo y de Santana
Echas de ménos por servil rutina,
Y envidias á la pobre golondrina
Que se viene á posar en mi ventana,
No te detenga mujeril decoro,
Troquemos de lugar, y te confieso
Renunciaré al garbanzo sin desdoro.
Una grada de sol tendrás de exceso,
Y si la calma te aburrió del Foro,
Te daré mi tarjeta del Congreso.

Madrid, 1873.

LAS ONDINAS.

(IMITACION DE ALEARDI.)

Del lago azul y límpido
Las ondas cristalinas
Surcando va fantástica
Sin eco y sin rumor,
La hueste mitológica
De sílfides y ondinas
Que alientan con el céfiro,
Que duermen en la flor.

Cuanto soñó el espíritu
De seductor y bello,
En sus semblantes cándidos
Idealizado está:
Sus labios son de púrpura,
De nácar es su cuello,
Y á la azucena pálida
Su seno envidia da.

Con danzas y con cánticos
Alegran su existencia
En la mansion recóndita
Que les labró el Señor:
Un coro son de vírgenes
De paz y de inocencia;
Sonrien, pero ¡ay míseras!
No saben qué es amor.

—

Á veces un estrépito
La superficie altera
De la laguna plácida
Do bullen sin cesar:
Y al ir con ojos lánguidos
Buscando una quimera,
Ven sólo sus imágenes
Tranquilas reflejar.

—

De noche á los purísimos
Destellos de la luna,
Cuando el hermoso ejército
Al sueño se entregó;
Parece ver de tórtolas
Cubierta la laguna,
Y lleva el aire lágrimas
Que al paso recogió.

—

. . . . . .

Así con vuelo rápido
Tu pensamiento, Elisa,
De un vértice á otro vértice
Desvanecido va:
Así navega intrépido
Tu corazon aprisa,
Por ese mar sin límites
Donde el abismo está.

—

¡Cuál de tu labio trémulo
El beso fuera grato!
¡Cuál de tu frente mórbida
El celestial fulgor!
Si hallando al bien estériles
Tu afan y tu arrebato,
Lográras por bien único
Saber lo que es amor.

Hoy como estatua fúnebre
Sobre el sepulcro yerta,
Ni das al dolor bálsamo
Ni estímulo al placer.
Inerte y melancólica
Parece tu alma muerta
Despojo de un autómata
Con forma de mujer.

—

Vendrán las horas tétricas
De angustia y dė quebranto;
Caerán los rotos ídolos
Del carcomido altar:
De tu semblante célico
Se borrará el encanto,
Y ¡ay, si te falta el último
Consuelo, el de llorar!

Madrid, 1873.

LA MUERTE DE UN ANGEL.

Á MI AMIGO C. F.

Su vida, cual relámpago brillante,
La vuestra iluminó;
Rasgó la oscuridad, brilló un instante,
Y luégo se apagó.

Mas no muere la luz; fúlgida y bella
Busca su antiguo sér;
Quizá bajo la forma de una estrella
Torna á resplandecer.

Por eso cuando alceis al puro cielo
Los ojos desde aquí,
Miradle siempre con amante anhelo,
Que ella está allí!

Madrid, 1873.

CANTARES.

—

Huye, niña, de los hombres
Que baja la frente llevan,
Que el águila mira al sol
Y la serpiente á la tierra.

—

El amor y el interes
Salieron á viajar juntos,
Pero aquél llegó hasta el cielo,
Y éste no salió del mundo.

—

Para hacerle una visita
Que su padre me encargó,
Pedí á un avaro sus señas,
Y ni sus señas me dió.

—

Del tamaño de un guisante
Tengo una caja de plata,
Y guardo enterrado allí
El corazon de una ingrata.

—

Perdió á Luzbel, siendo un ángel,
Un pecado solamente,
¿Cómo has de salvarte tú
Teniendo seis de los siete?

—

Una mujer y una liebre
Se apostaron á correr,
Y como el premio era un hombre,
Se lo llevó la mujer.

—

De los niños y los viejos
Todo con calma lo sufro,
Porque he sido lo primero
Y espero ser lo segundo.

—

Si eres modista y no dejas
Aguja sin enhebrar,
Yo te pido que me enhebres
La aguja de marear.

—

Fueron tus palabras, niña,
Chaparrones de verano;
Á la mañana cayeron
Y á la tarde se secaron.

—

De cuantas cosas existen
Sólo cuatro no hallo bien:
El hambre, la desvergüenza,
La fealdad y la vejez.

—

Dices, Ines, que el alma
Se te ha perdido;
Mira á ver no la tengas
En el bolsillo:
Que muchas veces
Donde ménos se piensa
Salta la liebre.

Madrid, 1873.

DEL SEÑOR

D. ANTONIO F. GRILO.

¡ELLA Y ÉL!
INVERNADERO IDEAL.—EN LAS ERMITAS DE LA SIERRA DE CÓRDOBA.
MI FUENSANTA.—LA HAMACA.—LA NIEBLA.
TU TRAJE AZUL.—EL PLATANAR.

¡ELLA Y ÉL!

EN EL ÁLBUM DE LA MARQUESA VIUDA DE CASA-TORRES.

Fínjome lontananzas y paisajes,
Tardes breves y cándidas mañanas;
Bosques, quintas, palmeras y follajes;
Noches serenas del silencio hermanas;
Miro horizontes de color de rosa,
Un lago azul que tiembla y languidece,
Y una luna discreta, que envidiosa,
Ilumina, consuela y enmudece.
Miro en la majestad del Himeneo
Dos corazones que en tranquila calma
Se sacian en las fuentes del deseo
Allá en las noches del festin del alma.
Al par los miro descorrer los velos
De santas dichas y de amor profundo;
Fundir en una lágrima dos cielos,
Abarcar en un éxtasis un mundo;
Una mirada lánguida, indecisa,
De otra mirada entre la luz bañarse;
Devolverse sonrisa por sonrisa
Y lágrima por lágrima cambiarse,

Y el corazon, para sentir despierto,
Exclama en su insensato desvarío:
¡Cómo debe llorarla el pobre muerto
Allá en la ausencia del sepulcro frio!
Él recogió de tus velados ojos
La luz primaveral de Andalucía;
Tuvo en tus bucles y en tus labios rojos
Cárcel de amor y copa de ambrosía.
Sol de tu juventud, árbol caido,
Tendió cual sauce su follaje al suelo;
¿Quién sabe si su espíritu escondido
Prefiriera á ser ángel en el cielo
Ser de nuevo en el mundo tu marido?

. . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

Vino la tarde del alegre dia,
Y de la noche en el medroso manto,
Cuando en tus ojos y en tu amor vivia,
Se murió..... como yo me moriria
Y otro cualquiera que gozára tanto!!

18 *de Abril de* 1873.

INVERNADERO IDEAL.

Á SOFÍA.

Para dormir las rosas,
Los nardos y los lirios,
Cárceles de cristal en las estufas
Tienen guardando sus aromas tibios.
Allí camelias blancas
Y juncos amarillos,
Con madreselvas, hijas de las noches,
Guirnaldas cuelgan en flotantes hilos.
Como la flor su estufa
Y el pájaro su nido,
Y el entreabierto cáliz del capullo
La trasparente gota de rocío,
El alma de las flores,
La esencia del espíritu,
La gentil y purísima doncella,
Rasgo viviente del pincel de Urbino,
Esconde su hermosura
En el fanal magnífico,
Que alfombras visten, que perfuman flores,
Y á quien da su esplendor el paraíso.

Su techo no es la nave
Ni es el arco bendito,
Que bordan con fantásticos reflejos
Las lámparas que crujen en sus vidrios.
Allí no rueda el eco
Ni el acordado ritmo
De las veladas vírgenes que en coro
Á Dios elevan amorosos himnos.
No es templo, y allí flota
Un reflejo suavísimo,
Que al llegar á la puerta..... dulcemente
Llena de paz el corazon tranquilo.
¡Allí está! de la estancia
Al umbral detenido,
La contemplan extáticos mis ojos,
Postrada ante los piés del crucifijo.
Cerca del casto lecho
El cadáver bendito,
Pendiente de una cruz, con ambos brazos
Al ángel guarda del gentil recinto.
Sobre almohadon de plumas,
En la alfombra tendido,
De rodillas la cándida doncella
La imágen finge del pincel divino.
Creacion fascinadora,
Amor del amor mismo,
Espuma virginal de la pureza,
Del ángel y del cielo regocijo,
En sus ojos azules
De las pestañas el esmalte vivo,
La nieve de sus párpados sombrea

Cual pétalos de oro sobre un lirio.
  Ni el cuello de paloma,
Ni el hombro alabastrino,
Los deja ver la cabellera rubia
Que en ondas cuelga de flotantes rizos.

. . . . . .

  Si así postrada reza
La niña en su retiro;
Si á solas con sus padres y sus flores
Llena de luz el virginal recinto;
  Si allí sus sueños de oro,
Como apacible rio,
Resbalan entre búcaros y cintas,
Entre la cruz, la música y el libro,
  Cúbrela con tus brazos,
Guárdala así, ¡ Dios mio!
Conserva de sus padres la ventura,
Ya que por galardon nos la has traido,
  Y haz que nadie comprenda,
Al verla ante los piés del crucifijo,
Si es la doncella que desciende al mundo,
Ó el ángel que se vuelve al paraíso.

15 *de Abril de* 1873.

EN LAS ERMITAS

DE LA SIERRA DE CÓRDOBA.

Hay de la alegre sierra
Sobre las lomas,
Unas casitas blancas
Como palomas.
Les dan dulces esencias
Los limoneros,
Los verdes naranjales
Y los romeros.
Allí, junto á las nubes,
La alondra trina;
Allí tiende sus brazos
La cruz divina.
La vista arrebatada
Vuela en su anhelo,
Del llano á las ermitas,
¡De ellas al cielo!
Allí olvidan las almas
Sus desengaños;
Allí cantan y rezan

Los ermitaños.
  El agua que allí oculta
Se precipita,
Dicen los cordobeses
Que está bendita.
  Prestan á aquellos nidos
Luz los querubes,
Guirnaldas las estrellas,
Mantos las nubes!!
  ¡Muy alta está la cumbre!
La cruz muy alta!
¡Para llegar al cielo
Cuán poco falta!!
  Puso Dios en los mares
Flores de perlas;
En las conchas jardines
Donde esconderlas;
  En el agua del bosque
Frescos murmullos;
De Abril en las auroras
Tiernos capullos.
  Arpas del paraíso
Puso en las aves;
En las húmedas auras
Himnos suaves,
  Y para dirigirle
Preces benditas,
Puso altares y flores
En las ermitas!
  Las cuestas por el mundo
Dan pesadumbre

Á los que desde el llano
Van á la cumbre!
  Subid adonde el monje
Reza y trabaja;
Más larga es la vereda
Cuando se baja!
  Ya la envuelva la noche,
Ya el sol la alumbre,
Buscad á los que rezan
Sobre esa cumbre.
  Ellos de santos mares
Van tras el puerto;
Caravana bendita
De aquel desierto!
  Forman música blanda
De un campanario;
De semillas campestres
Santo *rosario;*
  De una gruta en el monte
Plácido asilo;
De una tabla olvidada
Lecho tranquilo.
  De legumbres y frutas
Pobres manjares,
Parten con los mendigos
En sus altares!
  Allí la cruz consuela,
La tumba advierte;
Allí pasa la vida
Junto á la muerte!
  Por los ojos que finge

La calavera,
Ven el mundo... y su vana
Pompa altanera.
  Calavera sombría,
Que en bucles bellos,
Adornaron un dia
Ricos cabellos.
  Esos huecos oscuros
Que se ensancharon,
Fueron ojos que vieron
Y que lloraron.
  Por esas grieteadas
Formas vacías,
Penetraron del mundo
Las armonías!
  ¡¡Qué resta ya, del libre
Mágico anhelo,
Con que esa frente altiva
Se alzaba al cielo!!
  La huella polvorosa
De un sér extraño
Adornando la mesa
De un ermitaño!
  Aquí, en la solitaria
Celda escondida,
Un cráneo dice: ¡¡Muerte!!
Y una cruz, ¡¡vida!!

. . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

¡Muy alta está la cumbre,
La cruz muy alta!
¡Para llegar al cielo
Cuán poco falta!!

Madrid, 1873.

MI FUENSANTA.

Te soñé como al mar; mi fantasía
Ni vió tu rostro, ni escuchó tu acento,
Y ya te conocia!
Mis tardes breves y mis noches largas
Las alumbraba tu candor divino,
Y derramando lágrimas amargas
Luchaba por hallarte en mi camino.

. . . . . .

Una noche... los céfiros del rio
Me trajeron aromas y rumores,
Y abrí mi corazon, como las flores
Su cáliz abren al primer rocío.
El alma amante, de gozar ansiosa,
De su ilusion en la gentil mañana,
Se lanzó bulliciosa,
Parándose cual pobre mariposa
Al borde del cristal de tu ventana.
Eras tú, vida mia!
Tú eras la imágen de mi amor primero
Que á traves de los vidrios sonreia!
¡Qué pestañas tan negras sombreaban
Aquellos ojos garzos y atrevidos
Que ya me tuteaban!

Acaso por extraña simpatía
Solos y amantes sin pensar nos vimos;
Era la vez primera... y parecia
Que ya en otra ocasion nos despedimos!

—

La reja es el altar; altar desierto
Donde oficia el amor; faro escondido
Que allá en la noche le señala el puerto
Al desgraciado corazon herido.
Fuente del bien y de misterios cuna,
Eden feliz de los que amantes lloran,
Donde al tranquilo rayo de la luna
Se embelesan las almas que se adoran!
¡¡Qué vale el rico alcázar altanero
A quien en ondas trémulas perfuma
El oriental dorado pebetero;
Ni las estufas de magnolias llenas,
Ni la gruta que perlas atesora,
Ni el castillo que guarda en sus almenas
El regio lujo de la estancia mora!!
¡¡Qué valen ni el alcázar perfumado,
Ni mármoles, ni el oro que refleja
Junto al puerto envidiado
De un corazon que gime aprisionado
Bajo el cancel de la morisca reja!!

—

¡Cuántas noches en ella, amada mia,
Nos sorprendió con claridad curiosa
La ausente luz del dia!

Cuando escuchas palabras lisonjeras,
Cuando el rumor de trémulos suspiros
Recoges en tus verdes primaveras;
Cuando llegan á tí voces extrañas,
Palpitaciones mudas,
Miradas indecisas,
Lágrimas y sonrisas,
Del rubor encendida por el rayo
Con sublime tristeza,
Abatida por lánguido desmayo,
Triste reclinas la gentil cabeza.

—

Orló el cielo tu frente
Con las tintas del sol de la mañana;
La luz del alba amaneció en tus ojos
Y se escondieron en tus labios rojos
Sabrosas mieles y color de grana.
Dió á tu sien de la vírgen la guirnalda,
A tu boca el clavel de la pradera;
Ondulacion bellísima á tu falda
Y derramó por tu tendida espalda
El raudal de tu oscura cabellera;
Como del cisne el nítido plumaje,
Que á la orilla del lago se abrillanta,
Así tu pecho cual gentil paisaje
Blanco se esconde entre el bordado encaje
Del suave tul que ciñe tu garganta.
Tambien te envuelve como á flor del valle
La palmera gallarda,
El rojo chal que desde el hombro al talle

Cual purpúreo dosel tus formas guarda.

. . . . . .

. . . . . .

Si eres sol de mi ardiente fantasía,
De mis medrosas noches el lucero,
Mi bien, mi amor, mi orgullo y mi poesía,
¡Ay, la vida es muy corta, *Fuente* mia,
Para quererte como yo te quiero!

Madrid, 1873.

LA HAMACA.

Yo, que á las aves en su rumbo sigo
Del ronco mar al límite lejano;
Yo, que en mi eterna soledad bendigo
La pompa del verjel americano,
No del alcázar las marmóreas puertas
Soñó mi fantasía,
Ni están jamas para mi canto abiertas;
Algo de mi risueña Andalucía
Me recuerda aquel mundo peregrino,
Que feraz en sus vírgenes llanuras,
Brotó evocado de las aguas puras
Al bravo esfuerzo del audaz marino.

En mi insomnio febril; en este lento
Cansancio de la vida,
En que las horas fatigadas siento
Rodar como un lamento
Que exhala al paso la ilusion perdida;
En la eterna ansiedad que me devora,
En este afan de refrescar mi frente
En un aura de amor consoladora,

Se trasporta mi mente á la distante
Magnífica ribera,
Y acaso envidia en éxtasis amante
Una hamaca flotante
Mecida al pié de la gentil palmera!

¡Oh, qué sueños de amor realizaria
En perezoso y lánguido desmayo
Mi ardiente fantasía!
Aves de mil colores,
Como de Abril la matizada alfombra,
Tal vez me revelasen sus dolores;
Tal vez vinieran á contarme amores
Y con sus alas á prestarme sombra!
Yo, en el bajel del viento,
Por el indio bordado
Del fértil Yucatan, allí olvidado,
Con muelle y perezoso movimiento,
Viera á traves de las doradas mallas
De mi ondulante trono,
La línea azul de las distantes playas
Y aquel libre abandono,
Con que las olas en tropel se estrellan,
Se cruzan, se dividen,
En confusion gigante se atropellan
Y de lo inmenso los espacios miden.

—

¡Ah, lòs que al són de bárbara tormenta
Entre el vapor de fatigada bruma,

Bogais á impulso de la mar violenta
En pobre esquife que en su marcha lenta
Arrastra el viento como débil pluma!
  Los que en la nave que sin rumbo avanza,
Viendo sin luz el horizonte triste,
Flotais entre el abismo y la esperanza
Que á la implacable muerte se resiste;
Los que en largos caminos,
Como esa nave que abandona el puerto,
Atravesais, eternos peregrinos,
La soledad terrible del desierto;
Caravanas partidas,
Roncas locomotoras,
En su propia grandeza defendidas;
Más rápidas á veces que las horas
Allá en las noches del amor corridas;

. . . . . .

. . . . . .

  Vuestros locos empeños
Acaso el hombre encontrará pequeños
Desde el mar de su inquieta fantasía;
¡¡Envidiad al viajero de los sueños,
Que á la indolente hamaca se confia!!

Madrid, 1873.

LA NIEBLA.

Á MI MEJOR AMIGO GONZALO SEGOVIA Y ARDIZONE.

ODA.

Brillaba el sol en medio del espacio
Cual corona de oro
Que puso Dios en su inmortal palacio!
Ni una nube empañaba
Con su cendal ligero y trasparente
El rayo que purísimo brotaba
De los dorados rizos de su frente.
La sonrisa de Dios aparecia
En el astro gentil de la mañana
Que alegre anuncia el suspirado dia.
Mas de pronto las nubes
Sus velos extendieron
Por la region azul de los querubes;
Lágrimas tristes en la flor vertieron,
Y de sus negros mantos comprimidos,
Extendiendo las olas enlutadas
Por la bóveda inmensa,
Formaron agrupadas
El negro velo de la niebla densa.

—

¿Por qué me ocultas ya, manto sombrío,
Del cielo los purísimos colores,
Y del sol el brillante poderío?
¿Por qué cierras el cáliz de las flores?
¿Por qué envuelves en lúgubre misterio
Cumbres, valles, praderas y montañas,
Que son ya dilatado cementerio?
¿Es que el monstruo feroz de la tormenta,
Rodando por los ámbitos del cielo,
El humo de sus llamas encendidas
Lo arroja y lo dilata por el suelo?
¿Es que Satan con su furor inmundo
Quiere ocultar á nuestros pobres ojos,
Desde la cárcel mísera del mundo,
La luz del cielo que le causa enojos?
¿Es que llora la tierra
Entre el crespon de la neblina oscura,
Recordando quizá que cuanto encierra
Será mañana horrible sepultura?

—

¡Dime, niebla sombría,
Dime qué anuncia el fúnebre sudario
Que en noche opaca nos convierte el dia!
La tarde adelantada
Parece que del sol ha recogido
La moribunda y trémula mirada.
Tal como en pecho que la fe no escuda,
Al grito abrumador de la conciencia
Se levanta el fantasma de la duda,
Así se esparce el nebuloso velo

En el inmenso espacio que separa
Á la tierra del cielo!
Así arrastran tristísimos los vientos
Ese mundo de sombras amarrado,
Cual mancha de los crímenes sangrientos
Que en hondas luchas abortó el pecado.

Bien vengas si al cubrir nuestros hogares
Te apareces ufana,
Como la blanca bruma de los mares
Ó la niebla feliz de la mañana.
¡Bien vengas si al tender por el vacío
Tus pálidos vapores,
Enamoradas perlas de rocío
Derramas sobre el cáliz de las flores!!
¡Bien vengas si extendiéndote indecisa
Por los pliegues del viento,
Cuando el sol aparezca..... su sonrisa
Te borra en el azul del firmamento!
¡Mas huye presurosa,
Huye, neblina, con tu velo inmundo,
Si vienes á caer como una losa
Sobre el cadáver mísero del mundo!

Madrid, 1873.

TU TRAJE AZUL.

Ni el velo blanco, bruma de gasa,
Que en su cabeza flotó gentil,
Ondulando del viento que pasa
Al beso sutil;
Ni cintas bellas, ni lazos sueltos,
Entre los pliegues de airoso chal,
Á ella unidos cual lirios esbeltos
Encarcelados en un fanal;
Ni las tempranas flores sencillas
Del traje blanco que en su ilusion
En el templo estrenó de rodillas
Cuando tomaba la comunion;
Ni la flotante falda ligera
Que encajes bordan de leve tul,
Rivalizan ni pueden siquiera
Copiar ese prisma que imita á la esfera
Y ostenta sólo su traje azul!

¡Ay, déjame soñar, hermosa mia!
Cuando con tan celeste vestidura
Te contempla mi ardiente fantasía,

A mis ojos se aumenta tu hermosura
Como se aumenta con la luz del dia!
Ya se finje mi mente soñadora
La onda azul de los mares;
Ya ese vapor que el aura voladora
Eleva desde el fondo de los lagos;
Ya esos matices vagos
De un sol que se adormece en lontananza;
Ya una bruma que al fin se desvanece,
Ya una nube que avanza
Y trémula otra vez desaparece;
Ya un paisaje de raso, ya el portento
En que envuelves tus gracias y sonrojos;
Ya una mitad del mismo firmamento
Que alumbran las estrellas de tus ojos.

—

Lo azul es lo impalpable, lo vago y misterioso;
El prisma con que el cielo su túnica vistió;
Es el matiz diáfano del mar tumultuoso,
La veste que en sus vírgenes Murillo idealizó.
Es el color del lirio que el búcaro perfuma,
Es la azulada ráfaga de incienso virginal,
De quejumbrosa tórtola la trasparente pluma,
Y el fondo que se esconde del lago en el cristal.
La banda que en el íris más fúlgida destella,
La vena azul que esmalta sublime palidez,
Y el sello que en los ojos de cándida doncella
Revela de su pecho la tierna candidez.

Por eso de tu imágen hasta la sombra sigo,
Por eso me enamora tu trasparente tul;
Por eso te amo tanto, por eso á Dios bendigo,
Que te formó tan pura como tu traje azul.

Madrid, 1873.

EL PLATANAR.

De cuantas hojas bordan el suelo,
Ya de los lirios del arroyuelo,
Ya del soberbio verde palmar,
No halló ningunas mi fantasía
De tanta pompa ni gallardía
Como las hojas del platanar.
Del sol mil veces al áureo disco
Las vi en Sevilla sobre el morisco
Jardin que guarda verde cancel;
Derrama el plátano tan fresca sombra,
Que en la andaluza florida alfombra
De aquellos patios el rey es él.
Su hoja lustrosa, flexible y ancha,
Ni el reptil muerde ni el sol la mancha;
Tal vez el cielo la protegió;
Hojas que acaso limpias brotaron
Para que escriban los que se amaron
Las siestas largas que él defendió!
Nace, florece, muere, se inclina.....
Y de la inmóvil yerta ruina
Brota otro nuevo tallo gentil;
Al sol y al aire rinde tributo;

Vive un momento, muere al dar fruto,
Y en la hoja muerta renacen mil.
¡ Ay, si los hombres en su demencia
Al fin dejáran de su existencia
Virtudes nuevas que practicar!
¡ Si en lazo unidos de amor fecundo
Atravesáran por este mundo
Como las hojas del platanar!!

DEL SEÑOR

D. VENTURA RUIZ AGUILERA.

EN EL CEMENTERIO.—EPIGRAMAS.
Á ESPAÑA EN SUS DISCORDIAS CIVILES.—INTRODUCCION Á LA SÁTIRA TITULADA «GRANDEZAS DE LOS PEQUEÑOS».
EL CÁNTARO ROTO.

EN EL CEMENTERIO.

Visité la necrópolis desierta
Cuando la luz postrera de la tarde,
La calma de los campos, la hora triste,
Dolorosos recuerdos, todo en ella
Brindaba á meditar; sólo el gorjeo
Dulce de un ruiseñor, que entre el follaje
De un árbol á cantar se deshacia,
El solemne silencio interrumpia.
¿Será verdad?... Como impulsada corre
Por inflexible ley la fuente al rio,
Y el rio corre al mar, y en él se pierde,
Así la vida en rápida carrera
Va á la nada, al no sér, piélago inmenso,
Callado y tenebroso; nadie pudo
Arrancar á la esfinge, que ese abismo
Tiene á su entrada, la segura clave
Del enigma fatal; nada se sabe
De esa negra region; no ha vuelto un hombre
Á decir á los otros: «Yo he gozado
»Nueva existencia de la tumba allende,
»Y la esperanza os traigo y el consuelo
»De la inmortalidad; isla invisible

»Es vuestro globo en el espacio, donde
»Hoy duerme la sedienta caravana
»Para marchar al porvenir mañana.»
¿Será verdad, ó creacion del miedo,
Que ese terrible sér, Dios ó la ciega
Materia bruta, inagotable orígen
De cuanto puebla la extension, sus hijos,
Como Saturno, sin cesar devora,
Sordo al lamento universal?...
Se hundieron
Entre el fragor de horrendas convulsiones,
Magníficas naciones
Que llenaron los siglos con su fama,
Y de su nombre ni memoria queda:
Babilonia y Persépolis murmuran
Áun el suyo, mas no con la palabra
De su grandeza y juventud caidas;
Con la voz de sus ruinas lastimera.
Hundióse la virtud y hundióse el vicio
Al golpe igual de inexorable fallo:
Sócrates y Focion, ¡romped la copa
De la amarga cicuta! estéril fuera
El sacrificio; en el ignoto imperio
De las sombras eternas no florece
El árbol de la vida; allí perece
Con la inocente víctima el verdugo;
Lucrecia con la impura Mesalina
En el abismo se sumerge, y cae
Con Espartaco el que azotó su rostro
Y lo amarraba á la servil coyunda.
Al mártir de la idea

¿De qué le servirán la generosa
Fe y ardimiento varonil, que espantan
Al injusto opresor? ¿De qué á la vírgen
La gracia y castidad que la embellecen,
Ni su candor al niño?...
El que los astros
Sembró en el infinito, como flores
Del jardin sideral, ó claras notas
Que en inefable y armonioso ritmo
Elevan nuestras almas,
¿Para qué los creó, si cuando suene
En el reloj del tiempo la hora suya,
De la órbita natal siendo proscritos,
Y errantes todos al acaso, espectros
De mundos apagados,
Tras sí no dejarán huella ni sombra?
¿Si una vez, pobres átomos perdidos
En la materia cósmica, no vuelven
Formas á dar y majestad completas
Á la vida ulterior de otros planetas?
¿Para qué el pensamiento?... Con él roba
Al cielo un rayo de su luz el hombre;
Con él, entre la noche en que se agita,
Asciende por la escala misteriosa
Que lo invisible á descubrir le lleva;
Y cuando el premio á su ambicion aguarda
Este espíritu noble y valeroso:
«¡Inútil es tu afan!» cruel le grita
Una voz interior; y encadenado
Á la roca fatal de su destino,
Infeliz Prometeo—por el crímen

De elevarse del polvo—eternamente,
Buitre implacable, bárbaro verdugo,
Su corazon devora, que renace
Una vez y otra al infernal suplicio,
Haciéndole dudar este tormento
Si es un dón ó un castigo el pensamiento.
Envuelta del crepúsculo en la bruma,
Álzase en el confin del horizonte
La ciudad de los vivos,
Cuyo rumor semeja al sordo y vago
De una colmena, ó de marinas olas
Que en la playa se estrellan:
Aquí, profunda calma;
El viento se ha dormido entre las flores;
Su copa hácia la tierra el sauce inclina
Como una frente pensativa, y canta
La única voz que me recuerda el sitio
Donde estoy de los hombres alejado
Y de mi soledad acompañado.
¡Oh, bendita la voz mil veces sea
Que de la tumba en el silencio se oye!
Revelacion quizás del gran misterio
Que el hombre anhela descubrir; la vida
En el fecundo seno de la muerte,
Que la mece cual madre cariñosa
Al fruto de su amor: así nacieron
Del lodo de pantano corrompido
Florecillas que al aire balancean
Sus corolas azules, y en el hueco
De poderosa frente
Que lo creado contener ansiaba,

—Del pensamiento alcázar soberano—
Hospédase la vida, siempre augusta,
Como ántes en el hombre, en el gusano.
Mentira es el no sér; cuna el sepulcro;
Nombre vano la muerte, dulce aurora
Que la conciencia universal presiente
De superior estado y claro dia;
Pasa la forma, la sustancia queda,
Y en mano del Artífice divino,
Que sábiamente la modela, cubre
La desnudez de nuevas creaciones.
Aquí su corazon, su fe, su ciencia,
Su gloria, su dolor, esa nostalgia
De un bien que disfrutó no sabe cuándo,
De una perdida patria, de otro mundo
Cuyo recuerdo vago en él existe,
Diciendo al hombre están: «Como el obrero
» De sus mejores galas se atavia
» Para acudir á la sonora fiesta,
» Despojado ya tú del mortal velo
» En este valle oscuro, cuando tocas
» En él tu breve término, otro paso
» El alma avanza, de esplendor vestida,
» Á la ciudad eterna de la vida.»
Mármoles, epitafios, sepulturas,
Negros crespones, fúnebres coronas,
Imponente silencio,
Si al sentido carnal destruccion sólo
Anunciándole estais, otro, impalpable,
El sentido interior, el verbo que habla
Á nuestro sér con luminoso acento;

Lince penetrador del hondo arcano;
Aguja siempre fiel, vuelta hácia el polo
Que al espíritu guia,
En más bellos y puros horizontes
Haciéndole pensar, viva mantiene
La esperanza de toda criatura
En bien supremo y perfeccion futura.
La ruina de las cosas
Es progreso, no fin; el polvo canta
El himno eterno de la eterna vida,
Transfigurado sin cesar;
le deben,
La luz, diafanidad; magia, el sonido;
Su púrpura el clavel, y su perfume;
La roca, sus cristales;
El cielo, sus auroras boreales;
Sus arenas la playa; el Chimborazo,
La enormidad de sus gigantes cimas.
Si cieno es hoy sin brillo,
Fulgurará mañana en el diamante
Ornato rico de nupcial corona;
Si pobre resto fué de un infusorio,
Nacerá despues sol, entre arreboles,
Al polvo unido ya de muertos soles.
Pues si á vida inmortal está llamado
Lo que no piensa ni ama,
¿Habrá de perecer su rica esencia,
El espíritu activo que lo anima,
De lo creado la porcion más noble?
¿Ménos que humo fugaz será la gloria?
¿Ménos la gran tarea de la historia?

Esta labor pasmosa, el alma misma
Es de la humanidad; generaciones
Sin cuento, en largos siglos
Sublimándola fueron, y hoy más bella
Es que del mundo en los primeros dias;
Y en tanto, cada espíritu—ya roto
El lazo material que aquí lo ataba—
Subiendo va con vuelo interminable,
De una esfera á otra esfera,
Hasta alcanzar la dicha suspirada
Con duelo siempre y con afan ganada.
Su obra santa en la tierra es el progreso;
En ella el fundamento, en ella el gérmen
Está del hombre nuevo; la crearon
La inspiracion del vate y del artista;
El sabio, con la ciencia indagadora,
Que va de la verdad á la conquista;
El justo, con su ejemplo;
Con su pasion, el mártir: al pié de ella,
Para elevar la fábrica sublime,
Sangre sudó el esclavo, y de sus ojos
Lágrimas desprendiéronse á raudales:
Al pié de ella, sentado
Sobre hediondo muladar, mostraba
Job—la paciencia humana vencedora
Del dolor enemigo—su profunda
Miseria y llaga inmunda
Que á escarnio cruel y á compasion movia.
Sesostris, Tamerlan, Fidias, Esquilo,
Augusto, Cristo, Guttemberg, Cervántes,
Galileo, Colon, Fúlton, Daguerre;

Los unos, asolando
Con formidables huestes vengadoras
Grandes imperios corrompidos; otros,
Incendiando las almas con el fuego
De la palabra, que remueve el mundo
Por la virtud que le infundió la idea;
Éste, volviendo el mármol carne viva
Y voz dándole al par; aquél, pulsando
Entre laurel y palmas,
Rey de la escena, las dormidas almas,
Que á su poder fascinador responden
Como liras sonoras,
Con dulce llanto de íntima ternura,
Ó de la pena con el ¡ay! amargo.....
Todo, la idea, el hecho;
Lo que habla, lo que canta, lo que llora
De tierra, cielo y mar en las regiones;
La razon, el instinto, las pasiones
Que ennoblecen al sér ó lo degradan;
El errante cometa despeñado
De las celestes cumbres; la hoja seca
Que en su vértigo arrastra el viento airado,
Todo trabaja y cumple su destino
Como instrumento fiel del plan divino.

. . . . . .

¡Huye, pavor del ánima cobarde,
Amamantada en el estéril pecho
De loca vanidad ó de fe ciega!
Tú rebajas á Dios hasta tu propia
Mísera pequeñez, cuando lo finges,
Demente destruyendo la obra suya,

El limpio espejo en que su imágen santa
De toda eternidad se está mirando:
Aquí tambien nos la dejó esculpida;
Muéstrate, ¡oh corazon! sereno y fuerte,
Y hallarás la palabra de la vida
En el libro terrible de la muerte.

EPIGRAMAS.

I.

Cierto avaro empedernido
Iba mil gracias á dar
Por un favor recibido;
Mas de pronto, arrepentido,
Escribió sin vacilar:
« Un amigo..... no, un hermano
Ha sido usté en las desgracias
Que mi pelo vuelven cano;
Por todo lo cual, Mariano,
Le doy..... novecientas gracias. »

II.

Á la devota Juliana
Dióle un atrevido un beso,
Y ella castigó el exceso
Con la humildad más cristiana,
Diciendo: « Aunque me mancilla,
Imitar quiero al Señor;
¡ Repita usted !..... ¡ Por favor !
Aquí está la otra mejilla. »

Á ESPAÑA

EN SUS DISCORDIAS CIVILES.

I.

¡Patria idolatrada,
Centro de mi amor,
Númen de mis himnos,
Alma de mi voz!
¡Cuándo será el dia,
Cuándo querrá Dios
Que feliz te cante
Quien tu mal lloró!
Traspasado siempre
Vi tu corazon
Por la mano impía
De cruel dolor.
Á tus ojos bellos,
Mudos de afliccion,
Llanto ya no acude.....
¡Todo se agotó!
Con ultraje duro,
Con sarcasmo atroz,
Hoy..... ¡hasta tus hijos
Te atormentan hoy!

Otros en tus duelos
Hágante traicion;
Cuanto más tú sufres,
Más te quiero yo.

II.

Contemplar tu genio
Siglos há logró
Por alfombra el mundo,
Por corona el sol.
Como ruina ha sido
Tu grandeza en pos,
Nuevos ideales
Tu alma acarició.
Viendo tu desgracia,
No hubo compasion;
Contra tí elevóse
General clamor.
Todos hacen leña
De árbol que cayó.....
Siempre así los hombres
Y los pueblos son.
Yo, si recobrases
En feliz sazon
Toda tu hermosura,
Todo tu esplendor,
Más que en tu infortunio
No te amára, no;
Cuanto más tú sufres,
Más te quiero yo.

INTRODUCCION Á LA SÁTIRA INÉDITA

TITULADA

GRANDEZAS DE LOS PEQUEÑOS.

Cabalgando en un burro
Cierto honrado labriego,
Ignoro si de Illescas ó pasiego,
Con aire nada curro,
Por una calle de Madrid pasaba;
Cuando héte que de pronto,
Fuese casualidad ó mañas viejas,
Resbala el burro tonto,
Haciéndole apear por las orejas,
Y tendiéndole allí como una rana;
No sé si le quedó costilla sana.
Á formidable risa y á chacota,
Que de morir al pobre le dan gana,
El duro lance al transeunte mueve
En tal dia del siglo diecinueve.
¡Así fué siempre la malicia humana!
¡Siempre!..... (entiéndase bien) con este pero.....
Que el prójimo reciba el daño entero.
Si pinto aquí un hipócrita, el borracho,
La meretriz, el mercader que sisa,

El fanfarron de indómito mostacho,
El patriota de pega,
El que mata, el que adula y el que juega,
Á coro exclamarán: « Presta un servicio
El que de ese bribon ataca el vicio.»
Todos aman la ley, pero yo dudo
Si esta ley es ó no la del embudo.
Que mi sátira toque
Á Tirso, á Rufo, á Nicolás, á Roque,
Á Petra..... ó al tio Lila,
Aunque el nombre de pila
Omita mi bondad ó mi prudencia.....
Entónces cada cual, hecho un infierno,
Me guardará rencor, rencor eterno,
Diciendo: « Más es él.» Voy á ser franco;
Esta es una razon de pié de banco.
No soy yo una excepcion; en mí, no rota
La ley se advierte que á los hombres rige;
El decirlo me aflige:
Tengo más faltas yo que una pelota;
Pero, aunque éstas se cuenten por docenas,
¿Servirán de disculpa á las ajenas?
¡Las ajenas! ¡La mar!..... Entre la turba
De tanto pecador impenitente,
De pasiones raquíticas esclavos,
Milagro si se encuentra
Un carácter que valga dos ochavos.
¡Ay del que el suyo conservar intente!
No sabe lo que cuesta el ser decente.
Confieso que no pinto yo querubes
Con celestiales cándidos equipos;

¿Iré, pues, á las nubes
En busca de mis tipos,
Ó la pluma que tengo prevenida
Ha de tomarlos tal como ellos suelen
Pasar en la comedia de la vida?
Si viejo es uno y le retrato viejo
Cuando se precia de gallardo y mozo,
No diga que su gozo eché en un pozo,
No trine contra mí; siga el consejo
Que dió á una vieja presumida un vate,
Al ver pedazos hecho el cristal limpio
Donde ella se miraba el rostro añejo:
«Arroje usted la cara, no el espejo.»

EL CÁNTARO ROTO.

Cantando alegremente,
De amor y vida y esperanza llena,
Una niña morena
Por agua iba á la fuente,
Escondida entre mirtos y entre rosas,
Del carmin de sus labios envidiosas.
Si modesto jubon y corta saya
Publican su humildad y su pobreza,
Tambien su juventud y gentileza:
¡Oh, mal haya, mal haya
Quien destruir osáre la ventura
De que en sus dulces ojos hay destellos!
Pues asomada en ellos
Siempre un alma se ve, serena y pura.
Los pájaros, oyéndola, cantaban;
El agua, que corria
Entre césped y juncos, sonreia;
En su cristal los olmos se miraban,
Turbando únicamente de aquel cielo
Una ligera nube el claro velo,
Siempre azul en tan bellas soledades:
¡Quién sospechar pudiera

Que es á veces la nube más ligera
Anuncio de terribles tempestades!

La muchacha sencilla,
Cuando el sol ya tocaba en el ocaso,
Á la fuente llegó con ágil paso
Y puso el rojo cántaro en la orilla.
El coro de las aves la saluda
De trinos y gorjeos con la salva
Que á la apacible claridad del alba.
Y aquí asalta una duda
De improviso á mi mente;
No sé qué diera yo por salir de ella:
¿Iba, cual dije, la gentil doncella
Sólo por agua á la escondida fuente?.....
El que tenga la llave
Del corazon humano,
Que encierra en cada sér profundo arcano,
Á mi duda responda si lo sabe.
Tornando en derredor los negros ojos
Con el afan inquieto del que aguarda
Lo que mucho desea y mucho tarda,
Sentóse pensativa,
Apoyada en la mano la alta frente,
Que el sol y el aire doran suavemente,
Como sus largas crenchas mal trenzadas,
De campesinas flores adornadas;
Y con el pié desnudo,
Cuya blancura natural sombrea
El polvo del camino, seco y rudo,

La niña el suelo sin cesar golpea,
Siguiendo el movimiento apresurado
Del corazon, que late enamorado.
El tiempo trascurria;
La casta flor de noche
El rayo de la luna recibia,
Abriendo á su contacto el verde broche,
Y ¡en vano era esperar! nadie venía.
Entónces la aldeana
En pié se puso, trémula de enojos
Pintados en el fuego de sus ojos,
Y el cántaro cogiendo con tristeza
Lo colocó agitada en su cabeza.
Mas ¡ay! que dado un paso apénas hubo,
Perdiendo el equilibrio, en su despecho,
El cántaro quedó pedazos hecho,
Y un corazon con él; que á los cristales
Del agua derramada allí con ruido
Se unieron de dos ojos los raudales.

—

Las aves, sin reposo
Por el presente mal y el que recelan,
Interrumpen su cántico armonioso
Y en busca de otro asilo raudas vuelan.
La nube que del cielo
Turbaba únicamente el azul velo,
Extendiéndose va densa y oscura;
En su seno el relámpago fulgura.
Todo es triste señal, todo presagio
De tormenta, de riesgo y de naufragio

De algun soñado bien. ¡Oh loco empeño!
¿Quién fia en la verdad hija de un sueño?
«¡Tres citas sin venir!..... ¡Ah! no me quiere;
Ciega estaria yo, si no lo viere;
Dar crédito á su amor es desatino»;
Por el ancho camino
Que parte en dos mitades la campiña,
Murmuraba la niña,
Andando..... andando hácia el lugar vecino.
Á veces, con más fiero
Dolor y desvarío,
En que descubre el corazon entero,
Exclamaba: «¡Dios mio!
¡Cómo olvidarle, si por él me muero!»
Y siguió andando..... andando,
Y aunque remedio la infeliz no alcanza,
Todavía en un resto de esperanza
Yo no sé qué ilusion va fabricando,
Que á poco se deshace
Para servir de cuna
Á la ilusion que nace;
Siempre fué así la vida, una cadena
Que el placer eslabona con la pena.
Y así sucedió entónces; del espeso
Ramaje de un sotillo
Salió el rumor de un beso,
Ó tal se lo fingió la fantasía
Á la pobre muchacha que lo oia;
Y oyó el cantar de acento conocido
Á claro acento de mujer unido,
Amado el uno cuando Dios queria,

El otro eternamente aborrecido.
No hay duda ya; la deja, la abandona
El desleal mancebo;
Con espinas corona
El tierno amor de tiempos más felices,
Que áun en ella conserva hondas raíces.

Desde el infausto dia,
De su fiel corazon fué desterrada,
Como huésped molesto, la alegría.
¿Tendrá su pena coto?
¿Otra pasion la encontrará indefensa?.....
No sé; mas siempre que un amante voto
Le jura lealtad, la niña piensa
En el cántaro roto.

DEL SEÑOR

D. GASPAR NUÑEZ DE ARCE.

VELUT UMBRA.
CREPÚSCULO.—PROBLEMA.—MISERERE.—¡AMOR!— EN EL MONASTERIO DE PIEDRA.
Á VOLTAIRE. — LAS ARPAS MUDAS.

VELUT UMBRA.

¡Oh incesante desvarío
Del hombre! ¡Oh mentida gloria,
Tan fugaz y transitoria
Como las ondas de un rio!
El tiempo impasible y frio
Va empujando tu memoria,
Que brilla un punto en la historia
Y se pierde en el vacío.
¡Cuánto César ya olvidado!
¡Cuánta vieja desventura,
Que ni áun recuerda la gente,
Habrá visto, habrá alumbrado
Ese sol, desde la altura
En que gira indiferente!
A medida que hácia el puerto
Va marchando del olvido,
Aparece cuanto ha sido
De espesas brumas cubierto.
Ese polvo, árido y yerto,
Ha pensado y ha sentido:
Es el despojo perdido
De la humanidad que ha muerto.

De esos átomos sin nombre,
¿Quién el misterio adivina?
¿Quién á descifrarlo alcanza?
Tan oscuro es para el hombre
Lo pasado que declina,
Cual lo porvenir que avanza.
¿Dónde está la oculta fuente
Del hondo raudal humano?
¿A qué incógnito Oceano
Va á parar esa corriente?
Principio y fin, velozmente
Se buscan y dan la mano;
Y en el gérmen bulle el grano,
Y en el grano la simiente.
La flor, que arrebata el viento,
Préstale al campo marchito
Nuevo jugo y nueva vida;
Mas ¿quién en el movimiento
Del génesis infinito
Recuerda la flor caida?
¡Vanidad de vanidades!
En nuestras horas inciertas,
Sobre las ciudades muertas
Álzanse nuevas ciudades.
En ignotas soledades,
En regiones, hoy desiertas,
Yacen de polvo cubiertas,
Las glorias de otras edades.
Cae en mortal cautiverio
Cuanto el alma inquieta y muda
Busca y ama, anhela y nombra.

Nuestra vida en el misterio,
Nuestro destino en la duda,
Nuestro término en la sombra.

Mayo 23, 1873.

CREPÚSCULO.

El sol tocaba en su ocaso,
Y la luz tibia y dudosa
Del crepúsculo envolvia
La naturaleza toda.
Los dos estábamos solos,
Mudos de amor y zozobra,
Con las manos enlazadas,
Trémulas y abrasadoras,
Contemplando cómo el valle,
El mar y apacible costa
Lentamente iban perdiendo
Color, trasparencia y forma.
A medida que la noche
Adelantaba medrosa,
Nuestra tristeza se hacia
Más invencible y más honda.
Hasta que al fin, no sé cómo,
Yo trastornado, tú loca,
Estalló en ardiente beso
Nuestra pasion silenciosa.
¡Ay! al volver suspirando
De aquel éxtasis de gloria,
¿Qué vimos? Sombra en el cielo,
Y en nuestra conciencia sombra.

PROBLEMA.

Ciego; ¿es la tierra el centro de las almas?

Quiero, dejando hipótesis á un lado,
Una duda exponer, y es la siguiente:
—¿Por qué cruza la tierra el inocente,
De espinas ó de sombras coronado?
¿Por qué feliz y próspero, el malvado
Alza orgulloso la atrevida frente?
¿Por qué Dios, que es el bien, mira y consiente
El eterno dominio del pecado?
¿Por qué, desde Caín, la humana raza,
Sometida al dolor, con sangre traza
La historia de sus luchas giganteas?
Y si es ficcion la gloria prometida,
Si aquí empieza y acaba nuestra vida,
¿Por qué, implacable Dios, por qué nos creas?

MISERERE.

Es de noche: el monasterio
Que alzó Felipe Segundo
Para admiracion del mundo
Y ostentacion de su imperio,
Yace envuelto en el misterio
Y en las tinieblas sumido.
De nuestro poder, ya hundido,
Último resto glorioso,
Parece que está el coloso
Al pié del monte, rendido.

El viento del Guadarrama
Deja sus antros oscuros,
Y estrellándose en los muros
Del templo, se agita y brama.
Fugaz y rojiza llama
Surca el ancho firmamento,
Y á veces, como un lamento,
Resuena el lúgubre són,
Con que llama á la oracion
La campana del convento.

La iglesia, triste y sombría,
En honda calma reposa,
Tan helada y silenciosa
Como una tumba vacía.
Colgada lámpara envia
Su incierta luz á lo léjos,
Y á sus trémulos reflejos
Llegan, huyen, se levantan
Esas mil sombras que espantan
A los niños y á los viejos.

De pronto, claro y distinto,
La régia cripta conmueve
Ruido extraño, que aunque leve,
Llena el mortuorio recinto.
Es que el César Cárlos Quinto,
Con mano firme y segura,
Entreabre su sepultura,
Y haciendo una horrible mueca,
Su faz carcomida y seca
Asoma por la hendidura.

Golpea su descarnada
Frente con tenaz empeño,
Como quien sale de un sueño
Sin acordarse de nada.
Recorre con su mirada
Aquel lugar solitario,
Alza el mármol funerario,
Y arrebatado y resuelto
Salta del sepulcro, envuelto

En su andrajoso sudario.

—¡Hola!—grita en són de guerra
Con aquella voz concisa,
Que oyó en el siglo, sumisa
Y amedrentada la tierra.
—¡Volcad la losa que os cierra!
Vástagos de imperial rama,
Varones que honrais la fama,
Antiguas y excelsas glorias,
De vuestras urnas mortuorias
Salid, que el César os llama.

Contestando á estos conjuros,
Un clamor confuso y hondo
Parece brotar del fondo
De aquellos mármoles duros.
Surgen vapores impuros
De los sepulcros, ya abiertos:
La serie de reyes muertos
Despues á salir empieza,
Y es de notar la tristeza,
El gesto despavorido
De los que han envilecido
La corona en su cabeza.

Grave, solemne, pausado
Se alza Felipe Segundo,
En su lucha con el mundo
Vencido, mas no domado.
Su hijo se despierta al lado,

Y detras del rey devoto,
Aquel que humillado y roto
Vió desmoronarse á España,
Cual granítica montaña,
A impulsos del terremoto.

Luego el monarca enfermizo,
De infausta y negra memoria,
En cuya edad, nuestra gloria
Como nieve se deshizo.
Bajo el poder de su hechizo
Se estremece todavía.
¡Ay, qué terrible armonía,
Qué oscuro enlace se nota
Entre aquel mísero idiota
Y su exhausta monarquía!

Con terrífica sorpresa
Y en silencioso concierto,
Todos los reyes que han muerto
Van saliendo de su huesa.
La ya apagada pavesa
Cobra los vitales bríos,
Y se aglomeran sombríos
Aquellos yertos despojos,
Aquellas cuencas sin ojos,
Aquellos cráneos vacíos.

De los monarcas en pos,
Respondiendo al llamamiento,
Cual si llegára el momento

Del santo juicio de Dios,
Acuden de dos en dos
Por claustros y corredores,
Príncipes, grandes señores,
Prelados, frailes, guerreros,
Favoritos, consejeros,
Teólogos é inquisidores.

¡Qué es mirar como serpea
Por su semblante amarillo
El fosforescente brillo
Que la podredumbre crea!
¡Qué espíritu no flaquea
Con mil terrores secretos,
Viendo aquellos esqueletos,
Que ante el César, que los nombra,
Se deslizan por la sombra
Mudos, absortos, inquietos!

¡Cuántas altas potestades,
Cuántas grandezas pasadas,
Cuántas invictas espadas,
Cuántas firmes voluntades
En aquellas soledades
Muestran sus restos livianos!
¡Cuántos cráneos soberanos,
Que el genio habitára en vida,
Convertidos en guarida
De miserables gusanos!

Desde el triste panteon

En que se agolpa y hacina,
Hácia el templo se encamina
La fúnebre procesion.
Marcha con medroso són
Tras del Rey que la congrega,
Y cuando á la iglesia llega,
Inunda la altiva nave
Un resplandor tibio y suave,
Que ni deslumbra ni ciega.

Guardando el regio decoro,
Como en los siglos pasados,
Reyes, príncipes, prelados
Toman asiento en el coro.
Despues en tropel sonoro
Por el templo se derrama,
Rindiendo culto á la fama
Con que llena las historias,
Aquel haz de muertas glorias,
Que el César convoca y llama.

Por mandato soberano
De Cárlos, que el cetro ostenta,
Llega al órgano y se sienta
Un viejo esqueleto humano.
La seca y huesosa mano
En el gran teclado imprime,
Y la música sublime
Que á inmensos raudales brota,
Parece que en cada nota
Reza y llora, canta y gime.

Uniendo al acorde santo
Su voz, los muertos despojos
Caen ante el ara de hinojos
Y á Dios elevan su canto,
Honda expresion del quebranto,
Aquel eco de la tumba
Crece, se dilata, zumba,
Y al paso que va creciendo,
Resuena con el estruendo
De un mundo que se derrumba:

—

«Fuimos las ondas de un rio
»Caudaloso y desbordado.
»Hoy la fuente se ha secado,
»Hoy el cauce está vacío.
»Ya ¡oh Dios! nuestro poderío
»Se extingue, se apaga y muere.
»*¡Miserere!*

»¡Maldito, maldito sea
»Aquel portentoso invento
»Que dió vida al pensamiento
»Y alas de luz á la idea!
»El verbo animado ondea
»Y como el rayo nos hiere.
»*¡Miserere!*

»¡Maldito el hilo fecundo
»Que á los pueblos eslabona,
»Y busca, y cuenta, y pregona

» Las pulsaciones del mundo!
» Ya en el silencio profundo
» Ninguna injusticia muere.
» *¡Miserere!*

» Ya no vive cada raza
» En solitario destierro,
» Ya con vínculo de hierro
» La humana especie se enlaza.
» Ya el aislamiento rechaza,
» Ya la libertad prefiere.
» *¡Miserere!*

» Rígido y brutal azote
» Con desacordado empuje
» Sobre las espaldas cruje
» Del Rey y del sacerdote.
» Ya nada existe que embote
» El golpe ¡oh Dios! que nos hiere.
» *¡Miserere!*

» Mas ¡ay! que en su audacia loca,
» Tambien el orgullo humano
» Pone en los cielos su mano
» Y á tí, Señor, te provoca.
» Miéntras blasfeme su boca,
» Ni paz ni ventura espere.
» *¡Miserere!*

» No en la tormenta enemiga,
» No en el insondable abismo:

»El mundo lleva en sí mismo
»El rayo que le castiga.
»Sin compasion ni fatiga
»Hoy nos mata; pero muere.
»¡*Miserere!*

»Grande y caudaloso rio,
»Que corres precipitado,
»Ve que el nuestro se ha secado
»Y tiene el cauce vacío.
»¡No prevalezca el impío,
»Ni la iniquidad prospere!
»¡*Miserere!*»

—

Súbito, con sordo ruido
Cruje el órgano y estalla,
La luz se amortigua, y calla
El concurso dolorido.
Al disiparse el sonido
Del grave y solemne canto,
Llega á su colmo el espanto
De las mudas calaveras,
Y de sus órbitas hueras
Desciende abundoso llanto.

A medida que decrece
La luz misteriosa y vaga,
Todo murmullo se apaga
Y el cuadro se desvanece.
Con el alba que aparece

El cortejo se evapora,
Y miéntras la blanca aurora
Esparce su lumbre escasa,
A lo léjos silba y pasa
La rauda locomotora.

Junio 25, 1873.

¡AMOR!

¡Oh eterno amor, que en tu inmortal carrera
Das á los seres vida y movimiento,
Con qué entusiasta admiracion te siento,
Aunque invisible, palpitar doquiera!
Exclava tuya la creacion entera,
Se estremece y anima con tu aliento,
Y es tu grandeza tal, que el pensamiento
Te proclamára Dios, si Dios no hubiera.
Los impalpables átomos combinas
Con tu soplo magnético y fecundo:
Tú creas, tú trasformas, tú iluminas,
Y en el cielo infinito, en el profundo
Mar, en la tierra atónita dominas,
¡Amor, eterno amor, alma del mundo!

EN EL MONASTERIO DE PIEDRA.

(ARAGON.)

Venga el ateo y fije sus miradas
En las raudas cascadas
Que caen con el estrépito del trueno;
En ese bosque que oscurece el dia,
De rústica armonía
Y de perfumes y de sombras lleno.

—

En la gruta titánica que arredra
Con sus monstruos de piedra,
Su oculto lago y despeñado rio;
Que ante tantas grandezas el ateo
Dirá asombrado: —¡Creo,
Creo en tu excelsa majestad, Dios mio!

—

Arpa es la creacion, que en la tranquila,
Inmensidad oscila
Con ritmo eterno y cántico sonoro.
Y no hay murmullo, ni rumor, ni acento

En tierra, mar y viento,
Que del himno inmortal no forme coro.

—

El insecto entre el césped escondido,
El pájaro en su nido,
El trueno en las entrañas de la nube,
Hasta la flor que en los sepulcros brota,
Todo exhala su nota
Que en acordado són al cielo sube.

—

Nunca del hombre la soberbia ciega,
Que á enloquecerle llega,
Podrá alcanzar, en su insaciable anhelo,
Ese poder augusto y soberano,
Que enfrena el Oceano
Y hace girar los astros en el cielo.

—

En vano, golpeándose la frente,
Se agitará impotente
En su orgullo satánico y maldito.
Siempre, desesperado Prometeo,
Le acosará el deseo,
¡Ay! que, como el dolor, es infinito.

Julio, 1872.

A VOLTAIRE.

Eres ariete formidable: nada
Resiste á tu satánica ironía.
A través del sepulcro todavía
Resuena tu estridente carcajada..
Cayó bajo tu sátira acerada
Cuanto la humana estupidez creia,
Y hoy la razon no más sirve de guía
A la prole de Adan regenerada.
Ya sólo influye en su inmortal destino
La libre religion de las ideas;
Ya la fé miserable á tierra vino,
Ya el Cristo se desploma; ya las teas
Alumbran los misterios del camino;
Ya venciste, Voltaire. ¡Maldito seas!

LAS ARPAS MUDAS.

La vírgen poesía,
Huyendo de los hombres,
Se pierde en las profundas
Tinieblas de la noche.
Las arpas enmudecen,
Y el eco no responde
Sino á los broncos gritos
De cien revoluciones.

¡Ay, cuando la tormenta
Cierne sus negras alas,
La tímida avecilla
Se oculta y tiembla y calla!
¿Qué valen sus gorjeos
Ante la voz airada
Del trueno que retumba
En valles y en montañas?

¡Qué cambio y qué contraste!
Ayer llenaba el mundo

La inspiracion sublime
De Schiller, Byron y Hugo.
Hoy sobre nuestras almas,
Que envileció el tumulto,
Parece que gravita
La losa de un sepulcro.

—

Miraban nuestros padres
El despertar de un siglo:
Nosotros á sus hondas
Angustias asistimos.
En su entusiasmo ardiente
Su cántico era un himno.
El nuestro, ¡oh desventura!
El nuestro es un gemido.

—

Cuando despues de aquella
Sangrienta sacudida,
Que derribó en el polvo
La sociedad antigua,
Con su potente mano
La santa poësía
Logró sacar ileso
A Dios de entre las ruinas;

—

Cuando en estéril roca,
Entre el rumor confuso
Del mar, agonizaba

En su aislamiento augusto
El águila altanera,
Tan grande en su infortunio,
Que de sus corvas garras
Tuvo suspenso el mundo;

Entónces, como el gérmen
Oculto que despierta
Y rompe vigoroso
La cárcel que lo encierra,
Sobre las viejas ruinas
Brotaron por doquiera
La religion, la gloria,
La libertad, la ciencia.

¡Siempre el dolor fecunda!
La tierra, nuestra madre,
Sufre el agudo arado
Que sus entrañas abre;
El mar tiene sus roncas
Y oscuras tempestades,
Su duda el pensamiento,
La religion sus mártires;

Todo lo grande surge
De este combate eterno,
Como la luz del choque
Del pedernal y el hierro.

¡Felices nuestros padres,
Que entónces recogieron
La miés ántes regada
Con llanto, sangre y cieno!

—

¿Es raro que el poeta
Alzase himnos de gloria
Al Dios que renacia
De entre sus aras rotas?
¿Es raro que cantase
La alborozada Europa
Al nuevo sol, naciendo
De la impalpable sombra?

Pero hoy ¿qué alegre canto
Entonarán las Musas?
La llama del incendio
Nuestro camino alumbra.
La libertad seguida
De alborotadas turbas,
Arrastra por el fango
Sus blancas vestiduras.

—

El entusiasmo espira
En lecho de dolores:
Atónita y turbada
La fé su venda rompe,

Y caen de sus altares,
Bajo insensatos golpes,
La patria, la familia,
Los reyes y los dioses.

—

¡Todo se anubla, todo
Choca, todo está herido!
Pide estragado el arte
Su inspiracion al vicio,
Y entre el alegre estruendo
De infames regocijos,
La sociedad oscila
Sobre el oscuro abismo.

—

¡Poetas! Hasta tanto
Que la borrasca pase,
Colguemos nuestras arpas
De los llorosos sauces.
Tal vez cuando la tierra
Nuestros despojos guarde,
El viento las sacuda
Y vibren, giman, canten.

—

Tal vez cuando del tiempo
Se amanse la corriente,
Nuestros felices hijos
Piadosos las descuelguen.

¡Quién sabe! aunque las densas
Tinieblas nos envuelven,
No eres eterna, ¡oh noche!
¡Dolor, no duras siempre!

Junio de 1873.

DEL SEÑOR

D. FRANCISCO PEREZ ECHEVARRÍA.

AL MAR CANTÁBRICO.
ENTRE SCILA Y CARÍBDIS.—EPITAFIO EN EL SEPULCRO DE ELISA.
LA ILUSION.—SONETO.—CREPÚSCULOS.
LOS DOS SUSPIROS.
JUNTO Á LA CUNA VACÍA.—EL HUÉRFANO.—Á UNA FLOR.
EN LA AUSENCIA.—AMBICION.
POESÍA HUMORÍSTICA.

AL MAR CANTÁBRICO.

(Á MI QUERIDO AMIGO EL EXCMO. SR. DUQUE DE SESSA Y DE MONTEMAR.)

Terrible ¡oh mar! tu rumoroso estruendo
Llega hasta mí. La acelerada planta
Guio al enhiesto peñascal gigante.
Ya su cima alcancé..... ¡Ya te estoy viendo!
Déjame te contemple un solo instante,
Miéntras rápido al cielo, cual tus olas,
Mi pensamiento altivo se levanta,
Y libre puedo, á mi placer y á solas,
Cantar tu mole, que á la tierra espanta.

Pero ¿cómo cantar de tu oleaje
El contínuo bullir? ¿Quién sus acentos
Podrá mezclar á tus acentos rudos,
Cuando, movido por el fiero empuje
Y el ímpetu salvaje
De los fragosos vientos,
Dejas los aires con tus ecos mudos?

Aquí se siente á Dios..... Mar infinito
De insondables arcanos; ancho cielo

De luces y tinieblas, donde escrito
Con letras de los astros refulgentes
Su nombre eterno está; terrible enojo
Que abisma al hombre que en su loco anhelo
Se lanza al mar con indomable arrojo;
Valla inmortal, donde á estrellarse llegan
De la ambicion mundana
Los perdidos clamores; voz potente
Que con el rayo vengador se hermana
Para anunciar á la espantada gente
La pequeñez de la grandeza humana.

El aliento de Dios aquí se agita
En este mar profundo
Donde las olas sin cesar renacen
Como los siglos en el mar del mundo.
Yo te venero, ¡oh Dios! ¿Cuál labio impío
Tu nombre negará? ¿Quién, tu grandeza,
En medio de este mar, de este vacío,
De este cielo de espléndida belleza?

Ése es tu pabellon. Ésa tu alfombra,
Bordada por los vientos bramadores
Y los rayos del sol. Do quier la sombra
De tu inmenso poder. Léjos la bruma
Velando el horizonte ilimitado,
Mi vista llega allí; más adelante
Nuevos espacios hay, nuevo horizonte
Que ya á mi vista penetrar no es dado.

¡Cuántas veces gozando en libre calma

Mis sueños de poeta,
A grandes rasgos te tracé en mi alma
Con el pincel de la ilusion inquieta!
Yo haré flotar mi pensamiento un dia
Por cima de ese piélago, cual flota
Vencedora del aire la gaviota
Buscando nuevo espacio, me decia.
A su sordo rumor, envanecido
Un himno entonaré, y el pobre plectro,
Que hora inacorde entre mis manos vibra,
Del corazon dolido
Llegará á conmover la última fibra.

¡Y héme ya junto á tí! Mas no á ese intento
Voy á elevar mi voz. Triste mi idea,
Débil mi pensamiento,
Jamas me inspirará mágico acento
Que digno ¡oh mar! de tu grandeza sea.

Yo vengo de otro mar. En él se agita
Turbulento oleaje
De envidias y rencores confundidos.
En él se precipita
La horrible tempestad de las pasiones.
Ruge el crímen y mueren oprimidos
Los ayes del dolor, como en tu seno
Mueren las blandas auras
Cuando se extiende rebramando el trueno.

¡Ay del hombre infeliz! ¡ay del cuitado
Náufrago triste en la borrasca fiera

De ese viviente mar siempre agitado.
Yo en medio me encontré de sus abismos,
Sin otro amparo que el dolor agudo
De la triste orfandad. Aquellos mismos
Que al puerto dirigieron
De mi pobre bajel la incierta quilla,
Más de una vez mi corazon hirieron
Contra la roca del desden que humilla.

Mas todo lo olvidé rápidamente,
Mar de Cantábria, al contemplarte ufano,
Alzando altivo la nevada frente,
De la tierra gigante soberano.
Aquí se siente á Dios, y el labio solo
Su nombre balbucea.
No la traicion y el dolo
Cruza en la mente que ante tí se inspira;
Amor, inmenso amor, virtud sublime,
Que el hombre débil que en la tierra gime,
Contemplándose en tí, grande se mira.

ENTRE SCILA Y CARÍBDIS.

Cruzando el mar del dolor
Cuando huérfano me vi,
Dije: «Me amparo al amor»,
Y en el escollo traidor
Del desengaño me hundí.

—

Viéndome en tal ansiedad,
«Puerto es de fe la amistad»,
Feliz al puerto bogué;
Pero ¡ay! tambien naufragué
Y hundíme en la falsedad.

—

Y desde entónces advierte
Mi triste razon perdida,
Combatiendo con la suerte,
Que es el puerto de la muerte
La salvacion de la vida.

EPITAFIO

EN EL SEPULCRO DE ELISA,

MUERTA Á LOS QUINCE AÑOS.

Cuando la aurora infantil,
Rica en gala y armonía,
Ante el sol palidecia
De la ilusion juvenil;
Quien da á la brisa sutil
Y al mar y al ave su acento,
Quien es del alma el aliento,
Quien es de la vida el sér,
Descendió hasta la mujer
Y ángel la alzó al firmamento.
¡Feliz el ave que perseguida,
Vuelve á su nido..... vuelve á la vida!

LA ILUSION.

Yo recuerdo en mis penas vagamente
Una ventana con brillante luz;
Por ella contemplaba diariamente
Desde mi lecho la extension azul.

Un dia, al despertar el alba ufana,
Ninfa risueña en el cristal tocó;
Yo estaba de mi vida en la mañana,
Y abrí inocentemente á la *ilusion!*

Tan pura la encontré, tan candorosa,
Que á su lado..... ¡soñé que era feliz!
Este es el sueño de una edad hermosa
Que para siempre se disipa al fin.

Ahora, cuando al par del alba ufana
Despierto para ver la luz del sol,
Ya no veo como ántes la ventana
Donde vino á llamarme la *ilusion!*

SONETO.

¡Y eres tú la que ayer, enamorada,
Tiernos suspiros sin cesar fingias,
Y al blando acento de mi voz solias
Quedarte dulcemente enajenada!
¡Eres tú la que ayer, entusiasmada,
Enlazando tus manos con las mias,
Me jurabas amor, y ausente herias
El viento con gemidos desolada!
No eres tú, no, la que amorosa y pura
Pudo fingir con celestial encanto
Tanta dulce emocion, tanta ternura,
Tanto delirio y tan acerbo llanto;
Eres no más que la sirena impura
Que engaña artera al modular su canto.

CREPÚSCULOS.

La dije balbuciente,
Inspirado en su cándida mirada,
Con el temor que siente
El alma enamorada:

«Niña, la más hermosa,
Que llena de ilusion mi mente inquieta,
Tú eres la luz crepuscular radiosa
De mi alma de poeta.

»De mi alma que áun ignora
Si eres la luz con que se anuncia el dia,
Ó eres la precursora
De la noche sombría!

»Si con tu esencia pura
No has perfumado el corazon amante
De otro sér, mi ventura
Es tuya en este instante.

»Tuyas las horas son que deba al cielo,
Tú puedes, vida mia,

Llenarlas de consuelo,
Llenarlas de agonía.»

Y díjome la hermosa,
Temblando y ruborosa,
Con la misma sonrisa
Con que el fresco clavel se abre á la brisa:

«Vuestro amoroso acento
Sin duda es voz de la ilusion inquieta.
Quizás habla el poeta,
No del soñado amor el sentimiento.

»Dejad que el alma mia
No turbe duda ni fatal recelo;
Y así..... nuncio será de claro dia
La luz crepuscular de vuestro cielo.»

Y así, en esta esperanza,
Ávida el alma su impaciencia apura
Viendo, en el cielo de su amor, si avanza
Radiante el sol de mi inmortal ventura.

LOS DOS SUSPIROS.

Cruzando en opuestos giros
La inmensidad trasparente
Halláronse frente á frente
Dos amorosos suspiros.

—El raudo vuelo deten,
Dijo uno parando el vuelo:
¿Dónde caminas?—Al cielo.
—Yo al cielo subo tambien.

—¿Quién te envia?—Un corazon
Que amor tirano domina.
—Una alma á mí me encamina
Esclava de igual pasion.

—Yo soy del dolor esencia.
—Yo expresion del sentimiento.
—Yo nací del desaliento.
—Yo del pesar de la ausencia.

—Ambos nacimos al par
De una alma y un corazon,

Esclavos de igual pasion
Sujetos á igual pesar!

—Nuestra suerte está ligada.
—El mismo amor nos dió vida.
—Yo soy ilusion perdida.
—Yo esperanza defraudada.

—Juntos volemos en pos
Del mismo bien y consuelo.
—La ilusion está en el cielo.
—La esperanza alienta en Dios.

JUNTO A LA CUNA VACÍA.

Suelto el cabello abundoso,
Fija la triste mirada,
La mente con los recuerdos,
Con los dolores el alma,
De la noche en el misterio
Y en las horas más calladas,
Cuando la imágen sombría
Del dolor la mente exalta,
Vierte una madre en silencio
Llanto que su rostro escalda
Junto á la cuna vacía
Del hijo de sus entrañas

¡Allí fué!..... No há mucho tiempo
Allí el inocente estaba,
Sér de su sér, vida suya,
Luz y amor y alma de su alma!
Buscan sus ojos ardientes,
Pero sus ojos no hallan,
Ni sus oidos escuchan,
Ni su boca se regala,

¡Que está vacía la cuna
Del hijo de sus entrañas!

—

Súbito un punto sonrie,
Serena la faz turbada;
Formula frases que sólo
Sabe una madre formarlas.....
Mira al hijo..... le contempla.....
Le adora..... le observa extática,
Le tiende febril los brazos,
Le llama ansiosa á su falda,
Y luégo..... ¡Dios de clemencia!
Loca al vacío se abraza;
¡Que está vacía la cuna
Del hijo de sus entrañas!

—

Corazones desgarrados
Por la fortuna voltária;
Los que en lides amorosas
Sufris, ¿qué son vuestras ánsias?
¿Qué valen vuestros delirios?
¿Qué valen vuestras desgracias?
Dolor..... ¡el dolor águdo
De esa madre infortunada
Que en la noche silenciosa
Vierte un torrente de lágrimas
Junto á la cuna vacía
Del hijo de sus entrañas!

EL HUÉRFANO.

Galas tienen los campos,
Brisas tienen los mares,
Bellos goces el alma
Cuando su fuego aviva la juvenil edad.
Mas, ¡ay! que sólo abrojos
Y bramadores vientos
Y redobladas penas
Existen para el alma que gime en la orfandad.

Tras la risueña aurora
De la niñez sencilla
Nacen las esperanzas,
Vagan los dulces sueños, brota el primer amor.
Mas, ¡ay! que el pobre huérfano,
Cuando á la vida nace
De los felices sueños,
Las realidades sólo concibe del dolor.

Entre palacios ricos,
Entre preciadas joyas,

Hastiado de placeres,
Sustenta el sibarita su orgullo y vanidad.
Cruza entre tanto enfermo
El pobre huerfanito
Sufriendo los rigores
Del frio y de la lluvia, sin ropa y sin hogar.

—

Llega á la edad caduca;
Sucede á los reflejos
Del sol de los amores
La sombra funeraria que envuelve el ataud.
Solícitos cuidados
Rodean al pudiente,
La pompa le acompaña
Despues que dan sus ojos la postrimera luz.

—

Desfallecido, exánime,
Al término infalible
De su angustiada vida
Llega por fin el huérfano..... se ve en un hospital.
Ni una palabra tierna,
Ni una furtiva lágrima,
Ni un triste «adios» percibe!.....
Sólo con sus dolores vuela á la eternidad.

Á UNA FLOR.

(Á MI QUERIDO POETA ANTONIO GRILO.)

Seca y marchita flor que en otros dias
Al viento dabas tus perfumes suaves,
Por el fiero huracan sigue impulsada,
Y muda y triste á mi existencia no hables.

—

Gala del cielo que nacer te viera
Del prado ameno en el fecundo valle,
Fuiste no ha mucho..... y en la arena fria
Ya sin color y sin perfumes yaces.

—

Cual tu existencia mi ilusion ha sido,
De amor en alas al querer alzarse;
Reina ayer de este mundo se gloriaba,
Y hoy este mundo mi ilusion abate!

—

¡Sigue!..... No dejes que el pensil ameno
Que ayer llenabas de esplendor, hoy aje

Los restos puros de tus ricas galas.....
¡Ya con ellas no puede engalanarse!

Arrebatada por el cierzo, altiva
Girando irás por la region del aire,
Y así al ménos..... si no lecho de flores,
Digno lecho hallarás entre los mares.

—

¡Quién pudiera entregar su pensamiento
Al raudo giro de la brisa errante,
Y alzar su vuelo á otra region más alta,
Rompiendo el yugo de su inmunda cárcel!

—

Mas ya que el mundo á mi pesar me oprime,
¡Oh flor marchita que en la arena yaces!
Por el fiero huracan sigue impulsada,
Y muda y triste á mi existencia no hables.

EN LA AUSENCIA.

Ondas inquietas que bullendo leves,
La brisa os mece con gentil donaire,
Id, y á las playas que á mi amor recrean
Mis quejas dadle.

Dadle apacibles con amante anhelo
Los ecos tiernos que del alma parten,
Y buscan raudos en el ancho espacio
Quien los ampare.

Porque, perdidos en la azul esfera,
Medrosos vuelan sin que á nadie ablanden.
¡Triste es mi suerte; que mis ayes no hallan
Nunca otros ayes!

Por las mañanas, cuando el sol colora
Con ténues tintas el inmenso Atlante,
Cuando entibiando sus reflejos huye,
Muerta la tarde;

Y cuando tiende, de misterios llena,
La noche triste su crespon flotante,
Ó temblorosa, su fulgor la luna
Manda á los mares;

Entónces ninfa, que mi amor recreas,
Preciada concha de nevado esmalte,
Suelto un suspiro que hasta tí vibrando
Llevan los aires.

—

Queda mi pecho de temor henchido,
Creyendo siempre que la brisa errante
Vuelve ligera para darme el premio
De mis afanes.

—

Pero á mi acento se enmudece el tuyo,
No oigo otros ecos que los ecos graves
Que se deslizan por la turbia espalda
Del mar pujante.

—

Ondas inquietas, á vosotras quiero
Deciros todos mis dolientes ayes.
¡Tambien vosotras avivais la llama
Del fuego amante!

—

Vénus os presta su sagrado aliento,
Reina del mundo, del amor que abate
Altos designios, corazones fieros,
Almas gigantes.

—

Y pues las penas comprendeis del triste
Que en hondas dudas sin cesar combate,
Id, y á las playas que á mi amor recrean
Mis quejas dadle.

AMBICION.

Tú, compañero odioso,
De mi edad juvenil al par nacido,
Espíritu ambicioso,
Que haces latir ansioso
Mi débil corazon, piedad te pido.

—

No más mi pecho sienta
Tu punzante aguijon: cura su herida.
Loca el alma y sedienta
A tu impulso fatal, va en la tormenta
Cruzando el mar de la mundana vida.

—

Incesante ambicion, que aprisionada
Tienes mi mente en el mezquino suelo,
Deja, ambicion malvada,
Más poderosa cuanto más odiada,
Que tienda léjos de la tierra el vuelo.

—

Como lejana bruma
Que cubre el bello sol, la infancia mia
Cubierta está por tí, y un ánsia impía
Mi pensamiento abruma,
Y de tu furia el huracan me guia.

Cárcel del alma son los vanos goces
Y mágicas quimeras,
Que cual las olas de la mar arteras
Dejan en pos atroces
Y hondos abismos al pasar ligeras.

—

¿Qué sueña el alma mia? ¿Qué pretende?
¿Qué desmedida vanidad la ofusca?
¿Qué fatuo brillo enciende
Mi tranquila ilusion? ¿Qué es lo que busca?
Quizá ella misma su ambicion no entiende.

—

¡Fausto..... riqueza..... honores!.....
Metéoro brillante,
Vagarosos rumores!.....
Gala pueril de las livianas flores,
Vuelo fugaz de golondrina errante!

—

Sólo en tí, misterioso
Supremo Sér que el universo llenas,
Está el eterno bien y está el reposo;
No en la vida mortal, gérmen vicioso
De horribles duelos y de amargas penas.

—

Por eso tú, implacable compañero,
Nacido ayer para turbar mi calma,
Espíritu rastrero
De mundana ambicion, huye ligero,
No te sienta jamas dentro del alma.

POESÍA HUMORÍSTICA.

LO QUE SUELEN DECIR.

(Imitacion.)

¿Descender en mi vida á trabajar?
Ni sé ni me hace falta mal zurcir.
Modistas dos ó tres me han de vestir;
Doncellas dos ó tres me han de peinar.
La moda es mi constante ocupacion;
El lujo desmedido mi placer.
¿Es de dia?..... á dormir. ¿De noche?..... á ser
La coqueta locuaz de algun salon.
Mi sistema es el «qué se me da á mí.»
Viajes..... trenes..... palacios..... ¡qué primor!
Que se acaba el caudal: vendo mi amor.
¿Y es esto una mujer? Dicen que sí.

LARMIG.

QUERELLAS DEL VATE CIEGO.

QUERELLAS DEL VATE CIEGO.

I. Mílton y su hija Débora.— II. La luz. — III. Gloria.— IV. Infidelidad.— V. Revolucion inglesa (1642-1660).— VI. *El Paraíso perdido.*— VII. ¡Cinco libras esterlinas! (1).— VIII. Adios á la patria.— IX. Desaliento.— X. El llanto de Débora.— XI. Al destierro.— XII. Conclusion.

I.

El tibio resplandor de la alborada
Se extiende por los términos del cielo,
Y traspasa la lóbrega y pesada
Niebla, que entolda de Bretaña el suelo.

—

En el brazo de Débora apoyado
Un ciego de canosa cabellera,
Con insegura planta, de un collado
Desciende de la mar á la ribera.

—

Es el cantor de la celeste guerra,
Del bien perdido, del castigo eterno,
De la primera culpa de la tierra,
De la primer conquista del averno.—

---

(1) Cantidad en que Mílton se vió precisado á vender la primera edicion del *Paraíso perdido.*

De Débora los dulces claros ojos
Son del azul del cielo refulgente,
Guardan sus esmaltados labios rojos
Perlas abrillantadas del Oriente.

—

Es cual la flor de la mañana pura,
Como ensueño de amor es hechicera;
La dió el sauce su lánguida tristura,
La dió su gentileza la palmera.

Tiene del cisne erguido el albo cuello,
Levantado es su pecho, su pié breve;
Desciende en rizos de oro su cabello
Desde la sien de inmaculada nieve.

Atesora su cándida hermosura
Más que terrenas celestiales galas:
Es un ángel venido de la altura,
Que tan sólo al bajar perdió las alas.—

—

Besa la falda del agreste monte,
Que Débora y su padre están bajando,
El espumoso mar; en su horizonte
Las velas de un bajel se van alzando.

—

No empavesan la nave misteriosa,
Ni flámula, ni insignia, ni bandera,
Y el gobernalle rige á la arenosa
Playa do Mílton con afan la espera.

El seno maternal de la Bretaña
Se apercibe á dejar, que en los combates
Vencido, va á pedir á tierra extraña
Asilo do librar lira y penates.

—

Y miéntras llega la nadante quilla,
Cuyas pomposas lonas hinche el viento,
Á la desierta y nebulosa orilla,
Del vate oid el apenado acento.

II.

«Del sol la etérea, la fecunda llama,
Iluminando la celeste esfera,
Júbilo y vida por doquier derrama
En su triunfal espléndida carrera.

—

»Himno ferviente al Hacedor entona
La humanidad, y olvida sus pesares
Cuando del sol la vívida corona
Se desprende del fondo de los mares.

—

»Abre la flor sus hojas virginales,
Trinan las aves, plácido se agita
El pez entre los móviles cristales
Y del orbe la máquina palpita.

»Ay del que, como yo, desventurado
No rinde al regio sol digno tributo,
Y vive en este mundo condenado
Á noche eterna y perdurable luto.

—

»¡Con qué belleza para mí tan triste
La estacion germinal de los amores
En mi arrobada mente se reviste
Con sus galas de arroyos y de flores!...

—

»Ya me figuro ver mieses doradas,
Que al afanado labrador consuelan,
Ya las ramas del bosque entrelazadas
Á do las aves á arrullarse vuelan,

—

»Ó la diáfana gota de rocío
Que el puro cáliz de la rosa embebe,
Ó en el silencio del invierno frio
Las deslumbrantes sábanas de nieve,

—

»Ó ya las olas de la mar henchidas
Que amenazantes á la playa llegan,
Y obedeciendo á leyes no sabidas,
Con murmurio imponente se repliegan...

—

»¿Quién no adora el poder almo y fecundo
De la sábia y divina Providencia?
¿Quién puede inerte contemplar el mundo
Con ojos de insensible indiferencia!

»¡Oh padre de la luz, astro de fuego!
Si en el templo brillante de tu gloria
No te puede admirar el vate ciego,
Te admira en el altar de su memoria.

—

»Y si mis muertos ojos un instante
Se volvieran á abrir y á ver el dia,
¡Con qué placer mirára tu semblante,
Hija del corazon, Débora mia!

III.

»Con áspero rigor desde mi cuna,
Sin que un momento de oprimirme ceda,
Á sus plantas me tiene la Fortuna
Bajo la pesadumbre de su rueda.

—

»Vi al cantor de *Julieta* y de *Romeo*
Pobre bajar á su inmortal ocaso,
Visité en su prision á Galileo,
Lloré las penas que lloraba el Taso.

—

»Lira que canta, corazon que gime.
No hay pensamiento grande que no sea
Hijo de un gran dolor. Dolor sublime
Á los Homeros y Cervántes crea.

—

»Cuando esas sombras del sepulcro evoco
Insensato mi orgullo lisonjeo:

La aspereza del mundo es lo que toco,
La gloria universal lo que deseo.

—

»¿No se podrá dejar alta memoria
Sino con propias lágrimas regada?
¿En el sagrado alcázar de la gloria
Sólo á la desventura dan entrada?

IV.

»Yo era gallardo, jóven y valiente.—
Este alarde perdona al pobre anciano
De temblorosa voz, arada frente,
Escasas fuerzas y cabello cano.

—

»Idolatré la pérfida hermosura
De quien no debo pronunciar el nombre,
Con toda la vehemencia y la ternura
Que amor, sólo el amor inspira al hombre.

—

»Y si quieres saber cuánto la amaba,
Recuerda, hija del alma, el tierno canto
Que trémulo mi labio te dictaba,
Y veces mil entrecortó mi llanto,

—

»Cuando describo la mujer primera,
Víctima ya de la serpiente astuta,
Que incita á Adan risueña y placentera
Para que coma la vedada fruta.

»¡Cuál se estremece Adan!—Llegó la hora
Que el ánimo le inunda de amargura
De abandonar á la mujer que adora
Ó renunciar á la eternal ventura.

—

»Y ni llega á dudar. No es que le mueva
De ser Dios el soberbio pensamiento,
Es que no quiere separarse de Eva,
Y así prorumpe con sentido acento:

—

«Sin tí la dicha, con tu amor la muerte.
»Te pierdo si á mi Dios sigo sumiso.
»No, no vacilo, partiré tu suerte.
»¡Qué fuera sin tu amor el Paraíso!»

—

»Y ese triunfo de amor nunca igualado,
Que no cantó más lira que la mia,
Ese amor, cuanto inmenso desgraciado,
Ese infinito amor yo lo sentia.—

—

»De mi cariño el consagrado nudo
Una mujer rompió.—¡Mujer siniestra!—
¿Qué importuna piedad tuvo el agudo
Hierro que alzó mi justiciera diestra?

—

»La angustia que de entónces me acompaña
Me seguirá lo que mi vida dure.
Heridas hay que el tiempo no restaña,
Ni bálsamo se encuentra que las cure.

» Se perdona la ofensa del extraño,
Y con la ofensa al ofensor se olvida;
Pero ¿quién borra el indeleble daño
Del desamor de la mujer querida!

V.

» Cuando sumido en mi afliccion estaba,
En el aire vibró clarin guerrero;
Desolada mi patria me llamaba,
Volé á su voz y fulminé el acero.

—

» Luchaban esforzados capitanes
En fratricida y obstinada guerra;
Fué otra lucha de dioses y titanes
Que conmovió los ejes de la tierra.

—

» Ensañadas las huestes combatian,
Y su nombre de hermanos olvidaban:
El *derecho* los unos defendian,
La *libertad* los otros proclamaban.

—

» Vístese el rey con la bruñida malla
Y á defender acude su corona,
Truécase el reino en campo de batalla,
Y un combate con otro se eslabona.

»Mas reducen al rey á cautiverio,
En cárcel su palacio se convierte;
Y miéntras llora su perdido imperio
El parlamento le condena á muerte.....

—

»¡Ah! bien recuerdo su figura esbelta,
Su negro traje, su mirar severo,
Su adusta faz, su cabellera suelta
Y su paso pausado y altanero.

—

»Los que al cadalso á Cárlos conducian
Llevaban los sombreros en la mano;
Asustados esclavos parecian,
Pendientes de la voz de su tirano.

—

»Del tablado fatal subió las gradas
Con firme y desdeñoso continente,
Y clavando en el pueblo sus miradas,
Cruzó las manos y dobló la frente.

—

»Impenetrable máscara el semblante
Del verdugo de Cárlos encubria,
Y mirándole el Rey un breve instante,
Dijo con entereza y energía:

—

«La justicia que el rostro se recata
»Ha perdido la paz de la conciencia;
»Su cobardía y su maldad delata,
»Y en alta voz proclama mi inocencia.»

» Se inclina al tajo, con su diestro brazo
Da la señal de herir, y con presteza,
Exánime y sangrienta, de un hachazo,
Rueda sobre el cadalso su cabeza.

» Derrocada la patria dinastía
Del rey desventurado con la muerte,
Desbórdase rugiendo la anarquía,
La enfrena el *Protector* con mano fuerte.

—

» Seguí constante la segura huella
Del vencedor, indómito caudillo;
Deslumbró al universo de su estrella,
Jamás contraria, el victorioso brillo.

—

» Atónitos los pueblos admiraban
Su fiero ardor, su austeridad sombría;
Sus escuadras los mares fatigaban,
Y su ejército fiel siempre vencia.

—

» Él de la libertad ornó las sienes
Con el laurel de inmarcesible gloria,
Y de su mando los fecundos bienes
Con letras de oro grabará la historia.

—

» Pero no bien á la insaciable tumba
De la presente edad baja el coloso,
Tiembla, se desmorona y se derrumba
Su alcázar con estruendo pavoroso.

» Y la nacion, que se juzgó salvada
Por la sangrienta mano del verdugo,
Hoy, de su libertad ya fatigada,
Se amarra dócil al antiguo yugo.

» Y tras de tanto sacrificio acerbo,
El derrocado trono restablece.—
El pueblo quiere ser déspota ó siervo;
Ama la libertad y la envilece;

—

» Mañana desatiende al que hoy escucha;
Al ídolo de ayer ora desprecia;
Goza en las emociones de la lucha;
Las ventajas del triunfo menosprecia.—

—

» ¿Qué pensarás, monarca restaurado,
Del pueblo que á tus piés llega anhelante?
¿Qué dirás al oir alborozado
A tu arribo feliz salva triunfante?—

—

» ¿Cuándo la voz del pueblo es voz del cielo?
¿Cuándo escarnece al rey y le destrona?
¿O cuándo, ardiendo en entusiasta anhelo,
Llama al hijo y le vuelve la corona?

» Soberano infeliz, Cárlos primero,
Si áun tu espíritu vaga por el mundo,
Mira de hinojos á tu pueblo fiero
Ante su nuevo rey Cárlos segundo.

VI.

» Tanta escena de horror y tanto crímen,
Tanta desolacion y estragos tantos,
Profundas huellas en mi pecho imprimen
Y hallan ecos terribles en mis cantos.

—

» El eco que repiten las montañas
Con sonido doliente y prolongado
En sus abiertas cóncavas entrañas,
Es confuso, incompleto y apagado;

—

» Pero el eco del alma no aminora,
Concento que repite lo engrandece,
Con nuevas vibraciones lo avalora,
Y con sentidas notas lo embellece.—

—

» Pulso las cuerdas de la hebraica lira,
La tempestad flamígera me alumbra,
La sacra musa de Sion me inspira,
Y á las regiones célicas me encumbra.

—

» Y describo batallas estridentes
De grandeza sin par, de eterno duelo;
Que son el bien y el mal los combatientes,
Y el campo de batalla el mismo cielo.

»Trazo el hórrido golfo del averno,
De Satán la fatídica figura,
Su indomable altivez, su afan eterno
De vengarse de Dios y de su hechura.

—

»Vuela al Eden el pérfido enemigo,
Ve la mansion de bienandanza llena,
Y tiembla de furor. ¡Qué más castigo
Para el malvado que la dicha ajena!

—

»De fresca gruta en la apacible sombra
Contempla á los humanos moradores
Que, reclinados en la verde alfombra,
Hablan de sus dulcísimos amores.

—

»Ve que no por temor, que á Dios adora
Adan por gratitud. ¡Su dicha es tanta!
No es su oracion la que demanda y llora,
Es la oracion que glorifica y canta.

—

»De la envidia las olas de veneno,
De la venganza las airadas nubes,
Se agolpan y agigantan en el seno
Del que fué el luminar de los querubes,

—

»Y audaz emprende..... Mas, ¿á qué repito
El que en largas veladas te he dictado
Épico libro, por tu mano escrito,
Y en tu sencillo corazon grabado?

» Del Eden la tragedia misteriosa,
En que la fe resuelve el gran problema,
Llave de nuestra vida dolorosa,
Lego á la humanidad en mi poëma.

VII.

» ¡Qué irrisoria del vate es la corona!
¿Qué importa que su cántico se admire,
Si con desden el mundo le abandona
Y de hambre en un rincon deja que espire?

—

» Pronto de pan mendigará un pedazo
Quien ostenta la délfica diadema;
Y pagan al verdugo cada hachazo
Más de lo que me vale mi poëma.

—

» Si fuera el interes el móvil solo
Del calumniado corazon del hombre,
¿Quién en el templo del ingrato Apolo
Mármol buscára do grabar su nombre?

—

» Mas nuestro corazon responde y late
Á impulsos altos de divina esfera:
¿No marcha el héroe impávido al combate?
¿No va tranquilo el mártir á la hoguera?

» Nunca anhelé subir de la riqueza
Al palacio de techo artesonado,
Ni me placen el ocio y la pereza
Del torpe y sibarita potentado.

—

» Y fuera yo el mortal más venturoso
Si pudiera en Albion vivir tranquilo,
Y habitar, ni envidiado ni envidioso,
De la sóbria virtud en el asilo.

—

» Pero estar en contínuo desosiego
Y fatigando espíritu y materia,
Llegar á la vejez y hallarse ciego,
Fugitivo y sumido en la miseria,

—

» Anonada, enloquece. En mi demencia
Indigno y criminal me juzgo á veces
Cuando me hace apurar la Providencia
El cáliz del dolor hasta las heces.

VIII.

» Hoy me destierra de los patrios lares
Implacable y cruel suerte enemiga,
Y en suelo extraño, allende de los mares,
Hogar y pan á mendigar me obliga.

»Verdes colinas, arroyuelos claros,
Prados amenos do jugué de niño,
Parece que en el punto de dejaros
Mi corazon os tiene más cariño.

—

»Tierra donde rodó mi humilde cuna,
¡Cuál me cuesta arrancarme de tus brazos!
¡Ojalá que propicia la fortuna
Junte á tus hijos en fraternos lazos!

—

»Adios, tierra natal, suelo querido,
Oye el postrer adios del vate ciego:
Tu desdeñosa ingratitud olvido
Y al Sér Supremo por tu dicha ruego.

IX.

»La reina del espacio, la sagrada
Ave de Jove, emblema de la guerra,
Que anida por las nubes circundada
En los montes más altos de la tierra,

—

»El águila que en yugo incontrastado
Á todo el reino de las aves tiene,
Y que cierne su vuelo sosegado
Sobre el Cáucaso, el Atlas y el Pirene,

»Si luengo tiempo prisionera gime,
Tras angustioso padecer sombrío
Mirando la cadena que le oprime,
Su cuna olvida y su arrogante brío.

—

»Y no sabe (sus fuerzas agotadas
En enervante y lánguido desmayo)
Cómo extender las alas enarcadas
Para volar á la region del rayo.

—

»Así se olvida el alma, de este suelo
Encadenada en la prision oscura,
Que más allá del estrellado velo
Se encuentra su region y su ventura.

—

»Y segun se prolonga la existencia,
Cual flor que se deshace hoja tras hoja,
De la paz, del amor, de la inocencia
Y hasta de la esperanza se despoja.

—

»Crece la vida y la desdicha crece,
Y se empieza á dudar si Dios es justo,
Viendo que la virtud ora y padece,
Y sube el vicio á tribunal augusto.

—

»¡Ah, cuántas veces el delito lleva
Del ínclito poder á la alta cumbre,
Como del fondo de la mar eleva
Al cadáver su misma podredumbre.

»Y hundidos en inerte desaliento,
No tenemos los míseros humanos
Ni á quién alzar el desmayado acento,
Ni á dó tender las suplicantes manos.

—

»Marchítase la fe, la duda brota,
Y va asolando cual hirviente lava;
Y hasta el anhelo del placer se agota,
Y hasta el instinto de vivir se acaba.

X.

»La condicion mortal de nuestra vida
Es el dón más precioso de la suerte.
No con temor imbécil me intimida,
Ántes con avidez llamo á la muerte.—

—

»Pero ¿te hago llorar? ¡Hija del alma!
Oyendo estoy tu congojoso aliento;
Lloras, sí, y es por mí..... tus penas calma,
Que más tu lloro que mis males siento.

—

»Comprendo bien tu queja lastimera,
Amor me prueba tu inocente llanto,
Y miéntras haya un alma que nos quiera,
La vida tiene objeto y tiene encanto.

»Quiero vivir, pero vivir contigo,
Y aprecio tanto tu filial ternura,
Que desdeño mis penas, si consigo
No darte por herencia mi amargura.

—

»Cuando cubra la tumba mis despojos,
Cuando engrandezca el tiempo mi memoria,
En el cristal de tus azules ojos
Con viva luz reflejará mi gloria.

—

»Eres, Débora, el aura de bonanza,
Que en primavera el manantial deshiela,
El ángel celestial de la esperanza
Que acompaña al dolor y le consuela.

—

»¡Te hará gemir el que te debe tanto!
¡Oh, déjame enjugar tu rostro hermoso!
Fueran tus penas mi mayor quebranto,
Sé tú feliz, y me verás dichoso.»

XI.

El bajel, de la orilla ya cercano,
Ancla y bota á la mar lancha ligera,
Que encomendada á la robusta mano
De hábil remero, atraca á la ribera.

Entra en el bote el ciego desvalido,
Y Débora tras él rauda se lanza,
Boga la lancha al barco detenido
Y en instantes brevísimos le alcanza.

—

De nuevo el barco su derrota emprende
Dejando al rededor montes de espuma,
El seno de la mar ligero hiende
Y desparece entre la densa bruma.

XII.

Los que sabeis que el alma atribulada
Necesita de Dios en sus dolores,
Y no cerrais del corazon la entrada
De la ajena desdicha á los clamores,

—

Venid, venid á mí, y si os contrista
El lamentar del inspirado ciego,
A las alturas dirigid la vista
Y al Sér Eterno compasivo ruego:

—

¡Qué amanse su furor el Oceáno!
¡Que no se nuble la polar estrella!
¡Que Dios proteja al venerable anciano!
¡Que ampare Dios á la gentil doncella!

EL DIA DE LUNA,

POR

D. PEDRO ANTONIO DE ALARCON.

EL DIA DE LUNA.

¡Oh misterio! Es la alta noche,
Y en su inmensidad augusta
No reinan ni el mudo sueño
Ni las tinieblas nocturnas.....

No viste, no, como suele,
Negras tocas de viuda
La tierra desamparada
Del muerto sol en la tumba.....
Ni orlada de adormideras
Inclina la frente mustia,
Con lágrimas de rocío
Llorando su desventura.
No el silencio la acompaña,
Testigo fiel de su angustia,
Velando para que nadie
Su hallada paz interrumpa.....
Ni el hermano de la muerte,
Miéntras piadoso la arrulla,
Soñados bienes le finge,
Con que sus males endulza.....

Es la alta noche, ¡oh misterio!
Y en su inmensidad augusta,
Despiertos cielos y tierra,
De amor y placer fulguran.

***

Insomne, bella, gozosa,
Naturaleza relumbra,
Como régia desposada
En la fiesta de sus nupcias.
Olas de argentado encaje
Doquier desata la luna,
Colmada y resplandeciente,
Ebria de amor y ventura.
Los rutilantes luceros
Y las estrellas innúmeras,
Como en extático eclipse,
Muestran su luz moribunda.....
Y del infinito espacio
Tras la bóveda cerúlea,
Móviles se trasparentan
Del Olimpo las columnas.

No: no es de noche en los cielos.....
Sus leyes trocó Natura,
Y el hemisferio asombrado
Contempla un *dia de luna*.

***

Tampoco es noche en la tierra.....
¿Qué importa que el sol no luzca?.....
¡Despiertos están los hijos
Del Amor ó de las Musas!
Despiertas están las aves,
Aunque en sus nidos ocultas,
Cantando como si el dia
Rayase ya en las alturas.
Despiertas están las flores
Que al sol siguen á la tumba,
Y aquellas que una mañana
(¡Sólo una mañana!) duran.
Despiertos están los céfiros,
Jugando con las más púdicas,
Y, entre una y otra lisonja,
El casto aroma les hurtan.
Despierto está el arroyuelo,
Que enamorado susurra
Al pié de altivas palmeras
Ó entre las fragantes juncias.....
Y despierta la cascada,
Que, desvalida en la altura,
Cual de otra peña de Léucades,
Sollozando se derrumba.
Despiertas están las vírgenes,
Las vírgenes andaluzas,
Pegaditas á la reja
Do de amor la ciencia estudian.....
Y despiertos los galanes,
Que no saben lo que juran,
Ó al són acordado cantan

De guitarras y bandurrias.

¡Oh misterio! Es la alta noche,
Y en su inmensidad augusta,
«*Amor*»..... suspira la tierra:
«*Amor*»..... el cielo murmura.

***

En tanto duermen los tristes
Que ya el amor no conturba,
Y aquellas infortunadas
Almas que no amaron nunca.
Los espíritus apáticos
Yacen en su paz estúpida;
El viejo en su frio lecho;
El niño en su mansa cuna.
Tambien duermen los dichosos
Que, bajo santa coyunda,
Del hondo rio del olvido
Cruzaron las hondas turbias.....
Duermen los *padres-tiranos;*
Duermen las madres adustas;
Duermen los sepultureros.....
¡Duerme la muerte sañuda!

¡Sí! la muerte está dormida;
Y abiertas se hallan las tumbas
De las que murieron jóvenes,
Ricas de amor y hermosura.
Como inmortales Julietas

Que de su destino triunfan,
Las amantes heroínas
Surgen de la fosa oscura.....
Y, tan bellas como fueron,
Trocado el sudario en túnica,
Su trágica historia olvidan
Al resplandor de la luna.

*
* *

Aquí un *Jardin* se descubre;
Allá un *Bosque* se columbra,
Y entre los dos un *Palacio*
Sus blancas líneas dibuja.
Mágico hechizo doquiera
Filtra su delicia suma
Con los fulgores de plata
Que el diáfano ambiente inundan.
De taza en taza de mármol
Besos amantes simula,
Al verterse de alta fuente,
Destrenzada el agua fúlgida.
Las trémulas ramas fingen
Abrazos en la espesura,
Y entre las hojas se oyen
Conversaciones confusas.....
Erguidas sobre sus tallos,
Las gayas flores ondulan,
Y hasta parece que andan,
Y que al andar se saludan.
Severos troncos de árboles

TAYLOR INST. OXFORD

Y marmóreas esculturas,
Inmóviles se vigilan,
Palpitando en la penumbra.....
Y, entre el murmurio suave
De hojas y de aguas, se escucha
Del ruiseñor arrobado
La tierna y amante música.

***

Un hombre, una sombra, un alma.....
Recorre con planta muda
El *Jardin de los Amores*,
Y frente al palacio cruza.
Detiénese allí anhelante,
Y en las ventanas oscuras
Fija una larga mirada
Llena de infinita angustia.—
¡Abiertas están y solas,
Como profanadas tumbas!.....—
Nadie mora en el alcázar.....
—«*¡Nadie!*»..... el Viajero pronuncia.

***

Un hondo suspiro lanza,
Y va á marchar..... cuando súbita
Iluminacion diabólica
Tras las ventanas relumbra;
Y fantástica aparece
Una sombra en cada una,

Repitiendo aquel suspiro
Con inefable tristura.

*
* *

—«*¡Ellas son!* (dice el Viajero,
Llorando y las manos juntas)
¡Las mujeres de mi vida!.....
¡Las sombras de mi ventura!».....
Y el ruiseñor en su rama
Canta con sangrienta burla:
—«*Tuyas fueron*.....» y, sarcástico,
El viento responde:—«*¡Suyas!*».....

*
* *

Como de retablo gótico
Las místicas esculturas,
En actitudes dramáticas,
Las hornacinas ocupan,
La fachada del *Palacio*
Ornan aquellas figuras,
Aunque jerárquicamente,
Segun su clase y alcurnia.

En el balcon principal
Hállanse las nueve *Musas*,
Primer amor de los hombres,
Hadas que mecen su cuna.

En las contiguas ventanas

Están sus hijas augustas,
Las trágicas *Heroínas*
De la amorosa ternura:
Aquellas que los Poetas
Vistieron de eterna púrpura,
Destinándolas al culto
De las edades futuras:
Las que les mostró la Historia;
Las que inventó su facundia;
Y aquellas que en su existencia
Ángeles fueron ó furias.

Allí *Fedra*, *Dido*, *Safo*,
Cleopatra y *Mirra* están juntas,
Y toda la antigua y clásica
Pléyade medio desnuda.

Allí están *Elisa* y *Flérida* (1);
De Escocia la reina impura;
La *Julieta* de Verona
Y de Rímini la adúltera.
Allí del genio romántico
Se ven todas las hechuras,
Con lágrimas engendradas,
Concebidas en la duda.
Allí están del triste *Byron*
Las cien víctimas inultas,
Y la amada de *Espronceda*,

(1) Las de *Garcilaso*.

Y *Elvira*, amante y perjura (1).
Allí gime *Ines de Castro;*
Llora *Isabel de Segura;*
Reza la triste *Desdémona;*
Carlota calla y escucha (2).....
Y allí están *Lelia*, *Eloisa*,
Ofelia, *Leonora* (3), *Julia* (4),
Y la ideal *Dulcinea*
De *El de la Triste Figura.*

***

Todas allí están, y todas
Ciñen blancas vestiduras,
Y al cielo elevan los ojos,
Que las lágrimas anublan.
Orlan su dulce semblante
Sus trenzas negras ó rubias,
Y en ademan de plegaria
Cruzan las manos ebúrneas.
Santas parecen..... (y acaso
Hubiéranlo sido algunas.....)
—Son las deidades profanas.
Son las románticas musas.—
Las Santas son de los Vates.....
El Arte lavó sus culpas,

(1) La de *Macías.*
(2) La de *Werther.*
(3) La del *Tasso.*
(4) La de *Rousseau.*

Y las ha canonizado
La bella Literatura!!!

***

¡Oh Apolo, señor del Pindo!
(Permitid que me interrumpa.)
¡Oh padre de los poetas!
¡No puedo más! ¡Dame ayuda!
¡Mantenme en el trono serio,
Y permite que concluya
Lo poco que ya me queda
Sin echar mi historia á burla!
¡Tú ves cuántas humoradas
Me retozan en la pluma,
Y á cada verso que escribo
Por escapárseme pugnan!
¡Tú ves, señor, que no puedo
Templar mi cascada guzla,
Ni llorar sin sonreirme,
Ni reir sin amargura!
¡Tú ves que á cantar en broma
Condenado estoy sin duda,
Y que me dan tentaciones
De escribir zarzuelas bufas!
Pero ya fuera una lástima
No acabar El Dia de luna
Con estilo circunspecto
Y entonacion gemebunda,
Siquiera por si entre todas
Mis lectoras hay alguna

Que apetezca saber cómo
Terminó aquella aventura.—
  Atiende, señor y padre,
Atiende, pues, esta súplica,
Y sosten mi seriedad.....
Llevando tú la *battuta*.

*
* *

  A más de las nueve Diosas
Que el balcon de enmedio ilustran,
Y de las cien legendarias,
Amorosas Thaumaturgas
  Que en el fróntis del *Palacio*
Ventanas de honor ocupan,
Trocándolo en paraninfo
De viviente arquitectura,
  Vese (en esfera ya humilde,
Como es su mortal alcurnia),
Detras de las ámplias rejas
De estancias bajas y oscuras
  (Cual apariencia fantástica
De espectantes andaluzas),
Otra blanca y misteriosa
Constelacion de Hermosuras.

*
* *

  Deidades ya no son éstas,
Del alto Olimpo oriundas,
Ni, de eterna fama ansiosas,

Heroínas insepultas.....
Mujeres nada más son,
Que de la muerte no triunfan,
Sino en la amante memoria
Del triste que las saluda.....
Mujeres que del Viajero
El corazon áun perfuman
Con los recuerdos lejanos
De las pasadas venturas.....
Las *Mujeres* de su vida;
De su juventud la suma;
Las flores de su existencia.....
¡Como su existencia mustias!.....

***

Mas no entónces—que las mira
Resucitadas y fúlgidas,
Como en la feliz mañana
En que lució cada una.....
No entónces—que vuelve á verlas
Jóvenes, cándidas, puras,
Como en los dichosos dias
En que amor las hizo suyas.....

***

Y, sin embargo, allí están
Las que no amarán ya nunca,
Las que el tiempo ha marchitado,
Las que holló la desventura:

Las que no existen, ó existen
De ajenos destinos súbditas;
Las monjas y las casadas,
Las locas y las difuntas.

Allí están las que á los cielos
Alzaron sus almas pulcras,
Restituyendo á la tierra
Incólume su hermosura.....
Y las que en áurea carroza
Al cielo y la tierra insultan,
Y al viejo esposo acarician.....
De un buen testamento en busca.

Allí están las que, magnánimas,
Sus ilusiones apuran,
Doblando sobre los libros
La frente llena de arrugas.....
Y las que su fe inmolaron
A una prosa vil é insulsa,
Con la cual se creen felices.....
Porque el vulgo así lo juzga.

Allí están las que sin nombre
Fueron á la sepultura,
Huéspedas de muchas almas,
No lloradas de ninguna.....
Y allí las que sucumbieron
Bajo el puñal de la duda,
Fieles amantes de un alma,
Lloradas luégo de muchas.

Allí está la que le dijo,
Con una mirada impúdica:
—«*Elévate hasta mis labios*.....»
Al que lo creyera injuria.....
¡La misma que agora, impávida,
Lo desconoce y se encumbra.....
—Águila caudal que lleva
Un corazon en las uñas!

Y allí tambien está aquella
Inmortal, innata, única,
Que al amanecer del alma
El primer amor incuba,
Eva, del hombre congénita,
Que surge bella y fulgúrea
Del adolescente espíritu
Como Vénus de la espuma!

¡Sí, sí!..... Allí está la *primera*.....
Y á su lado la *segunda*.....
Y la *tercera*..... y la *cuarta*.....
Y todas..... hasta la *última*.....

***

(Amigo Apolo, esto es hecho:—
Me emancipo:—disimula:—
Estoy harto de fingir:—
Quiero mudar de postura.
Mi historia se está acabando.....
¡Deja que hable en prosa cruda,

Y que cuente el desenlace
Del modo que á mí me gusta!)

***

..... Todas allí están, y el triste,
El mísero sin fortuna
Que el *Jardin de los Amores*
Solo y pensativo cruza,
Reconócelas á todas;
Sus caros nombres murmura;
—«*¡Héme aquí solo!*», les dice,
Y por su amor les pregunta.

***

Inmóviles tras las rejas
Permanecen las figuras,
Como estatuas sepulcrales
Apoyadas en sus urnas.....

Y el ruiseñor en su rama
Canta con sangrienta burla:
—«*Tuyas fueron*»..... y, sarcástico,
El viento responde:—«*¡Suyas!*»

***

En esto sonó las cuatro
El reloj de *Las Angustias*.....
(Pues la escena era en Granada,

Reinando Isabel Segunda.)
  Oyóse el *Ave-María*
En la catedral vetusta,
Y dijeron:—« *Gratia plena* »
Los que hoy:—« *¡ Viva la república!* »
  Tras los montes del ocaso
Púsose entónces la luna,
Y el *Palacio* al mismo tiempo
Se volvió á quedar á oscuras.
  Dispersáronse en el acto
Tantas vírgenes y adúlteras
Como acababan de estar
Por la vez primera juntas.....
  —Júzgando yo que se irian
A su Parnaso las *Musas*,
Las *vivas* hácia sus casas,
Y á sus nichos las *difuntas*.

***

  Lo que sé es que amaneció
Una mañana de lluvia,
Mañana tétrica, gris,
Parda, torva, negra, sucia,
  Que parecia la noche
De aquella noche tan fúlgida,
O el dia que abrirá paso
Del mundo á la noche última.....
  Y lo que sé es que el *Palacio*,
De faz renegrida y turbia,
Estaba solo y cerrado

Como una olvidada tumba.

***

El Viajero, que era un hombre
Lleno de canas y arrugas,
Mas no viejo todavía
De una manera absoluta,
Alzó de la tierra el báculo,
La esclavina hizo capucha,
Y, saliendo del *Jardin*,
Del *Bosque* entró en la espesura.

***

Me falta la *moraleja*,
Que es ésta:—El Dia de luna
Es la hora de los recuerdos
De una vida disoluta.
Y el Viajero solitario
Sufre la condena justa
Del *solteron* egoista
Que al dolor el cuerpo hurta;
Que de su parte de afanes
Llevar la carga rehusa,
Y se echa el alma á la espalda.....
Y sus hijos á la Inclusa.

***

Cásate, pues, ¡oh lector!.....

Pero no en segundas nupcias.....
(Quiero decir que te cases,
Pero jamas con viuda.....)
Y si llegas á enviudar.....
O las hembras no te gustan,
Oye un segundo consejo:
¡En el momento hazte cura!

Madrid, 24 *de Junio de* 1873.

PRIMAVERALES,

POR

D. ANTONIO DE TRUEBA.

MI VALLE.—SANTO Y SANTA.—PRELUDIO.—FRUTOS ÁGRIOS.
SOMORROSTRO.—EL DOMINGO.
SANTA JULIANA Y SAN PEDRO.—TORNADA.

MI VALLE [1].

I.

Mi valle es de cuatro leguas
Y tiene diez mil hogares
Ocultos en apacibles
Bosquecillos de frutales;
Montes férreos le dan sombra,
Le arrullan azules mares,
Cuatro rios le fecundan,
Crúzanle infinitas naves;
Gozo y riqueza derraman
En él la industria y el arte,
No hay en él mano que huelgue
Ni garganta que no cante;
La vid cubre sus collados

(1) Alúdese aquí al valle que se extiende desde Bilbao á Múzquiz. Este valle comprende las jurisdicciones de Begoña, Bilbao, Abando, Deusto, Baracaldo, Portugalete y los siete concejos del valle de Somorrostro, que son Santurce, Sestao, San Salvador del Valle, Ciérbana, Abanto, Santa Juliana y Múzquiz. Los cuatro rios que le bañan son el Ibaizábal ó Nervion, el Cadagua, el Galindo y el Somorrostro. Las montañas que le resguardan por el sur son las de Triano, de las que dijo el naturalista Plinio : « En la parte marítima de Cantabria, bañada por el Océano, hay un monte alto y quebrado, cuya abundancia de hierro es increible, como que todo él es de esta materia. » .

Y sus vegas los cereales,
Flores y eterna verdura
Le dan perfume y esmalte,
Y tiene al pié de sus montes
Regacitos deleitables,
Donde la paz y la sombra,
Y el cántico de las aves
Y el arroyuelo y el césped
Lleno de flores fragantes,
Dicen en la primavera
Con dulcísimo lenguaje,
A los que piensan, que piensen,
Y á los que cantan, que canten.

II.

Tal es el valle en que tengo
Mi hogar y mis amistades,
Y mis esperanzas de hombre
Y mis recuerdos de infante.
Ramificacion de otro
Donde lloran los mortales,
No es en él todo delicias
Ni beatitud perdurable,
Que á veces ¡ay Dios! encuentro
Réprobos entre sus ángeles,
Espinas entre sus flores
Y entre su calma huracanes;
Pero tengo un rinconcito
Donde entónces refugiarme:

El rinconcito del alma,
Adonde no hay mal que alcance.
Desde el Llangon al Gangúren,
Y desde el Triano al Sarántes,
La primavera ha vestido
De luz y flores el valle!
Vamos, musa mia, vamos
Por esos campos y hogares
Llorando con los que lloren,
Cantando con los que canten,
Que brotan ya de mi alma
Canciones primaverales.

SANTO Y SANTA.

Á RAMONA DE LIZANA,

HIJA DEL MARQUÉS DE CASA-TORRE.

Tiene Yurre en corto espacio
Que fecunda la onda fria,
Una vieja ferrería,
Un molino y un palacio.
En el palacio no brilla
Ni mármol ni plata ni oro,
Pero brilla otro tesoro,
Que es una santa capilla,
Donde encontraban consuelo
Tus nobles progenitores
Levantando en sus dolores
Corazon y ojos al cielo,
Y ornando en toda estacion
A una efigie de madera
Con flores de la pradera
Y flores del corazon.
Quéjase la fe sencilla
De la campesina gente
De que un santo solamente

Haya en aquella capilla,
Y esta queja no me espanta,
Que aquella capilla bella
Sólo con que entres tú en ella,
Tendrá un santo y una santa.

PRELUDIO.

I.

—Madre, todas las noches
Junto á mis rejas
Canta un jóven llorando
Mi indiferencia:
«Quiéreme, niña,
Y al pié de los altares
Serás bendita.»
Esta dulce tonada
Tal poder tiene,
Que me pongo, al oirla,
Triste y alegre.
Dí, ¿por qué causa
Entristecen y alegran
Esas tonadas?

II.

—Hija, lo que las niñas
Como tú sienten
Cuando junto á sus rejas

A cantar vienen,
Es el preludio
Del poema más santo
Que hay en el mundo.
Tornada en santa madre
La vírgen pura,
Tristezas y alegrías
En ella turnan;
Y este poema
Es, niña, el que ha empezado
Junto á tus rejas!

FRUTOS ÁGRIOS [1].

I.

Yendo por la ribera
Del Ibaizábal
Pensando en tus desdichas,
Mi pobre patria,
Sin saber responderme,
Me preguntaba:
«¿Por qué ¡ay Dios! las naciones
Desventuradas
Que parecen más libres
Son más esclavas?»
Y seguia adelante,
Pasa que pasa
Por campiñas y aldeas
Ensangrentadas,
Donde ya no se rie
Ni ya se canta
Desde que tiranuelos

---

(1) No se olvide, al leer estos versos y otros de la presente coleccion, que han sido escritos en la primavera de 1873, en que Vizcaya se veia afligida por la guerra civil.

Te despedazan
Y blasonas de libre,
Mi pobre España!

II.

Orilla del camino
Vi unas muchachas
Que de un parral cogian
Uvas doradas.
Brindáronme un racimo,
Tomé su dádiva,
Y hallé que eran las uvas
De aquellas parras
Lo mismo que el almíbar
Azucaradas.
«Planta que da este fruto,
Dije al gustarlas,
¿De qué manera vive?
¿Libre ó esclava?»
Y hácia el parral mirando,
Vi á toda planta
Con unos mimbrecillos
Que sin dañarla
No sé si sostenian
Ó sujetaban.

III.

Daba sombra al camino
Fresca enramada,

Donde libres é incultas
Se entrelazaban,
Cargadas de racimos,
Vides lozanas,
Entre cuyo ramaje
Revoloteaban
Pajaritos del cielo
Que el nido labran
Donde no tocan nunca
Manos humanas;
Y como viese ociosas
A las muchachas,
Por qué las parras libres
No vendimiaban,
Pregunté, y me dijeron:
« Porque las parras
Que fructifican libres,
Dan uvas ágrias.»

IV.

Libertad de mi vida,
Libertad santa
Que perdurablemente
Tienes un ara
En todas las conciencias
Rectas y honradas,
Léjos de profanarte
Con mis palabras,
Purificarte quiero
De infames manchas.

No eres tú la que invocan
Hoy en mi patria
Las inconscientes turbas
Desenfrenadas
Y las turbas conscientes
De sicofantas;
Que tú eres la que invocan
Las nobles almas
Que entre el cielo y la tierra
Lloran y cantan.

SOMORROSTRO [1].

I.

Somorrostro, Somorrostro,
¡Con cuánto placer arrostro
Lluvia ó sol canicular
A través de tu campiña,
Donde la mies y la viña
Remplazan al arbolar!
Y es natural que así sea,
Que ir camino de mi aldea
Es por tu campiña ir,
¡Y en este camino hay tantos
Recuerdos dulces y santos
Que conmigo han de morir!
Allá Seldortun asoma
Como una blanca paloma
En la falda del Llangon,
Y en nombre de Montellano,

---

(1) Para la mejor comprension de estos versos, conviene decir que el poeta nació en Montellano, una de las feligresías del concejo de Galdames, y que Seldortun es uno de los barrios de aquella feligresía, que se ve desde el concejo de Múzquiz.

Donde me hicieron cristiano,
Me envia una bendicion.
  Hácia la cañada honda,
Cuya perfumada fronda
Me deleitó en la niñez,
A mi saludo responde
Aquel santo templo, donde
Recé la primera vez!
  Velados de blancos tules,
Allá los mares azules
Que en calma ó en tempestad,
Desde la cumbre bravía
Contemplaba cada dia
Mi infantil curiosidad!
  ¡Y aquí donde mi pié yerra,
Ni un solo palmo de tierra
Que no encierre para mí
El recuerdo alegre ó triste
De algo amado que áun existe
O algo amado que perdí!

II.

  Mas tornemos, musa mia,
Y no sigamos la via
De mi primitivo hogar,
Que quizá desierto se halle,
Y sin salir de este valle
Hay harto para llorar!
  Cuando yo era niño, iba
Ese riachuelo arriba,

Y siempre sentia allí
Ansia de exhalar un canto,
Que ya estaba el gérmen santo
De la poesía en mí.
Y los blancos torbellinos
Del agua de los molinos
Eran mi encanto mayor,
Porque su inquietud eterna
Era la imágen externa
De mi inquietud interior.
¡Cotórrio! veintidos años
Recorrí campos extraños
Y habité rica ciudad,
Y no dejó un solo dia
De volar el alma mia
A tu dulce soledad!
Si aptas para los cantares
Hasta las almas vulgares
Puede lo hermoso volver,
Desde Fresnedo á Pucheta
¡Cuántas almas de poeta
Pudiera lo hermoso hacer!
Allí, todo paz ahora,
Pronto la locomotora
Silbará con estridor;
Mas no tiembles, musa mia,
Que nunca á la poesía
Puede silbar el vapor.

EL DOMINGO.

¡Qué alegre es el domingo
Cuando el primer cantar
Canta en su campanario
La iglesia parroquial,
Y vestidos de fiesta
Todos á misa van
Por la olorosa linde
De la verde heredad,
Ó la florida estrada
Ó el viejo castañar!
¡Qué alegre es el domingo
Cuando cariño y pan
Al volver de la iglesia
Se encuentra en el hogar,
Ó bajito, bajito,
Que lo oiga Dios no más,
Se ha conseguido alguna
Promesa muy formal
De labios que parecen
Hechos para besar!
¡Qué alegre es el domingo
Cuando la mocedad

Al pié de los cerezos
No se harta de bailar,
Ni se harta de reir
Con loca ingenuidad,
Y los de edad madura,
Poquito más allá,
De conversar no se hartan
Ni se hartan de fumar!
¡Qué alegre es el domingo
Cuando escondiendo va
El sol tras el Janeo
Su hermoso luminar,
Y con sus santas lenguas
La iglesia parroquial,
Cuyo alto campanario
Domina al arbolar,
Dice á los feligreses:
«Rezad y descansad»!
¡Qué alegre es el domingo
Cuando la voz leal
De la conciencia humana,
Que no miente jamas,
Dice á los campesinos
Que tornan á su hogar:
«Mañana es dia santo
Como el que espira ya,
Porque mañana es
Dia de trabajar!»

———

SANTA JULIANA Y SAN PEDRO[1].

I.

Há más de quinientos años
Un honrado caballero
De los que su amor dividen
Entre la patria y el cielo,
Contempló desde la cumbre
De dos collados gemelos
La muchedumbre de hogares
En su derredor dispersos.
Como edificar castillos
En los altos vericuetos
Era universal costumbre
De aquel belicoso tiempo,
—«El caballero de Abanto,
Decian los agoreros,
Va á edificar dos castillos
En lo alto de los dos cerros
Para que en el valle todos

---

(1) Las iglesias parroquiales de San Pedro y Santa Juliana de Abanto fueron fundadas la primera en 1240 y la segunda en 1260, por D. Fernando de Abanto, nieto de los condes de Ayala.

Vivan sumisos á ellos.»
Mas, contra estas predicciones,
Lo que hizo el buen caballero
Fué edificar en la cumbre
De cada collado un templo
Donde recibiesen culto
Santa Juliana y San Pedro.
Y cuando santa corona
Los dos collados tuvieron,
El buen caballero dijo:
—«Santos templos, santos templos,
Desde los verdes collados
Donde asentados os dejo,
Cantad cuando el pueblo cante,
Llorad cuando llore el pueblo.»

II.

Y desde entónces en busca
De esperanzas y consuelos
A aquellos santos collados
Suben los que las perdieron,
Y de gozo y esperanza
Sonrien al bajar de ellos.
Cuando á la patria alborozan
Victorias de sus ejércitos,
Cuando unen los corazones
Vínculos santos y eternos,
Cuando el pueblo conmemora
Santos, sabios y guerreros,
Cuando la tormenta ruge,

Cuando fulgura el incendio,
Cuando un natalicio alegra,
Cuando entristece un entierro,
En toda ocasion y en todo
Fausto ó infausto suceso
Que regocije ó contriste
Aquellos valles amenos,
Hace más de cinco siglos,
Santa Juliana y San Pedro,
Desde los verdes collados
Donde tienen trono excelso,
Con sus sonoras campanas
Cumplen el santo precepto
Del caballero de Abanto
Que duerme allí el sueño eterno,
Anuncian tristes ó alegres
Los regocijos y duelos,
Cantando si el pueblo canta,
Llorando si llora el pueblo.

TORNADA.

I.

Un cántico de amores,
De júbilo y de paz
Naturaleza entona
En monte, en valle, en mar,
Y un cántico de guerra
Y de rencor mortal
Que los hombres entonan
Resuena á su compas!
Tornemos, musa mia,
Tornemos al hogar,
Porque á buscar vinimos
Santa fraternidad,
Y luchas de Caínes
No sabemos cantar.
Mansos Abeles somos,
Y áun siéndolo, quizá
Los odios fratricidas
Allí nos buscarán;
Mas, bendiciendo nuestra
Mision de amor y paz,

Tornemos, musa mia,
Tornemos al hogar.

II.

¡Mira! A nuestra ventana
Se han asomado ya
Caras que ya sonrien
Porque nos ven tornar!
Dios cuyo *fiat* santo
Trueca en serenidad
Las fieras tempestades
En monte, en valle, en mar,
Trocará en amor mutuo
Y en mansedumbre y paz
La que en tu seno llevas,
¡Oh pobre humanidad!
Y cuando en nuestro valle
No haya una mano audaz
Que ose al símbolo santo
Que en Memerea está,
Entónces volverémos
Sus galas á cantar.
Miéntras tal dia llega,
Que acaso tardará,
Tornemos, musa mia,
Tornemos al hogar.

Bilbao, Mayo de 1873.

MONÓLOGO DE ULTRATUMBA.

LEYENDA FANTÁSTICA

POR DON ANTONIO HURTADO.

MONÓLOGO DE ULTRATUMBA.

LEYENDA FANTÁSTICA.

PRIMERA PARTE.

I.

Hace mucho que en Toledo
Vivió un don Juan de Acevedo,
Fuerte y duro como un toro,
Hombre que no tuvo miedo
A Dios, ni á diablo, ni á moro.
Era su delicia holgar,
Comer, beber, pasear,
Trabajar poco y dormir,
Dispuesto siempre á bailar,
Como á jugar y á reñir.
Viviendo en la judería
Por antojo estrafalario,
De un moro allí se reia,
Que pasaba todo el dia
Dando vueltas á un rosario.
Y murmuraba entre sí
Don Juan al mirarle así
Gastando tiempo y saliva:
—«¿Creerá este bruto que arriba

Ha de gozar más que aquí?
¿Creerá lograr las mujeres
Que le promete su Alá,
Tan ducho en dulces placeres?
¿Quién cree en eso? ¡Que si quieres!
¡Valiente necio será!»—
Y dando rienda á su risa
Estrepitosa y crujiente,
Se echaba á la calle aprisa,
Cuando en la iglesia de enfrente
Tocaban á decir misa.
No le llevaba en verdad
A la iglesia su piedad
Ni un pensamiento elevado,
Que iba á la misa impulsado
Por mera curiosidad.
Que en ella, con interes,
De otros contrastes en pos,
Observaba á un feligres,
Que era un hombre como dos
Y más cristiano que tres.
Y contemplándole ufano
Rezar mano sobre mano
Un dia tras otro dia,
—«¡Éste es tan necio, decia,
Como el santon mahometano!»—
Y luégo que se cansaba
De este recreo especial,
La vuelta á una casa daba,
Donde un químico buscaba
La piedra filosofal.

Mas viendo al fin, en conciencia,
Que el químico con su ciencia
No daba con la guarida
De aquella piedra perdida,
Base de toda existencia,
Rompiendo en un ¡voto á brios!
Que en Zocodover se oia
Como el eco de una tos,
—«¡Éste es tan necio, decia,
Como son los otros dos!»—
Y con alma echada atras,
Iba diciendo á compas,
Haciendo á todos reir:
«Se nace para morir,
Y una vez muertos, *no hay más.*»

II.

Mas el diablo al cabo quiso
Que le oyera el mahometano,
Y airado, más que sumiso,
Le dijo:—«Perro cristiano,
¿No crees en el paraíso?
¿No crees que allí nos darán
Una hurí tras otra hurí?
—¿Pues no? repuso don Juan,
¡Puestas á enfriar están
En el cielo para tí!»
Y ante tal contestacion
Lanzó un bufido el santon

Mano echando á su gumía:
Don Juan con suma alegría
Sacó su enorme espadon.
Y sin chistar ni gruñir
Se pusieron á reñir
Con furia insana los dos;
Cayó el moro, y al morir
Murmuró: *¡Lo quiso Dios!*
Y al clamar ¡válgame Alá!
Don Juan dijo:—«¡Qué fortuna
Hoy Mahoma te dará!
¡Moro..... si hay moras allá,
Guárdame siquiera una!»—
Y con su eterno compas
Dijo al moro: «¡Aviado estás!»
Y añadió dando á reir:
«—Se nace para morir,
Y una vez muertos, *no hay más.*»

III.

Y para borrar su pista
A fuer de buen camorrista,
Por el adarve torció,
Y sereno se metió
En casa del alquimista.
Y al verle siempre en materia,
Don Juan preguntó con calma
Como un curioso de feria:
—«¿Qué tal va? ¿La cosa es séria?

¿Hay alma al fin, ó no hay alma?»—
Y el químico en grave són,
Como persona entendida,
Exclamó:—«¡Necia ilusion!
¡No hay alma, sólo es la vida
Materia puesta en accion!
»Cuando del calor la esencia
El vigor vital mantiene,
Hay vida y hay resistencia:
Cuando calor no se tiene
Se acaba toda existencia.
»Juego de tira y afloja
Es el que viste y despoja
El árbol de traje externo:
¿Qué arbusto tiene en invierno
Ni un mal resquicio de hoja?
»Luego si el traje exterior
Anuncia el vital vigor
Con que la inerte revive,
Harto claro se concibe
Que es vivir *tener calor.*
»Por el calor se condensa
La materia; y en su intensa
Actividad sin medida,
Imprime en el mundo vida
A lo que piensa y no piensa.
»Por la ley de la atraccion,
Sustancia y forma se adquiere,
Y ésta es la vida en accion;
Por la de la repulsion
Se pierde forma y se muere.

»Y esto de manera y modo,
Que cuando no es atraida
La materia á este acomodo,
Estando en *todo* la vida,
No hay *vida* en *nada;* eso es todo.»

IV.

Con gran suma de atencion
Estuvo esta relacion
Oyendo el buen Acevedo;
Mas siendo á su comprension
Algo confuso este enredo,
—«Esperadme aquí, exclamó;
Que averiguar quiero yo
Si eso que decis es cierto»:—
Salió, y á poco volvió
Llevando á cuestas al muerto.
»Y dejándolo caer,
Añadió:—«¡Por Barrabas,
Que hoy quiero probar y ver
Si esto de ser ó no ser
Está en el calor no más!—
»Con que empezad, por mi nombre;
Que habiendo lumbre encendida,
Hacer podeis que me asombre,
Dando calor á este hombre,
Ya que el calor es la vida.
»Con eso saber aquí
Podemos al par los dos,

Si este santon ó alfaquí
Ha visto la cara á Dios
Y ha encontrado alguna hurí.» —

V.

Miróle el químico adusto;
Pero viendo con disgusto,
En lo apretado del gesto,
Que estaba don Juan dispuesto
A ocasionarle un gran susto;
Con muy solícito afan,
Para evitarse un mal rato,
Ofreció asiento á don Juan,
Y dispuso un aparato
Casi igual al de Galvan.
Y sometiendo al difunto
A la eléctrica corriente,
Cuando todo estuvo en punto,
Dijo: — «Vamos al asunto
Y lo veréis claramente. —
»Aquí teneis el motor
De toda vida; el calor
Que da fuerza y movimiento:
El muerto en este momento
Va á recobrar su vigor.» —
Y, en efecto, á un dos por tres
Vió don Juan con interes
Que, sin embrollos livianos,
El muerto movió las manos
Y luégo movió los piés.

VI.

Y abrió un ojo, y abrió dos;
Y al verle alzarse derecho
De tal probatura en pos,
Don Juan, de asombro deshecho,
Dijo:—«¡Vivo está, por Dios!—
»¡Que empiece al momento á andar!»,
Añadió:—Y el muerto anduvo
Derecho y sin vacilar.
—«¡Que se pare!»—Y se detuvo
El muerto sin replicar.
«¡Voto á Dios, que es admirable!»,
Dijo don Juan:—«¡A fe mia,
Esto es casi espeluznable!...
¡Probemos más todavía!...
Si tiene vida, que hable.»—
Y osado cual siempre, así
Preguntó al moro: «Alfaquí,
Aquí para entre los dos:
¿Has encontrado una hurí?
¿Has visto la cara á Dios?»—
Y atento lo más que pudo,
Don Juan, con oido agudo,
Esperó entre ardiente y yerto;
Mas ¡que si quieres! El muerto
Le contestó como un mudo.

VII.

Y aunque don Juan repitió
Sus frases punto por punto,
El muerto no contestó,
Que obstinado se empeñó
En callar como un difunto.
Don Juan, retorciendo el gesto,
Un tanto cuanto indigesto,
Empezó á sentir sospechas,
Pues sin mirar á derechas,
Dijo al químico:—«¿Qué es esto?
»¿Hace esto solo el calor?...
¿Es ésta la fuerza inmensa
De lo que llamais motor?
¿Pues dónde está lo mejor?
¿Dónde está el *calor que piensa?*
»Ó me probais, voto á San,
Que ese moro de Satan
Hablar puede ahora conmigo,
Ó yo en vuestra cara os digo
Que sois un gran charlatan.
»Que á la materia el calor
Pueda infundir movimiento,
Eso está bien, sí señor;
Mas decir que sea motor,
Resorte del pensamiento,
Eso, voto á mi conciencia,
Exclamó don Juan con ira,
No cabe en mi inteligencia:

. . . . . .

. . . . . .

¿No alcanza á más vuestra ciencia?
¡Pues vuestra ciencia es mentira!
Y derribando de un zas
El eléctrico aparato
Y al nigromante detras,
Dijo:—«Vé á ver, mentecato,
Si una vez muerto *ves más.*»
Y fué tran breve y tan corta
Su accion y de tal fiereza,
Que, como quien maja almorta,
Don Juan contra una retorta
Partió al sabio la cabeza.
Y con el mismo compas
Con que entró volvió á salir,
Y dijo mirando atras:
«Se nace para morir,
Y una vez muertos, *no hay más.*»

VIII.

Y, traspiés sobre traspiés,
Por la calle abajo echó;
Y al volverla de traves,
Casi de bruces se dió
Con su amigo el feligres.
Éste, pensando en lo eterno,
Con acento blando y tierno,
Dijo:—«¿A dó va, hermano mio?.....»

Y agreste, rudo y bravío
Don Juan contestó: *¡Al infierno!*
A tan negra exclamacion,
Que acaso llegó al abismo,
Dijo el otro en grave són:
«¡Voy á acusarte ahora mismo
A la Santa Inquisicion!.....»
Oyólo Don Juan..... y ¡zas!
Con la daga de reves
Le dió un golpe por detras,
Diciendo sin más ni más:
—«Pues señor, cero y van tres.»
Aquí se acaba la historia
Y esa eterna pepitoria
Del mal y el eterno bien:
Ahora verán si hay Eden,
Si existe infierno ó hay gloria.
¡Yo apuesto, por Barrabas,
A que no viene jamas
Uno lo cierto á decir!
¡Claro..... se nace á morir!
Despues de muertos..... *¿qué más?*
Y descreido sin tasa
Y con la conciencia rasa
Como un desierto aterido,
Se entró descuidado en casa,
Y á poco estaba dormido.

SEGUNDA PARTE.

I.

Y á cosa de una hora
Ántes de despuntar la blanca aurora,
Temblando de terror y sobresalto,
Don Juan el lecho abandonó de un salto.
De piés sobre el desnudo pavimento,
Transido de pavor, falto de aliento,
Ni á moverse siquiera se atrevia.
Nada en la densa oscuridad callada
Se pintaba ó se oia.
Escuchó atento, y..... ¡nada!
Todo en silencio al parecer dormia,
Que en tan fiero momento,
Sólo don Juan el vivo movimiento
De su espantado corazon sentia.
Vistióse con cautela,
Echó á andar por las sombras sin ruido,
Encendió una pajuela,
Y arrimándola al cabo de una vela,
Alumbró su aposento ennegrecido.
Miró, buscó, indagó..... ¡Cautela vana!
Abrió luégo el cristal de su ventana,
Miró al lejano monte,
Y viendo que aún la luz de la mañana
No borraba el horror del horizonte,
Ante una mesa se sentó callado

Lacio el cabello de sudor bañado,
Y con vaga mirada,
Miraba á todas partes sin ver nada.
¿Qué pasó por su ruda inteligencia?
¿Qué luz rompió la bruma
De su oscura conciencia?
¿Quién lo puede saber? Tomó una pluma
Y escribió con extrema diligencia
Este relato, que de espanto abruma,
Monólogo ulterior de su existencia.

II.

¿Estoy muerto? ¿Estoy vivo?
¡No lo sé, no lo sé!..... Nada concibo
De cuanto pasa aquí; yo estoy despierto,
Y allá en mi lecho con horror percibo
Que estoy tendido, ¡inanimado..... muerto!.....
¿Soñaré? No estoy cierto:
Ántes de despertarme, mucho ántes,
Mis atónitos ojos
Han descubierto por el cielo errantes
Las sombras palpitantes
De los que ayer mataron mis enojos.
Sus lívidos despojos
Han hallado piedad sobre la tierra:
Una tumba los cierra,
Y por ellos imploran
Los que esperan en Dios y creen y oran!.....
Ellos tranquilos van por la campaña

De luz y de cristal; los acompaña
Un ángel del Señor, que en una nube
De grana y oro por el cielo sube.
¿Adónde van?..... Un cielo y otro, y otro,
Se rasgan al pasar. ¡Cuánto hemisferio
Descubro en su ascension! ¡Cuánto misterio
Se revela ante mí!..... ¡Dios soberano!.....
¡Era un hombre de bien el Mahometano!.....
¡En Dios santo creia!.....
¡Sus bienes con el pobre repartia,
Amaba la indigencia,
Y ciego observador de su creencia,
A sus leyes sujeto,
Daba á su Alá, que es Dios, santo respeto!.....
¡Oh torpe ceguedad..... rencor insano!
Yo maté á ese santon, y ¡era mi hermano!
¿Y el químico?..... ¡Tampoco
Era un sér criminal! ¡No estaba loco,
Áun faltándole fe! Dado á la ciencia,
Estudiar y pensar era su sino;
¡Pensar, buscar camino
Para encontrar á Dios más prontamente!
¡Oh qué hermoso destino!
¡Activar la razon inteligente!
¡Estimular al pensamiento humano
Para hallar la verdad!..... ¡Tender la mano
Al que ciego y sin guia,
Entregado á sí mismo,
Va caminando por la oscura via
Que conduce á los bordes del abismo!.....
¡Y tambien lo maté!..... ¡Yo, que en la eterna

Noche de la ignorancia sumergido,
Hubiera conocido
La ley que al mundo material gobierna!.....
Quien á un sabio, Señor, quita la vida,
¿No debe apellidarse parricida?.....
¿Y el pobre feligres? ¡Sér sin historia,
Que buscaba el camino de la gloria
En la fe de Jesus! Él, que al trabajo,
Humilde y cabizbajo,
Con alegre piedad se resignaba!.....
¡Él, que oraba y oraba,
Y esperaba y creia
Que en el cielo hallaria
Los bienes que esta vida le negaba!
¡Oh Dios, de horror me espanto!
Quien mata al que en tí cree, ¿no mata á un santo?
Mas ¡ah!—¿Qué es lo que veo?
¡Vuelven á mí los tres! Culpable y reo
Me confieso, Señor; yo, ciego y vano,
Tu existencia negué: ahora tu mano
Empuja á mí las víctimas sangrientas
De mi ciego furor.—¿Qué es lo que intentas?
¡Sepáralos de mí! ¡Yerto de frio
Me siento fallecer!... ¡En torno mio
Se agrupan, me despojan
De mi traje carnal; mudos me arrojan
A una tumba sin luz: atada el alma
Al pié de mis despojos,
Va á presenciar con espantosa calma
Penetrar los gusanos por mis ojos,
Y ¡ay! en mi propia podredumbre presos,

Comer mi carne y horadar mis huesos!
¿Hay infierno mayor? ¡Piedad, Dios santo! —
¿Por qué afligirme tanto?
¡No me castigues con tan dura suerte!
¡Dame sólo el silencio de la muerte!
—¿No hay quien rece por mí? ¿No habrá quien pida
Clemencia para un pobre condenado?...
¡Justo!... ¡Yo, infame, os arranqué la vida!
¡Tampoco por vosotros he rezado!
¿A quién puedo pedir?... ¿Llorais de pena?
¡Ay hermanos!.... ¡Romped esta cadena
Que me tiene ligado,
Y á ver mi podredumbre me condena!...
¿Orais?... ¡Que os premie Dios!—¡Él os bendiga!
¡Rezad con voz amiga!...
¡Orad con vivo anhelo!
¡Haced que llegue vuestra voz al cielo!...

III.

Callad, ya retira
De mí sus enojos
El Dios de los cielos, que juzga sin ira.
Ya torna sus ojos;
Benigno me mira:
Ya en calma reposan mis tristes despojos:
¡Ya el alma suspira,
Ya siento más flojos
Los lazos que hacian más fiera mi muerte!
¡Ya cambia mi suerte!

Ya hiende el vacío,
Cual blando rocío,
Un ángel de gloria, que en dulce embeleso
Me busca, me llama,
Me da un tierno beso;
¡Qué aromas derrama!
¿No ois? ¡Me bendice!
Se inclina á mi oido;
Mas ¿qué es lo que dice?...
¡Renacer!... ¡revivir! ¡Ir á la hondura
De la vida carnal!... ¡me da pavura!
¡Volver á los dolores
Cuando en lecho de flores
Se ha convertido ya mi sepultura!
¡Ah, sentencia expiatoria!
¡Vuelvo á la tierra á conquistar la gloria!
¡Tomar de nuevo el fardo
Del supremo dolor!... ¡Ir á otra muerte!...
¡Oh! ¿qué importa, Señor? tu ley aguardo,
Mi redencion está en obedecerte.
¡Yo emprenderé de nuevo mi camino
Errante y peregrino:
Yo tomaré á mi cargo la existencia
De esos tres! — En penosa penitencia
Naceré en pobre hogar, seré creyente,
Agotaré en pensar mi inteligencia,
Y desvalido, triste é indigente,
Visitaré tu templo,
Y en misterio profundo,
Será mi nueva vida por el mundo
De tu santa humildad callado ejemplo. —

—¿Aceptas?—¿Qué espantoso torbellino
Me arrebata, Señor?... ¿Dónde me llevas?
¿Es que empiezan mis pruebas?
¿Es que voy de camino?
¡Ah, sí, lo conozco; en mi memoria
Se va borrando ya la horrible historia
De mi pasado sér!... Sí, ya desciendo;
Desciendo... ya estoy viendo
El antro pavoroso á que impelida
Va de nuevo mi vida!
¡Ay hermanos!... orad: dentro de poco
Entraré en ese foco
De opacidad inerte,
Que es mansion del dolor y de la muerte.
¡No abandoneis mis huellas!
¡Ya dejo atras los cielos, las estrellas!...
¡Bajo!... ¡bajo!... ¡Qué miedo!...
¡Qué densa oscuridad!... ¡no bajo!... ¡ruedo!...
¡Ruedo!... caí!... caí!. . . . . .

IV.

. . . . . Y aquí su historia
Dejó sin concluir el de Acevedo.—
A su entreabierta y parda celosía
Llamó la luz del dia:
Penetró hasta su cama
Su resplandor incierto,
Y allí, del sol la fulgurante llama
No despertó á don Juan, alumbró á un muerto.

DEL EXCMO. SEÑOR

DUQUE DE RIVAS.

ALGUNAS POESÍAS FAMILIARES.

Á MI ESPOSA.—AL SEÑOR D. SALUSTIANO DE OLÓZAGA.—Á DIDO ABANDONADA.
EPÍSTOLA.

ALGUNAS POESÍAS FAMILIARES.

El Duque de Rivas no incluyó en la coleccion de sus *Obras completas* sino una sola de las poesías íntimas y familiares que compuso, desdeñando las demas, sin duda como obras poco literarias, escritas con ligereza y desaliño, en momentos de amistoso esparcimiento y alegre desenfado. Nosotros nos complacemos en publicar aquí algunas de ellas, porque las consideramos como curiosidades de historia literaria de alto valor, por emanar de pluma tan ilustre y autorizada. El Duque de Rivas escribia en verso con más facilidad que otros escriben en prosa, y en aquellas juguetonas poesías, que él juzgaba desaliñadas, rebosan siempre la pureza del hablista, la soltura y galas del gran versificador y el agudo ingenio del poeta.

A MI ESPOSA,

PRESENTÁNDOLE UN RAMILLETE, UN ALCARTAZ DE DULCES Y UNA HEBILLA DE ORO (1).

Décima.

Flores, azúcares, oro,
Te presento como emblemas
De calidades supremas
Que en tí, amada esposa, adoro.
El oro pinta el tesoro
De tu bondad y alma pura;
Los confites, la dulzura

(1) Cuando el autor escribió esta décima, se hallaba emigrado en Malta.

De tu amable condicion,
Y las bellas flores son
Símbolo de tu hermosura.

(*Marzo de* 1827.)

Al Sr. D. SALUSTIANO DE OLÓZAGA,

QUE LE PEDIA VERSOS PARA EL ALBUM DE SU HIJA (1).

Si hoy á la voz de la amistad no cedo,
Es porque el peso de la edad me abruma:
Perdona mi silencio; ya no puedo
Mover el pensamiento ni la pluma.

A DIDO ABANDONADA (2).

SONETO.

Más bella que la flor del *Tamarindo*
(Ántes que se inventára el *almanaque*),
Luciste ¡oh Reina! tu gallardo *empaque*,
Que tanto ha dado que decir al *Pindo*.

---

(1) Cuando el Duque de Rivas escribió estos cuatro versos, se hallaba completamente postrado, y ya muy cercano al término de su vida. Son los últimos que salieron de su lozana y poética fantasía.

(2) Este soneto, escrito, como se ve, con *piés forzados*, demuestra la soltura y el ingenio con que el Duque de Rivas sabía vencer las dificultades del pensamiento. Fué improvisado en París en una reunion íntima á que asistian Martinez de la Rosa, Alcalá Galiano, D. Joaquin María Ferrer y otros emigrados ilustres. El asunto era forzado, como los consonantes. Los concurrentes se esmeraron en buscar consonantes, como *almanaque* y *abalorio*, que estuviesen en discordancia con la época y el asunto.

Si sólo de pensar en tí me *rindo*,
¿Qué es de extrañar que el otro *badulaque*,
Que huyó con tiempo del troyano *ataque*,
Quedase, al verte, convertido en *guindo*?
¡Ay! su pasion fué tiro de *escopeta*,
Que te hundió en sempiterno *purgatorio*,
Gozándote y huyendo con vil *treta*.
Fué falsa su pasion como *abalorio*,
Niño impotente el que juzgaste *atleta*,
Y tu tálamo lecho *mortüorio*.

EPÍSTOLA.

Para comprender esta epístola es forzoso dar préviamente alguna explicacion del asunto.

Habia mantenido el Duque de Rivas, durante muchos años, con su hermano político el Sr. D. L. A. de Cueto, hallándose ambos en diferentes misiones diplomáticas, una correspondencia en verso, escrita sin aquellos esmeros y atildamientos que requiere cuanto se destina á la estampa. De esta correspondencia publicó el Duque una sola epístola en sus *Obras completas*. La presente epístola pertenece á la misma correspondencia. Hé aquí el asunto:

Cual suele acontecer en los parajes donde se llega con ánimo muy favorablemente prevenido por fantásticas ilusiones, no recibió el Duque de Rivas, al abordar á Nápoles, aquella sensacion de admiracion y de embeleso que él, en sus cavilaciones de poeta, iba forjando en la navegacion. En balde, al entrar en el mágico golfo, se presentaron á su vista tantas grandezas de la naturaleza y á su memoria tantos espléndidos recuerdos. Ni la poética isla de Capri, *llave del golfo*, ni la *corona del Vesubio*, ni el *mar de las Sirenas*, ni las lomas del Vómero y de Posílipo, el *monte de las Flores*, ni las risueñas laderas de Sorrento y Castelamare, ni el aspecto de la veneranda Parténope, á la cual vió más adelante

Como dormida beldad
En un lecho de esmeralda,

nada bastó á despertar el entusiasmo del poeta. Todo le pareció insulso y descolorido.

Esta triste impresion, este repentino desencanto nació únicamente de la circunstancia de que al llegar el Duque á Nápoles la estacion era lluviosa y fria, y el cielo estaba sombrío y encapotado. No hay que maravillarse: ésa suele ser la índole del verdadero poeta. La ilusion pende de un cabello, y ese espíritu móvil y antojadizo, que todo lo extrema y hace ver las cosas segun la impresion casual del momento, es achaque inherente á la facultad de emocion viva y poderosa, que en almas poéticas es fuente de la creacion y del entusiasmo.

Trascurren algunos meses, y el cuadro sombrío se convierte en cuadro encantador. Recobra la naturaleza su hechizo, la sociedad docta ó aristocrática le halaga y le festeja, la vida culta y sibarítica le recrea, y olvida el poeta la primera impresion. Con risueños colores pinta entónces á Nápoles en otra de las epístolas familiares. En contestacion á esta última, y con el fin de ponerle en apuro y provocar una réplica festiva, hizo notar al Duque, su hermano político, la volubilidad de impresiones de quien en tan breve espacio juzgaba á Nápoles, con igual calor, ya una ciudad insípida y prosaica, ya el emporio de las artes y de los placeres. Defiéndese entónces el Duque con su habitual despejo y donaire, y con la ingeniosa dialéctica del poeta, que siente porque siente, y no necesita darse lógica cuenta de su desaliento ó su entusiasmo ni de su poética inconsecuencia.

Ahora es fácil comprender el espíritu ameno y chistoso que campea en la siguiente carta, escrita al correr de la pluma.

Nápoles, 28 *de Diciembre de* 1845.

Son preciosos, Leopoldo, tus tercetos,
Y aunque de estilo clásico y profundo,
Fáciles, numerosos y discretos.
Mas como en ellos, á la faz del mundo,
De ser mudable en parecer me acusas,
Y de que el bien y el mal trueco y confundo,
Quiero, si su favor me dan las Musas,
Al uno y otro cargo responderte,
Pues contra mí de tu talento abusas.
No es extraño que pueda parecerte
Contradiccion en quien te dijo un dia
Que era el vivir aquí terrible suerte,

Escuchar ahora elogios á porfía,
Y decirte que es Nápoles la bella
La mansion del placer y la alegría.
Mas no hay contradiccion. Yo formé aquella
Opinion inexacta en el momento
Que en estas playas estampé la huella.
Con mar entumecido y duro viento,
Y tras de noche horrenda y desastrosa,
Aporté á estas regiones descontento.
Era del año la estacion pluviosa,
Turbia niebla el paisaje me ocultaba,
La tierra estaba sin color, medrosa;
La ciudad como muerta, y circulaba
En sus calles, de fango inmundo llenas,
La turba humilde á quien la lluvia lava.
Entré en una gran fonda, donde, apénas
Puse el pié, me asaltaron mil hambrones,
Aguinaldos pidiéndome y estrenas.
Siguió el tiempo de oscuros nubarrones,
Y me di á las visitas de etiqueta,
Plaga de diplomáticas funciones.
Descuïdando la lira y la paleta,
Me daba de cabeza en las esquinas,
Y de enojo llevábame pateta.
Entré en la sociedad; hallé mohinas
A las damas, por más que fuesen soles
Y se adornáran de maneras finas.
Luché con una lengua que á españoles
Ignorantes tan fácil les parece,
Y que tiene, te juro, tres bemoles.
El famoso teatro, que merece

De Europa con razon la primacía,
Por el encanto artístico que ofrece,
  Cerrado á piedra y lodo se veia,
Porque, de nuestra infanta con la muerte,
La córte luto funeral vestia.
  Duraba el temporal sañudo y fuerte,
Y con él los más bellos monumentos
No pueden agradarte y sorprenderte.
  Ni es posible con lluvias y con vientos
De estas playas gozar, de estos verjeles,
Ni visitar iglesias ni conventos.
  Envuelto entre tartanes y entre pieles,
Algunas horas paseaba en coche,
Que no eran en verdad ménos crüeles;
  Y á las ocho ó las nueve de la noche
Me iba á la cama, á que el imbécil sueño
Cerrára de mis párpados el broche.
  ¿Pudiera parecerme, di, halagüeño
Semejante país, del cual traia
Un juicio tan feliz y tan risueño?.....
  Y mi opinion sobre él, por vida mia,
Se fundaba en Cervántes, en Moreto
Y en los contemporáneos de valía.
  Aquél, entre discretos tan discreto,
Gloria de España, ingenio sin segundo,
Dedicó á esta ciudad más de un soneto;
  Y en su inmortal *Quïjote*, en que fecundo
Su rica vena eternizó, la llama
La ciudad más alegre de este mundo.
  Pues el otro, que logra tanta fama
Y tanto lauro en la española escena,

Donde áun su nombre nuestro pueblo aclama,
A cada paso de piropos llena
A Nápoles, y en ella á sus galanes
Entre floridos lazos encadena.
Y si vamos más léjos, voto á Sanes,
Recuerda á autores griegos y latinos,
Pues diste culto á sus ilustres manes.
Verás que eran los mares peregrinos
De las sirenas éstos; que el sesudo
Anníbal hizo en Capua desatinos;
Y que, de Roma huyendo el clima rudo,
De Ciceron, Salustio, Horacio y Nero
La mansion del placer ser ésta pudo.
Escuchando despues tanto viajero,
Que en realzar lo que vió siempre se afana,
Era esto lo mejor del mundo entero.
Yo por sus relaciones (que engalana
La imaginacion siempre) me creia
Hallarme el paraíso y la manzana;
Que nunca en esta tierra se ponia
El rubicundo sol; que el cano invierno
Sus rigores en ella no ejercia;
Que era en los prados el verdor eterno;
Que las flores jamas se marchitaban;
Que la abundancia aquí llenaba el cuerno;
Que mágicas beldades paseaban
Por plazas y jardines; que poetas
Con dulce lira al viajador brindaban;
Que hasta los que en harapos y en calcetas
Cruzan por estas calles, *lazarones*,
Tocaban bandolin y castañetas.

Y tantas esperanzas é ilusiones
Viendo desparecer, quedé, te juro,
En un mar de tristeza y confusiones;
Y con color tan tétrico y oscuro
Te pinté el negro cuadro de este suelo,
De siniestra impresion so el cetro rudo.....
Vino despues la primavera: el cielo,
Antes de plomo bóveda pesada,
De nácar y zafir tornóse un velo;
Brotó feraz la pompa engalanada
De vegas, de montañas, de jardines;
Quedó la mar risueña y sosegada.
Admiré en su esplendor estos confines;
Del Vesubio trepé las altas cumbres;
Bosques vi de naranjos y jazmines;
De un purísimo sol gocé las lumbres;
Aprendí este lenguaje, y poco á poco
Me aficioné á esta gente y sus costumbres.
Ni amistad santa me faltó tampoco
De hermosísimas damas; sin peluca,
Ni tos, ni panza, ni tabaco y moco
Puede un anciano verde alzar la nuca,
Y logré que dijeran muchas bellas:
¡ Quanto è simpaticone questo Duca!!
Pinté con dicha los retratos de ellas;
Les hice y publiqué sonoros versos,
Y vime encaramado á las estrellas.
He encontrado tambien hombres diversos,
De ciencia, erudicion, buen gusto y fama,
En esta grata sociedad dispersos.
Un célebre escritor hay que se llama

Blanch (1), y en ciencias políticas merece
De la inmortalidad la noble rama;
Y un tal *Campagna*, calabrés, parece
El hijo predilecto del Parnaso,
Segun su claro ingenio resplandece.
Éstos y otros, en número no escaso,
Hombres de letras, mi amistad procuran,
Y horas con ellos deliciosas paso.
Cada dia se aumentan y maduran
Aquí mis conexiones. Mis colegas
Conmigo obsequios y *champagne* apuran.
Aquí hay vestigios de las artes griegas,
Y á su estudio, del gusto eterna fuente,
Tambien con fruto y con placer te entregas.....
Con tan buenos influjos, consiguiente
Era mudar de la opinion primera,
Sin tacha merecer de inconsecuente;
Ántes me honra en verdad sobremanera
El escribir segun mis sensaciones,
Y no aferrado á una opinion cualquiera.
Así deben hacerlo los varones
Imparciales é ingenuos, y se dice
Que es de sabios mudar las opiniones.....
Juzgo que á tus reparos satisfice,
Y que son mis pecados muy veniales,
Pues si me he contradicho, muy bien hice.....
En tanto he recibido dos quintales
De diplomas de cuerpos diferentes,
Que del saber de Italia son puntales;

(1) Luigi Blanch.

Pues cuantos hay despues de las vertientes
De los fragosos Alpes hasta el cabo
Do Polifemo ejercitó los dientes,
Grátis, y sin que expenda ni un ochavo,
Académico suyo me pregonan,
Porque en Castalia mis pañales lavo.
Mas con lo que mis dichas se coronan,
Es hoy con verme senador de España,
Como varios periódicos lo abonan.
Pues será para mí grande cucaña,
Conservando este puesto alto y honroso (1),
Las tierras ver que Manzanáres baña;
Asistir por dos meses al fogoso
Parlamento, charlar en él un rato;
Irme despues al Bétis delicioso;
Allí, de la familia el dulce fuego,
Las prendas de mi amor y mi conato
En mi seno estrechar, y luégo, luégo,
Regresar á este eden tranquilo y grato.

---

(1) El Duque de Rivas era á la sazon embajador de España en la córte de las Dos Sicilias.

FIN.

ÍNDICE.

Páginas.

DEL SR. MARQUÉS DE MOLINS.

Isabel la Católica en Orihuela, leyenda sacada de un códice de familia, dedicada á la Condesa de ***.. 1

DEL SR. D. JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH.

Al rio Piedra, en el ex-monasterio de este nombre.—Á Cármen. 49
El placer en la virtud, fábula. 52
Parentesco de las virtudes, fábula.. 54
El águila y la lechuza, fábula. 55
La historia del lobo viejo, en siete fábulas. 57
Epigrama. 66

DEL SR. D. RAMON DE CAMPOAMOR.

Primera parte de *Las tres Rosas*, poema en tres jornadas. 67

DEL SR. D. JOSÉ ANTONIO CALCAÑO.

La nave.—Á Emilia, mi hermana.. 89
Sobre una tumba.. 92
Amor é inocencia.. 93
Los dos árboles. 95
Al Catuche, élegía. 108
La luna y la tarde. 114
Á la muerte.. 117

DEL SR. D. ANTONIO ARNAO.

Vision. 123
Lotario, elegía.. 128
Epitalamio. 133
Canto de los zagales. 135
El regalo en sus dias. 137
La muerte del pajarillo.. 139
Al caer la tarde. 141
Melodías.. 143

Páginas.

DEL SR. D. MANUEL DEL PALACIO.

El sueño.. 155
En la torre de Pisa. 158
Olas amargas.—Á un amigo de la niñez.. 159
En el álbum de Laura Sickles. 161
Trova.. 162
Prefacio de un libro dedicado á mi hija.. 164
Á Madame..... 167
Polos opuestos.. 168
Una carta.—Á D. Antonio Ferrer del Rio, enviándole la credencial de una gran cruz para el Sr. Varona, su amigo. 170
Á la libertad. 173
Del álbum de mi hija. 174
Á un amigo residente en Roma.. 175
Las Ondinas (imitacion de Aleardi). 176
La muerte de un ángel.—Á mi amigo C. F. 180
Cantares. 181

DEL SR. D. ANTONIO F. GRILO.

¡Ella y él!—En el álbum de la Marquesa viuda de Casa-Torres. 187
Invernadero ideal.—Á Sofía. 189
En las ermitas de la sierra de Córdoba. 192
Mi Fuensanta. 197
La hamaca. 201
La niebla.—Á mi mejor amigo Gonzalo Segovia y Ardizone.. 204
Tu traje azul. 207
El platanar.. 210

DEL SR. D. VENTURA RUIZ AGUILERA.

En el cementerio. 215
Epigramas. 224
Á España en sus discordias civiles.. 225
Introduccion á la sátira inédita titulada *Grandeza de los pequeños*. . . . 227
El cántaro roto. 230

DEL SR. D. GASPAR NUÑEZ DE ARCE.

Velut umbra. 237
Crepúsculo. 240
Problema. 241
Miserere. 242
¡Amor!. 252
En el monasterio de Piedra (Aragon). 253
Á Voltaire. 255
Las arpas mudas. 256

Páginas.

DEL SR. D. FRANCISCO PEREZ ECHEVARRÍA.

Al mar Cantábrico. — Á mi querido amigo el Excmo. Sr. Duque de Sessa y de Montemar. 265
Entre Scila y Caríbdis. 269
Epitafio en el sepulcro de Elisa, muerta á los quince años. 270
La ilusion. 271
Soneto. 272
Crepúsculos. 273
Los dos suspiros. 275
Junto á la cuna vacía. 277
El huérfano. 279
Á una flor. — Á mi querido poeta Antonio Grilo.. 281
En la ausencia.. 283
Ambicion. 285
Poesía humorística: Lo que suelen decir (imitacion). 287

DE LARMIG (*pseudónimo*).

Querellas del vate ciego. 291

DEL SR. D. PEDRO ANTONIO DE ALARCON.

El dia de luna.. 313

DEL SR. D. ANTONIO DE TRUEBA.

Primaverales. — Mi valle. 333
Santo y Santa. — Á Ramona de Lizana, hija del Marqués de Casa-Torre. . 336
Preludio. 338
Frutas ágrias. 340
Somorostro. 344
El domingo.. 347
Santa Juliana y San Pedro. 349
Toranda.. 352

DEL SR. D. ANTONIO HURTADO.

Monólogo de ultratumba, leyenda fantástica. 357

DEL SR. DUQUE DE RIVAS.

Algunas poesías familiares (A mi esposa.—Al Sr. D. Salustiano de Olózaga.—Á Dido abandonada.—Epístola).. 377

FIN DEL ÍNDICE.

64652947